LOS ADELANTADOS

Rafael Sender

Un relato narrado en primera persona por un hombre que desde su más tierna infancia se ha visto obligado a viajar por toda la península, desde los espacios más hostiles de la España profunda, hasta grandes ciudades como Madrid o Barcelona, tratando de encontrar respuestas sobre sus orígenes (fue prácticamente abandonado por sus padres), sobre el comportamiento de quienes le rodean (familiares extraños, gente de pueblo, mujeres oscuras), e incluso sobre su propia vida destartalada.

Rafael Sender Romeo

Los adelantados

Título original: *Los adelantados*
Rafael Sender Romeo, 2013

-

Revisión: 1.0

10/07/2023

Para Lilian

PRIMERA PARTE

Desde que tengo recuerdo siempre le vi en el pueblo, pero debió de llegar en el cuarenta y tres. Llegó como en una película del oeste, sin pasado y con una mula y una guitarra. Escopeta no llevaba porque no era cazador, y el pasado lo habría dejado en la cárcel, a saber en cuál. En todo caso, pocos serían los pecados por purgar, pues pronto alguien contó que, aunque a su padre lo habían fusilado por rojo, de él habló bien hasta el cura. Así que con unos años de estar preso le dieron por limpio.

Como digo, de esa parte de su vida toco de oído. Yo no había nacido aún aquella tarde de julio en la que dejó la mula atada frente a la herrería, y preguntó al herrero:

—¿Aquí se juega, no?

Luego se alejó unos pasos y saludó a los viejos sentados a la sombra en el banco de piedra:

—Buena tarde para no hacer nada, ¿no?

Primero contestarían los viejos la cantinela de siempre, algo parecido a «Muy buena para esperar a morirse», supongo. Es lo que solían decirme a mí cada vez que pasaba por allí y me veían: «Aquí estamos, esperando a morirnos». Después lo hizo el herrero, y sus palabras sí son exactas, porque me las han contado tantas veces que me las sé de memoria. Habló sin quitarse la colilla de la boca, martillo en una mano, herradura en la otra, y sin quemarse:

—A veces, y depende de con quién.

Aún se quedó allí un rato, charlando de cosas prácticas con los viejos. ¿Dónde guardar la mula?, ¿era verdad que había trabajo para un jornalero? En cambio, para dirigirse de nuevo al herrero, se lo estuvo pensando, y cuando presentó por fin sus credenciales lo hizo de un modo escueto y bronco:

—Me llamo Jesús, pero me conocen por mi apellido como a usted por su oficio —informó mirando al cielo mientras desataba a la mula—. Por Santana me conocen: el Chus Santana. Si es usted jugador, como me han

dicho, le sonará el nombre. Vengo de la parte de Navarra y hay uno de aquí con el que he estado segando hasta hace unos días. Un tal Morales. Él me invitó a venir a vivir aquí, a su casa. Con el permiso de usted, claro.

Un año después, mi padre cayó a su vez por allí como Santana, de improviso, cuando mi madre, de desesperada, ya había dejado de probarse el vestido de novia. No se sabía nada de él desde hacía semanas, de modo que le supondrían arrepentido, otro macho más que traicionaba la sagrada palabra a una pánfila. Por segura se daba, pues, una vergüenza que la familia entera se iba a tener que tragar después de las amonestaciones del cura y de los preparativos de baile y banquete para todo el pueblo en la plaza mayor.

Pero llegó a pie la misma mañana de la boda a eso de las once. Como un mendigo, barbudo y con la camisa blanca manchada de sangre, los zapatos destrozados y un macuto al hombro. Desde Huesca venía caminando, le explicó al dueño del bar, mientras se descalzaba junto a la Ventana abierta para quitarse los calcetines manchados también de sangre. No había prisa, añadió, porque la boda era a las doce, así que quería un coñac. Antes de probar el primer sorbo, recitó de carretilla la leyenda publicitaria que resumía la relación entre la familia Domecq, las uvas y el alcohol desde principios del siglo diecinueve. Estaba escrita en una etiqueta sucia pegada a la botella, pero él no la miró. Luego, tras apurar la copa, se dirigió al grupo de hombres que ya se había congregado en la barra y que le observaban sin disimular, como campesinos.

—¿Podrían ustedes indicarme dónde está la casa de mi novia? —les preguntó entonces, exhibiendo en público la primera de sus famosas cínicas sonrisas luminosas—. Soy el forastero por culpa del cual han construido ustedes el tablado en la plaza. El novio, vamos. Pero antes del sí y del baile, antes de pasar a nueva condición, tengo que afeitarme y ponerme corbata. ¿Alguien se animaría a hacer de guía?

A Santana le haría de guía alguno de los viejos. Puede que incluso se pelearan por acompañarle, una pelea verbal allá en el banco, hasta que el más sano o el más decidido se impusiera a los demás. Al sol de media tarde de julio debieron de ir primero a dejar la mula del forastero en el corral de ese mismo viejo o en otro que este considerara conveniente. Luego le llevó a

casa de los Novios, los solteros añejos del pueblo, que vivían en comunidad y cuyo apodo obedecía precisamente a eso. Lo anunció más o menos así:

—Morales, tienes visita. Hay uno que pregunta por ti.

Se asomó a la ventana Manos, agitando sus manazas de simio, para gritar que Morales dormía, pero que igual pasaran. Desde ese momento, Santana se quedó a vivir allí, y allí mismo murió, entrados los sesenta, como si fuera un señor con solar conocido, en vez de un vagabundo sin pasado ni familia.

Porque a su entierro fue todo el pueblo, empezando por mí que era el monaguillo de delante del cura, la vanguardia del cortejo fúnebre. Soplaba cierzo, ráfagas de viento frías ya a mediados de verano, de modo que a los notables, el secretario, mi tío médico y el veterinario, se les helaban las manos y al veterinario se le agitaba como una bandera la gabardina blanca, absurda para un entierro de pueblo. Luego les contaré más del veterinario, a quien llamaban el Mariscal, pero ahora vuelvo a aquella mañana con Santana de cuerpo presente por última vez, porque tuve allí mi protagonismo con un gesto hacia el muerto, además de honrarle ejerciendo de monaguillo de vanguardia.

El ataúd lo cargaban los cuatro Novios. Delante, como ya be dicho, iban los tres notables; pegado al féretro, un pleno de jugadores, todos varones, y al final los demás, sobre todo mucha mujer rezando. Recuerdo que nadie lloraba, así que fue ese un entierro sin lágrimas, salvo algunas que se les escapaban a los viejos por culpa del viento.

En el cementerio, el cura hizo una faena de aliño; mencionó un par de veces el nombre del muerto, informó de que su alma probablemente habría alcanzado ya la paz eterna, y apenas pronunció conjuros en latín. ¿Y qué iba a decir el pobre?, ¿dónde encontrar algo católico en la vida de Jesús Santana? Cumplí hasta el final mis funciones de ayudante, con cierta curiosidad, pues era mi estreno de monaguillo en un entierro. Cuando terminó la ceremonia, me escondí detrás de la tapia hasta que se fueron todos, para que nadie viera mi sensiblería. Yo había sido amigo de aquel hombre: por eso arranqué unas almendras del almendro que crecía junto a la fosa común, y las deposité encima de la tumba del jugador difunto.

Lo recupero, a Santana, treintañero y lleno de vida, haciendo su aparición en la cocina de los Novios. Era un espacio grande en el segundo piso, con una sola ventana y una chimenea al fondo. En la planta baja

estaban las cuadras, y en el tercer y último piso la habitación común donde dormían y un granero donde por lo general no guardaban más que cántaros de vino y algunas herramientas de labranza.

Aquella tarde estaban en casa Manos y Morales, que dormía la mona. Dado que solo se emborrachaba los domingos y fiestas de guardar, calculo que sería domingo. Faltaban Corzo y Campasolo, que andaban revisando los lazos de cazar conejos. A todos los presentaré más tarde, aunque les adelanto que el mote de Campasolo obedecía a su hábito de campar a solas, y el de Corzo a su agilidad y ojos tristes. En todo caso, nadie le pidió credenciales al forastero, ya fuera porque sabían de él a través del durmiente, ya porque no las necesitaban. Manos, moviendo mientras hablaba sus manazas, le dijo que se sentara y se tomara un vino, o que, si quería dormir, se buscara un sitio arriba y se acostara. Allí se quedó a pasar la noche, y allí, en casa de los Novios, dejo por el momento a Santana.

En cuanto a mi padre, apenas pisó la casa de sus suegros, se hizo querer. Por supuesto que no le resultaría fácil superar la primera impresión, explicar su aspecto de mendigo, pero era hombre pródigo en ardides, así que lo logró. Además, una familia de derechas estaba dispuesta a aceptar el lado excéntrico de un joven oficial que regresaba de luchar contra el comunismo en Rusia. Por aventurero y muy viril decidieron tomar, pues, a su inminente yerno. Sobre todo mi tío médico, falangista de primera hora, de la edad de mi padre, quien se convirtió en su principal valedor al principio y en su peor crítico luego. Con mi tío viví desde los once años, él me pagó los estudios y a él debo el relato del episodio que más me hizo conocer a mi padre. No se olviden por tanto de él, de Carlos, el tío médico.

Se dieron el sí, hubo ritual de lanzamiento del ramo a las vírgenes, misa cantada, pareja de padrinos y madrinas, y abrazos a la salida de la iglesia. A mi madre la apadrinó mi abuelo, a quien yo no llegué a conocer, y la amadrinó la mayor de mis tías Médicas. A mi padre, mi tío Carlos y la abuela. Fue, pues, un casamiento a casi una sola familia.

Repicaban a alegría general las campanas, brillaba el sol y escuadrillas de vencejos se estrellaban contra la torre entre gritos de hambre. En la plaza, nada más bajar las escaleras del Fosal, se hicieron los primeros brindis, y sin duda el forastero participó activamente en ellos. Luego, fueron directos a casa para el banquete de bodas.

Imagínense ustedes un banquete de película de la Edad Media en precario, de medio pelo y de posguerra. Abundancia de trago, a saber, vino de más de quince grados, anís y coñac, y un acompañamiento a base de cerdo, rae refiero a morcillas, chorizo y jamón con mucho blanco de sebo. Y también con acompañamiento musical temprano, jotas dedicadas a los novios, picaras, y alguna ranchera más adelante, cuando ya se había servido la comida. Todo el pueblo estaba invitado, pero la mayoría se quedó en la plaza, y a casa solo acudieron los que se consideraban más próximos. Entre ellos, aquellos extraños seres de edad indefinida a quienes en tantas ocasiones vi en la cocina y que tanto asco me daban de niño. La mujer de ojos rojos sentada frente al fuego, y la otra, alta y huesuda, con un bocio rematado en pelos grises. Formaban parte del hogar, del paisaje en el que comí y cené durante varios veranos.

Mi padre debió de dedicarles alguna gracia a ambas y debió de hacer, asimismo, alguna gracia a costa de ellas para entretener a la audiencia. Con su habitual sonrisa diría impertinencias al gusto de los allí presentes, y de este modo lograría agradar a casi todos. Lo digo porque ese mismo día se ganó en el pueblo su fama de hombre ingenioso. Consideren ustedes que entonces no había televisión, ni radio, ni periódicos, y en cambio sí abundancia de fusilados recientes, de exiliados y presos, además de mucha

penuria que pasaban a palo seco, embrutecidos por la religión y el cultivo del trigo. Cualquier novedad caía muy bien en aquel secarral de cuatro rutinas donde mi padre fue a parar por casualidad, con su estilo desenfadado y de una elegancia culta que, sin embargo, él cuidaba de que se entendiera.

Las cosas transcurrieron de acuerdo a lo conveniente hasta primera hora de la noche. Entonces le asomaron las orejas al lobo, que no aceptó quedarse en casa y subir con la novia a la sala de arriba, alejada del resto de las habitaciones y engalanada para la ocasión. Se fue al bar, eso sí, todavía flanqueado por mi tío Carlos. Estaba borracho, un estado que en él asumía la forma de una locura sin balbuceos o caminar torpe. Simplemente se internaba a voluntad en un espacio personal, de buen o mal humor según capricho, porque aquello no representaba como en los seres normales una copia turbia de la vida, sino lo que esta hubiera debido ser eternamente. Necesitaba estar fuera de sí, por lo cual perseguía una intensidad de alienado, cualquier tipo de emoción para sentirse vivo. Igual que había venido caminando durante dos días seguidos porque le dio la gana, decidió irse a seguir la fiesta en el bar y dejar plantada a mi madre solo porque le dio la gana. Él no tomaba decisiones, sino que las decisiones le tomaban a él. Por eso luego se sorprendía siempre de lo que había hecho, estuviera sobrio o borracho.

En el bar no había más que hombres, de modo que todos celebraron aquella ocurrencia destinada a cimentar para siempre la fama de mi padre. Salió de allí pasadas las doce, cuando cerraron, y ni mi tío Carlos pudo convencerlo de que no fuera, primero a jugar al café de Luciana, y luego a casa de los Novios, donde acabó durmiendo, al alba ya, la noche de bodas.

Lo que cuento ahora viene todo de boca de alguno de los Novios cuando estaba borracho, sobre todo de Campasolo. Como yo también campaba, aunque con cortada de niño pescador, caña en ristre por el río o el barranco, solía encontrármelo en parajes donde ningún adulto serio andaría a esas horas, y entonces él se fue ablandando poco a poco de tanto tropezamos, hasta que me cogió confianza. Con el tiempo, llegamos a comer juntos algún día de verano. Yo ponía los peces, llenos de espinas y con sabor a barro, que asábamos en una hoguera, mientras Campasolo se encargaba de traer un par de tomates y unas cebollas, además de pan y vino. Por aquella época estaba prescrito en el pueblo un kilo de pan y un litro de vino al día por hombre. Él se tomaba de promedio más de tres litros, así que al liar el cigarrillo de postre solía andar ya alegre. Recuerdo que me habló por primera vez de mi padre una tarde de tormenta. Nos mojábamos bajo los árboles de la orilla, los rayos caían cerca, y las gotas de lluvia se iban a suicidar neciamente contra el agua del río.

—Miedo a los truenos tenía tu padre —me dijo inesperadamente Campasolo, echándose una risa. Le entraría de golpe sentimiento trágico de la vida, supongo, porque los fenómenos naturales a todos nos relativizan, así que comenzó a hablar del forastero para no entristecerse—. Se metía en casa a la que llegaba una tormenta.

No sé si lo que resumo ahora es producto solo de aquella tarde o mezclo varias, pero da igual. El caso es que mi padre se quedó aún una semana entera después de la boda, durmiendo siempre en casa de los Novios, y que ni mí tío Carlos logró devolverlo al calor de la esposa. Mi abuelo lo acompañó por fin a que tomara el autobús en el cruce. Era ya el único de la familia que no le tenía inquina, y por eso lo aprovecharon para que les liberara del indeseable. Es que mi abuelo andaba con la cabeza perdida, tanto que nada más le encargaban del cuidado de las caballerías. Se las llevaba a pasear y a abrevar cuando no les tocaba trabajar, y en una de ellas trasladó a mi padre seis kilómetros hasta la carretera. De eso hay una

anécdota. «¿No es muy alto?», parece que preguntó el forastero cuando tuvo que subirse al mulo en la plaza. Pero en lugar de rebajar su prestigio, aquel temor capitalino acrecentó su fama de hombre contradictorio. Ser contradictorio caía bien en un lugar donde, salvo los Novios desde su condición de marginales, nadie podía permitirse contradecir nada: ni el granizo, ni el calor, ni el frío, ni los precios del cereal.

El tiempo que pasó en el pueblo comenzó a ser especial desde su salida del bar en la noche de bodas, cuando quiso ir al café de Luciana. Tío Carlos le acompañó hasta la puerta, insistiéndole para que se dejara de extravagancias y regresara a casa. Incluso aceptó tomar una última copa en el patio mugriento que hacía las veces de taberna y que llamaban el Tablón. Sin embargo, al ver que no había remedio y que el otro seguía empeñado en subir a la planta de los jugadores, terminó por desistir, aunque aún advirtió a mi padre, aún conservaba, pues, alguna esperanza de enmienda.

—Mañana vas a dar pena y te vas a arrepentir. Y no sé si te vas a hacer perdonar —le dijo.

A su cuñado se le había pasado la sed de repente porque una nueva obsesión le dominaba ahora, así que se interesó por saber cuál era la mesa de verdad, la de las apuestas altas. Lo anduvo preguntando a gritos a nadie en concreto, exteriorizó muy fuerte su monólogo interior, sin reparar en que no tenía credenciales y que ni siquiera podía afirmarse que su presencia allí a aquellas horas resultara grata. Pero a Morales sí le gustó su estilo de jugador pagano. Se dio cuenta a primera vista de que el intruso tenía la misma enfermedad que él, con la diferencia de que también tenía otras varias. Era, por tanto, un perdedor nato.

—Mala suerte, el Harinero se ha ido a dormir pronto, y Santana está borracho —le explicó—. Por eso hemos armado un tresillo con el Herrero y don Julio. Si quiere —añadió—, puede usted ser el cuarto.

Mi padre aceptó participar en un juego complicado que la mayoría no tiene ni el tiempo ni las ganas de aprender. Tampoco él, pero igual daba que apenas supiera las reglas elementales, lo importante era estar exactamente donde no tocaba. Aunque a menudo confundía a la gente por su aspecto y modo de hablar, y aparentaba ser hombre de ideas, incluso un intelectual, tenía, como los niños, un enchufe interno que se desconectaba al contacto con el futuro. Por eso apostaba al frontón, a los naipes, a cualquier envite inmediato, pero jamás compró lotería, porque la consideraba propia de pequeños inversionistas ignorantes. En definitiva algo para previsores, que exigía esperar. Y eso explica también que no se le

hubiera ocurrido pensar algunas horas antes, cuando se saltó a la torera la noche de bodas, que la familia de mi madre constituía una espléndida oportunidad para blanquearle, liberarle de las rojeces de su propia familia, y para hacerle más cómoda su supervivencia en la España de Franco. Él no calculaba. Optaba siempre por lo peor, pero sin un estudio previo, por marca genética. No obstante, se lo pasaba muchas veces bien, en realidad muy bien, a su manera, claro. Aquella noche en el café de Luciana sería seguramente una de las noches pródigas en esos «instantes» que se llevó a la tumba. Que en paz descanse, y lo digo de corazón, porque si alguien necesitaba paz era él.

Santana se despertó a oscuras. Como no tenía reloj, fue hasta la ventana y calculó por el color del cielo que aún era madrugada, y de festivo. Así que decidió volver a la calle, pero al ponerse los zapatos se los encontró llenos de vino y se empapó los calcetines. Eso quería decir, dedujo, que había estado borracho, que se había puesto pesado, y que alguno de los Novios, tras meterlo en la cama, se debió de vengar de tanta molestia con aquella broma. La voz de Manos se lo confirmó desde la sombra:

—Te he tenido que traer a cuestas y todavía querías seguir bebiendo.

A Santana nunca le sentaba mal el trago, y ahora solo tenía sed, y frío en los pies mojados. Mientras se abrevaba en el botijo, el otro le iba detallando un pasado reciente que él no recordaba. Había inaugurado la mona en el bar, luego la siguió en el Tablón, y por fin estuvo con Corzo en el banco del Fosal, dándole a un cántaro de cuatro litros. Allí se cayó la primera vez y, entre Corzo y Morales, que tuvo que abandonar la partida, lo trajeron a casa, también por primera vez, y lo encerraron arriba. Pero logró escapar, a saber cómo, y se personó de nuevo en el bar para pedir más vino y armar escándalo. Eso sería hacia la hora de la cena, a las nueve y media o diez. Los parroquianos y el dueño le trataron con paciencia un rato, incluso se le sirvió un par o tres de vasos, hasta que volvió a caerse. Morales mandó a un crío a que avisara a Manos y entre los dos Novios se lo volvieron a llevar a casa. Fue entonces cuando se puso peleón, insultó, se empeñó en salir, rompió una puerta, y no quiso meterse en la cama.

—Por eso te eché vino en los zapatos —le explicó Manos—. ¿No querías vino…? Pues toma.

Santana sonrió a su compañero agradeciéndole la paciencia, mudó de calcetines, y luego fue a lavarse. Varios jarros de agua después, se sentía ya

una entidad concreta, alguien con memoria y, por tanto, con recuerdo de sí mismo. Lo malo es que esa entidad tenía la pasión del juego, motivo por el cual se peinó, volvió a ponerse los zapatos de los domingos, y se encaminó hacia el café.

Desde la misma entrada reconoció al tipo sentado de espaldas al balcón abierto. Parece que, en moreno, mi padre era la copia exacta de su hermano menor, y Santana creyó su deber hablarle del preso cuando no les oyeran. Fue, pues, hacia la mesa del fondo con la intención de presentarse.

—¿Al tresillo a estas horas? —preguntó mientras se acomodaba junto a los mirones.

Los jugadores se alegraron de su llegada, porque comenzaban a estar aburridos, bostezaban con frecuencia, uno ya se había cansado de perder, y los otros tres de ganar, pero poco siempre. Así que don Julio, el veterinario, llamado también el Mariscal, aprovechó la ocasión para levantarse y recoger del perchero su gabardina blanca.

—Ya tenéis al que faltaba para un juego de hombres —se despidió irónico—. Anda, Santana, siéntate aquí, que yo me voy a dormir, porque mañana me esperan las ovejas.

A partir de ahí empezó una partida que los viejos recuerdan todavía. Tan especial fue, que al cabo de un par de horas el dueño mandó a alguien para que despertara al Harinero. No era caso de dejar pasar unas apuestas que no se habían visto jamás en el pueblo. Mi padre iniciaba siempre el desorden, poniendo cantidades disparatadas, y los otros no se decidían a entrar a no ser que estuvieran muy bien protegidos. Pero a los montones, que se juega con tres cartas, no hay posibilidad de cubrir nunca todo. Quedaba, pues, en el mejor de los casos, un palo desprotegido, un hueco del veinticinco por ciento, de modo que el forastero, ante el miedo de los otros, terminaba por llevarse su propio dinero.

El Harinero era un viejo desagradable, el rico local, propietario de una fábrica de harinas en la que trabajaban varios de allí. Eso le garantizaba tolerancia a sus malos modos por parte de muchos. Cuando se acercó a la mesa, pidió en tono fosco si podía entrar en el juego. Santana, que ni estaba ni pensaba estar nunca a su servicio, le dio el sí con un simple gesto, sin dignarse hablar. Y, a partir de la llegada del viejo, la cosa enloqueció por completo, pues a las arbitrariedades de mi padre respondía el nuevo con apuestas igual de desproporcionadas. Se hubiera dicho que jugaban solos, ya

que ni el Herrero, ni Morales, ni siquiera Santana, un poco borracho aún, se atrevían a ir. Así parece que estuvieron hasta el amanecer, y, mucha atención ahora, ¡oído, lector!, que aquí viene la épica, un episodio que me han contado mil veces sin que apenas difirieran las versiones. En un momento dado, después de varias jugadas pasando y cinco caídas, el pozo se hizo enorme. El Harinero era entonces la banca, y se burlaba animándoles a entrar. Mi padre lo hizo por fin, aunque eso fue lo de menos, lo sorprendente es que también Santana quiso ir, así que preguntó si la banca fiaba.

—Aquí solo vale dinero en mesa —pontificó el Harinero.

Entonces mi padre le prestó un fajo de billetes al Novio, tres mil doscientas pesetas de la época, y para ello tuvo que andar un rato rebuscando en el bolsillo del pantalón y en el de la camisa.

Ganaron los dos: Santana y el forastero. La banca pagó sin rechistar, hizo luego, al levantarse, algún chiste feo, y se marchó a dormir aparentando una indiferencia de rico.

Santana supo aprovechar el jaleo que se había armado, la afluencia de curiosos, el hecho de que todos anduvieran comentando la jugada, para hablarle a mi padre al oído. De su hermano, supongo. Luego salieron del café juntos, Morales se les incorporó en la plaza, y al primer sol de una mañana de agosto se dirigieron a casa de los Novios, donde el forastero se quedó de huésped.

Yo fui un niño sin padre. Y en realidad, con muy poca madre. Porque después de la boda mi madre se marchó enseguida del pueblo y se reincorporó a su trabajo. Era enfermera en un centro público, en uno de cuyos pabellones, destinado exclusivamente a militares, tuvo la desgracia de conocer a quien sería su marido. El joven oficial presentaba una herida sin importancia, pero en zona caliente, en la parte superior del muslo, muy próxima a la ingle. Tal vez aquello propiciara el ardor amoroso, infundiera en mi madre oscuros deseos que jamás llegaría a confesarse, marcada como estaba por aquella época de cortinones y velos que anatemizaba el erotismo. Los inicios de su emparejamiento se oficiaron, en versión esteparia, de acuerdo a las premoniciones poéticas del poeta más maldito de todos. Me refiero a Rimbaud y a «las mujeres curan a esos feroces enfermos de regreso de los países cálidos…». En aquel caso, el enfermo venía de regreso no del calor sino del frío, de las nieves y los obuses de la estepa rusa, de no derrotar al comunismo; aunque, cierto es, a aquel joven gastado también podía calificársele con propiedad de feroz. Contribuyó a ennoviarlos en el mismo hospital, con una celeridad propia todavía de tiempos de guerra, el hecho de que mi tío Carlos fuera amigo del herido. Así que tras varios paseos por el Retiro, infinitos cafés con leche de ella y copas de él que tomaban juntos, entrelazadas las manos en las terrazas de un Recoletos otoñal, alguna visita al Prado, donde el antiguo estudiante de arquitectura y amante de las artes se explayaba en comentarios cultos, pusieron fecha a la boda. Agosto del año entrante. Me imagino a mi padre sentando cátedra de esteta ante aquella muchacha que no había pasado de la *educanda*, las cuatro majaderías que se enseñaban entonces a las señoritas de pueblo. Luego, cuando empezó la guerra, ella hizo un curso acelerado de enfermería, y trabajó cerca del frente, de modo que una vez que los nacionales hubieron liberado por completo el territorio nacional, pasó a ocupar, en calidad de fija ya, un nuevo puesto, esta vez en pleno Madrid. Imagino, asimismo, que mi padre falló en sus intentos de acercamiento carnal, así que no le quedó otro

remedio para «tener» a la enfermera que recurrir al sacramento. Ese era el principal acicate en casi toda boda de posguerra. La gente se casaba para fornicar con cierta regularidad e higiene. También pudo influir el parentesco con mi tío en el hecho de que el novio pidiera prestamente la mano. No era cosa de hacer otro agujero en el honor falangista, pues, al parecer, mi padre ostentaba un récord en materia de baldones a damas azules. Incluso oí comentar un par de veces que su enrolamiento en la celeste división no fue tan voluntario como él pretendía. A un tipo muy agudo, festivo siempre por decreto en tiempos de una seriedad pastosa, se le presentaban sobradas oportunidades de seducir. Y camisa vieja de primerísima hora, por mucho que ya se hubiera cansado y se la hubiera quitado hacía meses en el momento de estallar la guerra. No obstante, se la volvió a poner de inmediato con objeto de que le nombraran alférez y así poder mandar a los más y recibir órdenes de los menos. Y para desentonar con el rojo de su familia, mermada desde el glorioso dieciocho de julio por fusilamientos, o desaparecida en las cárceles golpistas. Además, dicen que su aspecto era atractivo, moreno, fuerte y con inmensos ojos negros de loco. En eso, las mujeres, por lo menos hasta hace poco, no han demostrado ser más inteligentes que nosotros. Se les cae la baba con los tipos poco confiables, posiblemente porque creen que ellas, cada una de ellas en particular, han sido designadas, por Dios o el destino, igual da, para devolverles al orden de la especie.

En fin, les acabo de resumir el motivo de que se casaran, y la boda ya la he contado también. Tenemos, pues, a mi madre, esposa virgen como María, reincorporada a sus labores en el hospital. De todos modos, a pesar del paralelismo, no vayan ustedes a creer que yo nací del Espíritu Santo. Mi padre fue el señor de quien ya les he hablado, pero me engendró más adelante. De momento, retorno a aquella mujer con anillo y papeles de esposa, que se volvió a refugiar en sus enfermos y en la intimidad del clan. Vivían, como es costumbre entre la gente de origen campesino, en rebaño, por muy en Madrid que fuera. Porque estaban todos juntos en el mismo edificio, céntrico y hasta de bastante postín, donde ocupaban principal, primero y segundo. Aquello parecería un hospital, si consideramos que en el primero y segundo se alojaban mis tías Médicas, las dos hermanas de mi madre, casadas ambas con sendos médicos, y en el principal otro galeno, hermano de uno de ellos, que había tenido la ocurrencia de repetir vocación. Solo faltaba tío Carlos, que acababa de llegar a la villa tras abandonar el pueblo, y gozaba de un piso de soltero a prudente distancia de

la familia.

Nuestro asentamiento humano quedaba por la Castellana, y dicen que allí me crie hasta los tres o cuatro años, aunque, felizmente, no tengo ningún recuerdo de aquellos días de abolengo, geográfico al menos.

Cuando me vuelvo hacia la infancia, la primera visión con la que tropiezo es la del club de tenis de mi madre, y, más concretamente, con la de la cara de Salvador, sonriente, ofreciéndome una bolsa de patatas fritas. Él le había conseguido un mejor trabajo, no sé si en cuanto a salario, pero por lo menos en un lugar grato, donde no había olor a humores y medicinas. Tampoco a monja sudada ni a sargento aguardentoso. Se trataba tan solo de ejercer de directora de aquel pequeño enclave, es decir, de organizado todo para que pareciera que los socios estaban en Europa, aunque sin renunciar a las tapas y bollos de la cafetería, y, en las pistas, a recogepelotas de cabezas rapadas para impedir que anidaran piojos. Al club le debo el buen tono físico que tan útil me sería para enfrentarme con los niños del pueblo.

Salvador era catalán y hablaba con acento, lo cual divertía enormemente a toda mi familia y, en especial, a mi tío Carlos, que había sido su descubridor. Entonces, los catalanes resultaban en Madrid graciosos sin llegar a ser ridículos, porque su prosperidad y dotes para el comercio y la empresa aún se envidiaban. Aquel señor alto y bien vestido, a pesar de sus ideas «un poco liberales» al decir de las tías Médicas, de ambas, pues ellas siempre opinaban al alimón, constituía una excelente oportunidad para mi madre. De modo que Salvador se convirtió en una especie de amigo calificado, que, además de conseguirle trabajo, la sacaba a pasear, la llevaba al cine, en ocasiones me llevaba a mí también, y la devolvía a casa a eso de las nueve. Ya no vivíamos en el asentamiento, ahora ocupábamos un ático cerca del club, en una casa modesta colindante con el barrio de ricos. A pesar de la tranquilidad de nuestro entorno, a mí no se me dejaba salir a jugar a la calle, para que no me juntara con los chicos de la calle.

A veces caía por ahí a buscarme tío Carlos y se me llevaba a los toros o al frontón, siempre a lugares viriles, aunque también acudíamos a reunimos con mi madre para comer o merendar juntos en el club. La presencia del médico resultaba conveniente para el buen nombre de la joven directora, y tampoco su amistad con Salvador le perjudicaba, pues todos sabían que el catalán era un exitoso empresario farmacéutico. Cuando se reunían los tres, mi madre ocupaba un lugar secundario en la conversación, limitándose a hacer algún comentario frívolo, como correspondía a una buena compañera,

mientras ellos hablaban de medicina, de química, o de los inicios de la Guerra Fría. Si yo estaba presente, me rebajaban el bravío infantil convidándome a berberechos, patatas fritas y aceitunas. Con todo, uno de los adultos, por lo general el más joven, mi tío, se veía obligado a levantarse de vez en cuando y darle unas cuantas patadas a la pelota roja que yo tenía por mascota, o a huir de la espada de plástico que también solía cargar. Así que me convertí por un tiempo, afortunadamente muy breve, en un niño mimado a causa de tanto acompañante, y sano y fuerte gracias a andar el día entero en el club. Sin embargo, y a pesar también de la ausencia de padre, parecería que no llegué a ser histérico. Solo una vez tuve una crisis, cuando cayó por la ventana la foca Gertrudis, la mascota previa a la pelota, que ya nunca volví a ver. O tal vez sí, porque mi madre me dijo entonces para calmarme:

—No te preocupes. Algún día, cuando menos lo pienses, te la encontrarás otra vez.

Y meses después conocí en el club a una gordita simpática a quien bautizamos enseguida como Gertrudis o «la Foca». Era una de las camareras de la cafetería, que luego se convirtió en asistenta de casa, y que me llevaba al colegio. Sé que es tópico decirlo, pero guardo mejor y más recuerdo de ella que de mi madre.

Lo único importante de estos preliminares de mi vida para la historia que les cuento es mi inicial germanofilia. Mi tío adoraba todo lo alemán, era uno más de los españoles que creían ver en el orden teutónico esa voluntad heroica de la que carecíamos los mediterráneos. Y, en cuanto aprendí a leer, los tebeos me despertaron una profunda simpatía por los nazis, casi siempre aviadores derribados, cuyo sentido del honor superaba infinitamente al de sus enemigos. Salvador me oía jugar al alemán bueno y sonreía. Era lo suficiente catalán como para no tratar de adoctrinarme. Supongo que pensaba: «Ya se enterará de mayor». Así fue, pero en todo caso, cuando llegué por primera vez al pueblo, lo hice con un casco alemán y una máscara antigás que me regaló tío Carlos y que a saber de qué guerra sería.

La abuela cayó en cama el día dos de marzo, y el quince se supo ya que tenía un cáncer terminal. Mi madre y yo partimos para el pueblo el primero de mayo, que entonces no se llamaba día del Trabajo, sino de San José Obrero, como si el santo hubiera sido del sindicato vertical. Nos llevó tío Carlos en coche hasta el cruce de la carretera con el camino, porque a partir de allí aún no se podía seguir más que a pie o en caballería. Él regresó para guardar el automóvil en el pueblo de al lado y luego se llegó a ver a la enferma caminando. Estuvo solo unas horas, pues eso era cuanto le permitía su trabajo, su clientela de ricos impacientes, pero aprovechó para dar algunas instrucciones al nuevo médico. En cambio, mi madre y yo permanecimos hasta entrado agosto. La abuela tardó en morirse, en realidad no se dignó desaparecer antes de la canícula, a la espera tal vez de que se la llevara de este mundo el calor africano y no el cáncer.

En el cruce nos aguardaba Corzo con un par de mulas. Ese fue nuestro primer encuentro, y ese mismo día me hice amigo suyo. Contra lo habitual en un campesino, ni siquiera mencionó a la enferma, aunque no paró de hablar durante todo el camino. De la falta de lluvia, del trigo, de un lagarto que salió de unas matas y se ocultó en otras. Fue entonces cuando conocí también a Fina y, además, pude comprobar sobre el terreno todo lo que valía, sus capacidades de perra lagartera. Las palabras de Corzo al ver al lagarto no pasaron de insultos que no vale la pena repetir. Sin embargo, en cuanto el animal se hubo refugiado tras las matas, comenzó a dirigir la operación de darle caza de un modo muy tranquilo. Fina le ayudó con su olfato, y por fin logramos encontrar el agujero donde el reptil se había metido con el propósito de librarse de nosotros. Yo me bajé de inmediato de la mula para asistir al espectáculo, por mucho que mi madre me ordenara no hacerlo. Así pude contemplar a mis anchas cómo el Novio metió la mano a modo de cebo en el agujero, y luego la sacó con el lagarto colgado del dedo índice, que enseguida se mordió para chupar la sangre producida por el mordisco. Antes, con una piedra, le chafó la cabeza y se lo metió en

el morral.

—Para esta noche —dijo.

Al oír mis aspavientos y comprobar que yo, niño de ciudad, dudaba de que aquello fuera comestible, me invitó a compartir la cena con él y el resto de los Novios.

Por supuesto, jamás me hubieran dejado ir a aquella casa, y menos a comer lagarto, pero tuve suerte. Yo llevaba el pelo más largo de lo recomendable para el pueblo, de modo que decidieron cortármelo, y el barbero era precisamente Corzo. Había aprendido a afeitar cráneos y barbas durante el servicio militar, el único que prestó en su vida, a no ser que consideremos servicio los viajes hasta la carretera, que hacía por «la voluntad». Ahora bien, si esta le parecía demasiado pequeña, fijaba de inmediato una tarifa. Corzo, según decían, nació vago, aunque hoy probablemente los psiquiatras lo llamarían fronterizo. Por lo demás, como llamarían también al resto de los Novios y a una sexta parte de la humanidad. Su trastorno, creo que poco frecuente en los adultos, consistía en que se quedó con el sueño cambiado hasta pasados los cuarenta. Por tanto, se negaba a levantarse para ir a trabajar al campo y, además, lo hacía cantando, porque siempre fue muy cantarín.

—¡Que no me levanto, que no! —berreaba sin asomar de las sábanas.

Luego, por las noches, cuando todos dormían, salía sigiloso a la cocina y se preparaba algo para comer, normalmente migas. Pudo aguantar en estas condiciones, salvo su periodo de militarización obligatoria sobre el que carecíamos de información precisa, hasta la muerte de la madre protectora. Entonces, cuñadas y hermanos le expulsaron de la casa y se fue a vivir con los Novios. Pero se le cambió de nuevo el sueño, se le puso normal, digamos, y por fin comenzó a vivir de día. Durante sus nuevos periodos de vigilia se hizo cazador, cortaba el pelo, solo a quien y en el momento que se le antojaba, y emprendió el negocio de transporte pueblo-cruce de la carretera y viceversa. En verano pescaba también, y yo me encargué de traerle aparejos para la caña desde Barcelona.

Pero mi bautizo en costumbres locales no tuvo que esperar hasta la cena en casa de los Novios. Una vez que le di el beso a mi abuela, mi madre me mandó a jugar a la plaza. En realidad, durante todos aquellos largos días de agonía, los mayores tuvieron el buen gusto de alejarme lo más posible de la anciana, a quien, además, me evitaron ver de muerta. Así que a la plaza me fui, vestido aún de ciudad, es decir, con un pantalón hasta la rodilla y un polo, cuando allí se estilaba en los niños pantalón mucho más corto y

camisa. Puede que eso la asustara, o tal vez fue el simple hecho de no conocerme. En todo caso, la niña preciosa, de rizado pelo rubio, ojos azules y diez centímetros menos que yo, me saludó con una pedrada.

Era una piedra gorda, que me acertó en plena frente y me tiró al suelo. Santana, que debía de acabar de bajar del bar, presenció la escena y acudió a levantarme. Me preguntó cómo estaba. Luego, tranquilizado al ver que no era nada, pues la niña tenía malas intenciones ya, pero afortunadamente poca fuerza aún, añadió:

—Buena puntería, ¿verdad?

Así conocí a Santana, y confieso que su comentario no me hizo la menor gracia.

En las postrimerías de una tarde de verano, entre dos luces ya, sobre las nueve o nueve y pico, llegué a cortarme el pelo, que Corzo trasquiló con una máquina oxidada, a lo militar. Como solo tardó unos minutos, pude quedarme a probar el lagarto sin que mi familia se enterara. Estaban todos los Novios, menos Morales, que aún andaba de jornalero, creo que precisamente trillando el cereal nuestro. Lo calculo porque eso era poco antes de morir la abuela, o sea julio. Santana se preparaba para ir también al café, pero al verme llegar se quedó para hacerme los honores. Mientras asaban la pieza en el fuego de la chimenea, me entretuvo con varios juegos de manos. Lo bueno fue que, además, me dejó que adivinara un par de veces la trampa de los más sencillos, con lo que se me ganó de inmediato. Para rematar su seducción, me regaló la baraja, española y mugrienta, que mi madre tiró a la basura en cuanto la vio. Los otros tres Novios nos miraban sonrientes. Corzo, sentado en el alféizar de la ventana abierta, cantaba, como casi siempre. Manos se ocupaba de la cena, que sirvió en unos desportillados platos de aluminio de color azul y blanco. Y Campasolo, contra su costumbre, en lugar de refugiarse en el rincón más solitario, se acercó a la chimenea. Como el lagarto no me dio el menor asco, me lo dejaron casi entero a mí, menos un pedazo que se zampó Manos, y la cabeza, cortada previamente y destinada a Fina.

—Eso la envicia para la caza —me explicaron—. Pero hay que dársela cruda para que la pueda oler bien.

Comimos también conserva de lomo con tomate y huevos fritos. Y al asegurarles yo que aquello me gustaba incluso más que el lagarto, Manos alabó a las gallinas locales, informándome de que todo el misterio estribaba en su buena alimentación, y que ellos, aparte de a la caza, solo le entraban al huevo.

—¿Tenéis muchas gallinas? —pregunté entonces.

Santana se echó a reír al oírme. En cambio, Manos contestó muy serio:

—Una, pero muy ponedora.

Luego, ya en casa, conté ingenuamente lo de aquella gallina tan menesterosa, y, para mi sorpresa, les hizo mucha gracia a todos, tanta, que el episodio pasó a convertirse en otra de las anécdotas referidas a los Novios. Estábamos en la cocina, donde yo me había colado para cenar por segunda vez, aprovechando que mi madre cuidaba de la enferma. Habitualmente me obligaban a acudir al comedor, una salita amueblada con pretensiones pueblerinas, que se suponía que era el espacio privado nuestro. Porque en la cocina, inmensa y oscura, iluminada por un fluorescente y por la escasa luz que se colaba a través de una claraboya situada junto a la escalera, reinaban los hombres. Así los llamaban, como en las películas del Oeste. Y eso me parecían a mí, vaqueros, con sus caballos y mulas y sus escopetas de caza. Nada más les faltaban las pistolas y les sobraba la boina.

Para dirigirlos, a modo de capataz precario, habían designado a un primo hermano de mi madre. Era muy flaco y aún más alto, un montañés medio del otro lado. Porque mi abuela venía de la Francia pegada al Pirineo, de un pueblo muy parecido al nuestro, que abandonó de niña para acompañar a sus hermanos en su peregrinar de esquiladores. Aquí había más ovejas, y aquí se quedaron. De su hermano mayor, a quien no llegué a conocer, se decía que se comía todas las noches un pollo entero y que fumaba en cachimba. Al primo lo llamaban Bombilla, por su cabeza pequeña y ojos azules. Era muy limitado, y, como tal, bueno para dirigir sin miramientos y con tacañería los asuntos de la casa. La familia excusaba su falta de luces, y hasta mi ilustrado tío Carlos, ante una pregunta directa mía, la achacó al hecho de que al estallar la guerra dejó de ir a la escuela. Bombilla, nunca le llamé de otro modo, era un tonto operativo, sin mayor gracia para mí que su estatura. En cambio, yo admiraba a la mayoría de los jornaleros, y en especial a los pastores. Imagínense, pues, mi júbilo cuando Santana pasó a trabajar para casa y pude verlo allí todas las noches, a pesar de que casi no se hablaba en la mesa. En el centro había siempre un par de fuentes con lechuga, tomate, cebolla y pepino. Los hombres se las iban pasando el uno al otro para servirse en el plato, y cuando terminaban de comer sorbían el agua de vinagre y aceite. En la cocina me dejaban hacerlo también a mí, pero en el comedor no. Luego venía la verdura y, por último, costillas de cordero que las mujeres preparaban en el fuego de la chimenea. Ellas se comían la carne del cocido del mediodía. No recuerdo a todas las

que solían trajinar a esas horas, solo sus vestidos negros. Las caras se me confunden ahora, salvo la de la vieja de los ojos rojos, sentada siempre en un extremo de la candela. Cuando alguien hablaba era para decir algo práctico, pues cualquier otra intervención hubiera sido considerada fuera de lugar, frívola. Se trataba, además, de frases cortas que no exigían apenas respuesta. Por ejemplo, alguien comentaba:

—Mañana lloverá porque hay nubes en San Miguel.

Y solo Bombilla contestaba, haciéndose el patrón:

—Igual habrá que trabajar cuando escampe.

Ni siquiera Santana y Morales se atrevían a romper aquel silencio solemne, y yo me sorprendía de que mis amigos, tan alegres fuera de ese espacio, acataran la normativa de Bombilla. En realidad, como hubiera dicho cualquiera de los dos, para qué hablar. Eso pensaban, así que se limitaban a comer. Luego, tras dar las buenas noches, llenaban la fiambrera como el resto de los jornaleros y se iban. Solo quedaban los pastores, a la espera de que mi abuela los llamara para dar instrucciones. Porque la anciana se ocupó del ganado hasta que comenzó a delirar. El grueso de las ovejas andaba ya de veraneo en los pastos del Pirineo, de modo que los pastores de casa se turnaban, iban y venían, y en el pueblo nada más quedaba uno fijo para atender al centenar de corderas viejas o enfermas, y a unas cuantas cabras. Así que, uno tras otro, íbamos abandonando todos menos ellos la cocina. Morales y Santana me hacían un gesto de despedida desde la puerta, y luego se pasaban por su casa antes de ir al café, pues nunca dejaban de llevarles la fiambrera a los otros por muchas ganas de jugar que tuvieran. Sin saberlo, los Novios practicaban en pleno franquismo una suerte de socialismo libertario y primitivo.

De aquel verano guardo pocos recuerdos, porque era demasiado pequeño para campar yo solo. Con la chiquillería local me amisté enseguida. Tal vez debido a que los padres de algunos trabajaban de jornaleros para casa, tal vez a que yo no era antipático y sabía aguantar bromas y nunca me quejaba de sus conatos de violencia, me aceptaron como a un invitado a quien había que explicarle casi todo. Esa cordialidad se prolongó hasta la adolescencia e incluso hasta ahora en algunos casos, aunque no llegué a tener ningún amigo de verdad. Jugaba a veces con ellos, conversábamos y nos reíamos en la plaza, y allí se quedaba todo. Mi única relación estable fue con otro veraneante, hijo de un teniente coronel, que a su vez quería ser militar y lo fue. Con él pude usar por fin mi casco alemán y la máscara antigás. Le perdí la pista a los trece años, cuando le

suspendieron de reválida y se vio obligado a regresar a la ciudad. Nunca volvimos a vernos, aunque supe por Corzo, durante la visita que le hice al hospital a finales de los noventa, que mi amigo de infancia se había dejado caer por el pueblo hacía poco, convertido ya en comandante de cuerpos especiales. Digo se dejó caer, y es exacto, pues llegó en helicóptero directamente hasta el Fosal. Por lo que explicó el Novio, su amor por los alemanes le había abandonado con el paso del tiempo, y la geopolítica terminó haciendo de él un servidor de la OTAN. O sea que pasó a defender a Occidente, que es lo que siempre deseó, desde el liberalismo democrático en vez del nacionalsocialismo. Sobre la visita al hospital y la última vez que vi vivo a Corzo, les informaré más adelante.

Regresamos a Madrid nada más enterrar a la abuela, ya que mi madre debía incorporarse lo antes posible a su trabajo. Yo me enteré en casa del médico de la muerte de la anciana. Aquella noche me habían mandado a dormir allí, en un cuarto compartido con el hijo mayor, que iba a entrar en octubre en la universidad. Al principio, le guardé el respeto que un niño suele guardarle a uno de los suyos con mayor experiencia, pero decía tantas necedades que terminó por aburrirme. Sufría de mal de amores y, al parecer, de problemas de conciencia católica, pues anduvo un rato preguntándose en voz alta si Dios aprobaría su relación con una protestante. Por supuesto, aquello me tenía absolutamente sin cuidado, así que ya iba a dormirme cuando se oyeron campanadas.

—Tocan a muerto —me informó el hijo del médico mientras se santiguaba.

Al día siguiente me enteré de que la abuela se murió «muy a gusto», al decir de la mujer del bocio, que vino a buscarme a las nueve. Trataba de indicar con aquella expresión de una naturalidad extrema que, en vez de emprender el tránsito hacia el otro mundo desde un hospital, lo hizo en su casa, entre sábanas limpias, cuidada por su hija. Ahora bien, el precio de ese lujo fueron sin duda horribles dolores terminales, tener que soportar a diario al cura, y recibir la extremaunción que, por fortuna, le dieron cuando ya estaba inconsciente.

Después del entierro, Corzo nos llevó hasta el cruce. Me despedí de él prometiéndole que le traería aparejos para una caña de pescar como Dios manda.

Un buen día, tío Carlos se cansó de Madrid y comunicó a la familia su inmediata partida a Barcelona, poniendo como excusa que acababa de echarse allí una novia formal. La noticia causó enorme regocijo en nuestro entorno —yo entonces no comprendí el motivo—, así que el asentamiento al completo reclamó conocer a la muchacha en cuestión. Las tías Médicas la invitaron a pasar unos días en Castellana, turnándola de piso en piso según un protocolo caprichoso. Ambas la encontraron encantadora aunque «poco mujer», cosa que entonces tampoco entendí. La novia rondaría la treintena y era muy delgada y blanca, de excelentes maneras y sonrisa muy bonita. Tocaba el piano y había sido educada de un modo similar al de mi madre. Lo curioso es que, a pesar de su origen urbano y de que viajó en avión para vernos, se la veía menos moderna que a ella, como si las monjas catalanas hubieran conseguido preservar el toque de españolidad que las de Zaragoza no lograron insertar por completo en mi madre. Siempre me divirtió esa expresión, en especial cuando la Foca la utilizaba para referirse a algo que no acababa de encajar con las costumbres de la época.

—¡Es que la señora es muy moderna! —exclamaba Gertrudis dando por resuelto el asunto.

Se casaron a los tres meses, en Madrid, y se fueron de viaje de novios a San Sebastián. Previamente, había quedado acordado que mi madre y yo nos reuniríamos con ellos en Barcelona, donde Salvador le había encontrado trabajo en un laboratorio. Hasta teníamos alquilado un piso. Me pasé aquellos días estudiando un plano que me regaló Salvador, y dibujando con lápiz rojo el que sería mi camino de casa al instituto, porque también me habían matriculado ya en el más próximo a nuestro nuevo hogar. A todos los niños les gustan los cambios, y yo en eso he seguido siendo niño hasta ahora, pero una emoción semejante a la que entonces me despertaba la idea de Barcelona y el mar no la he vuelto a experimentar nunca.

Las clases comenzaban la primera semana de octubre, y esa fue la fecha

límite para nuestra partida. Después de aprobar el ingreso de bachillerato, no me dejaron ir al pueblo, y me tuvieron el verano entero metido en la academia de junto al club, preparándome para futuros retos escolares. A instancias de Salvador, que, a pesar de estar instalado de nuevo en Barcelona, seguía viniendo con frecuencia a visitarnos, me matricularon también en clases de inglés, pues consideraban esa lengua como la de mayor futuro, por encima incluso del francés. Los americanos gobernarán el mundo ahora que ya no hay quien les haga sombra, afirmaba mi tío, con un poso de amargura falangista. Creo que ese verano fue la época de mi vida en la que he trabajado más y, encima, más a gusto, porque me moría de ganas de cambiar de aires. Si ese es el peaje que hay que pagar para ello, pensaba yo, lo pago, y listos.

Pero a mediados de septiembre sucedió la catástrofe. Mi madre decidió de repente, tal vez por puro miedo a lo desconocido, tal vez influenciada por las tías Médicas, a cuyo escaso entender aquel viaje ponía en peligro la reputación de la hermana menor, que no se iba. En vano Salvador pasó diez días seguidos en Madrid tratando de convencerla, y en vano tío Carlos gastó un dineral en conferencias telefónicas. Aquel pronto pueblerino fue definitivo e inamovible como frenazo de mula. Solo consiguieron arrancarle una concesión: que me dejara a mí, a modo de prueba, pasar el curso en casa de tío Carlos y su esposa.

Viajé solo, en un compartimento de segunda. El asentamiento acudió a despedirme a Atocha, y uno de los varones, no recuerdo cuál, fue en busca del policía del tren con objeto de dejarme a su cargo. Yo llevaba de equipaje dos maletas enormes y media docena de tebeos comprados en el quiosco de la misma estación. Antes de que el tren arrancara, me invitaron a una gaseosa mientras todos me iban besando y abrazando por turnos. La foca Gertrudis fue la que más lloró. Mi madre mantuvo el tipo, en realidad no le recuerdo ningún especial ataque de ternura, pero luego, cuando la miré desde la ventanilla del tren que ya marchaba, me pareció por primera vez una señora muy guapa, y fue también la primera y única vez que algo de ella me sorprendió.

El viaje, entretenido al principio, se me fue haciendo largo conforme pasaban las horas. Además, pronto anocheció y ya no pude quedarme en el pasillo contemplando desfilar la estepa castellana a través de una monótona hilera de postes pelados. Ni la conversación de los compañeros de

compartimento, para quienes enseguida dejé de ser novedad, ni sus toses a causa de la carbonilla que se colaba por todas partes al atravesar el tren los túneles, ni siquiera el policía, un tipo pequeñito y rubio, sin porte para aquel oficio riesgoso, conseguían que el tiempo pasara más deprisa. Solo recuerdo mi angustia en la parada de Mora de Ebro, a la espera de que regresara un señor que se había ofrecido para traerme agua. Pitó la locomotora, arrancó el tren y él seguía apurando su copa en el bar de la estación. Su mujer cayó de inmediato en una crisis histérica mientras el resto de los pasajeros trataba de consolarla. Por supuesto, era una broma de la época, pues el tipo se trepó en marcha al último vagón, se bebió otra copa en la cafetería del tren, que le quedaba de paso, y nos sorprendió por fin a todos, haciendo su entrada sonriente, agua en mano. Me queda de esa escena la imagen precisa de la estación desierta, de vagones de carga varados en las vías y del guardagujas de gorra roja. También puedo sentir, si hago memoria, el destemplado frío de la madrugada de finales de verano que se confundía con mi desasosiego. Luego, en algún momento debí de dormirme, porque no me enteré de que estábamos en Barcelona hasta que tío Carlos, que ya había bajado mis dos maletas, me despertó tirándome del brazo.

Nada más entrar en casa, pregunté por la esposa y él me tranquilizó diciéndome que no me preocupara, que ni estaba ni iba a estar nunca.

—Mucho mejor solos tú y yo, más divertido. ¿No te parece? —preguntó —. Y Juana, por supuesto —añadió presentándome a una muchacha, gorda y lozana, pero que nunca le llegó a los talones a la Foca.

El piso aquel de largo pasillo, oscuro incluso en plena mañana de septiembre, me encantó. Y el hecho de que no hubiera tía me encantó todavía más.

Deduzco de todos modos que algo grave ocurriría en el viaje de novios, pues a su regreso de San Sebastián la mujer de mi tío se negó a pisar el domicilio conyugal, a pesar de que eso iba en contra de las leyes. Que la aceptaran de nuevo en el hogar paterno tampoco casa bien con los tiempos, revela algo oscuro sobre lo que especularé más adelante, pero lo mínimo necesario. Suposiciones de esa índole, tan tenidas por verdades apodícticas hoy, prefiero pasarlas por alto. Soy consciente, sin embargo, de que este proceder puede parecer escapismo, y por eso opto por un cambio de rehenes. Abandono la posible inmoralidad de mi tío para tratar de la más que segura amoralidad de mi padre. Así pues, para demostrar que no eludo ser sincero incluso en lo más íntimo, entro por fin en ese otro asunto

inusual y poco grato, en aquello que probablemente estaban aguardando ustedes desde hace demasiadas páginas, y con una impaciencia que imagino grande. Me refiero a lo de la madre virgen, a cómo fui engendrado yo, o, si lo prefieren, al misterio de mi nacimiento.

A mi padre lo había dejado en el cruce del camino con la carretera cuando se marchó por fin del pueblo después de la boda. Lo recupero ahora en Barcelona, aproximadamente un año después. De civil ya, porque mi progenitor logró lo impensable, que lo expulsaran, siendo oficial y ex División Azul, del ejército franquista. Aquella utopía estaba al alcance de muy pocos, si tenemos en cuenta la extrema indulgencia con que se trataba, siempre internamente además, pues los trapos sucios se lavaban en casa, todo lo concerniente al estamento militar. Para alcanzar una expulsión era preciso cometer algo gravísimo, entendiendo por tal un acto susceptible de infringir de un modo tan extremo el código del honor castrense que no quedara otro remedio que quitarse de encima al indeseable. Porque, por ejemplo, que un oficial se meara en las botas de un superior era muy grave, pero el acusado siempre podía alegar como atenuante que la micción se produjo en estado de embriaguez. ¿Qué haría entonces mi padre para que lo echaran del cuerpo con nocturnidad, en secreto y degradado? Nadie de quienes le conocieron y con quienes pude hablar de adulto o de adolescente tenía una idea, ni siquiera aproximada, de lo que pudo suceder. Tampoco tío Carlos se atrevió a aventurar una hipótesis al respecto las tres o cuatro veces que se lo pregunté. Solo mi padre lo sabía, y se llevó el secreto a la tumba junto a sus centenares de instantes.

En todo caso, de regreso a la vida civil, no hay duda de que se las vería muy negras. Ni pensar en retomar sus estudios de arquitectura, porque no tenía un duro y ningún conocido se iba a atrever a prestar dinero sin garantía en plena posguerra, y menos a él. Así que decidió vivir la vida tal como viniera. Y lo primero que vino fue hacer de mayordomo en casa de unos nobles, aunque de un monarquismo lo suficiente tibio como para enriquecerse con Franco practicando el estraperlo textil. Según una de mis fuentes, que más adelante les revelaré, en el nuevo trabajo los señores le llamaban por el nombre de pila si bien de usted, y llevaba uniforme de mayordomo. En su día libre, frente a una botella de Veterano, bromeaba sobre su nueva situación y al referirse a sí mismo anteponía un «él», explicando que no había habido forma de convencer al resto del servicio, sus supuestos subordinados, de que obviaran el artículo. También le divertía el analfabetismo secundario de señor y señorito, si bien todo su humor se

esfumaba de inmediato cuando pasaba a explicar que estaba hasta la coronilla de los llamados «saltos». Consistían estos en una alegre aparición de jóvenes amigos del señorito, nobles o no, que se dejaban caer por sorpresa a cualquier hora de la noche, inundando la casa de risas y de trabajo para las criadas y en especial para el mayordomo. Imagínense ustedes una cuadrilla de muchachos con corbata y de señoritas en traje de noche, bebiendo champán y tratando de sentirse juventud europea. Mi padre no aguantó mucho tiempo en aquel desempeño, pues, una vez leído lo poco de interés que encontró en la biblioteca, aprovechó una de esas noches de salto para mandar a sus nobles empleadores a paseo a través de su hijo. Porque anunció sin más su dimisión al señorito mientras los señores dormían. Sin embargo, antes les explicó de un modo pormenorizado, a este y a su festiva compañía, que eran todos unos pobres ridículos, amén de ignorantes y, sobre todo, resumió, un hatajo de cobardes.

—¿Acaso alguno de los aquí presentes tiene lo que hay que tener para enfrentarse a mí, camisa más que vieja, y héroe de Rusia? —les preguntó mientras jugueteaba con una pistola.

Porque previamente había sacado de la maleta y limpiado la pistola de oficial que, sabe Dios el motivo, no le quitaron tras degradarlo, y, más previamente aún, debió de limpiar en solitario varias copas.

Es de suponer que nadie manifestó ser poseedor de lo que él demandaba y que tampoco nadie puso el menor impedimento a su partida. Les dejó, aterrados pero indemnes, privándoles de su servicio en plena noche, y es de suponer, asimismo, que el recuerdo de aquel incidente motivaría una súbita decadencia de la moda de los saltos entre la dorada juventud barcelonesa de finales de los cuarenta.

De la torre de la Bonanova pasó a una pensión del Barrio Chino, donde vivió algún tiempo dedicado a perder amigos a base de sablazos y a relacionarse con cuanto indeseable se cruzó en su camino. Uno de esos conocimientos debió de proporcionarle el trabajo de cobrador de tranvía que, al parecer, le duró varios meses, hasta que dimitió tras vaciar la bolsa de monedas de la recaudación sobre la cabeza del encargado.

Y allí se perdió por años su rastro, si bien tío Carlos llegó a enterarse a través de un compañero médico de que andaba de minero por algún lugar de Andalucía.

Mientras, mi madre se desempeñaba de lo que él hubiera llamado «honrada productora» en el hospital de Madrid. Tenía el apoyo de toda la familia, y, por provinciana que fuera entonces la capital de España, era

también lo suficiente grande como para que su condición de esposa abandonada pudiera sobrellevarse con relativa normalidad. Dado que se trataba de una mujer fría, imagino que no sufrió demasiado y que se reconfortaba con pequeñas cosas: la religión, el cine, paseos para ver tiendas, pastas, café con leche en invierno y horchatas en verano.

Pero un día el lobo llamó a su puerta. Mejor dicho, le escribió una carta. «Mi querida esposa», se ve que comenzaba, así al menos se lo oí declamar en momentos de máxima indignación contra el fugado a las tías Médicas, y parafraseo seguidamente el primer párrafo, esta vez a partir de la versión que el tolerante Salvador me contó sonriendo: «Pequeñas cosas, todas sin importancia pero muy engorrosas, me han tenido alejado de ti hasta la fecha». Dado que mi madre siguió leyendo, deduzco que estaba enamorada o era víctima de un enganche maléfico, pues, apropiándome de una expresión suya, aquello pasaba ya de castaño oscuro.

En resumen, la misiva constituía un auténtico disparate. Su autor, tras reconocer de pasada algunos errores y lamentar, también de pasada, la penosa situación a la que estos le habían conducido, terminaba solicitando un servicio. Que mi madre le enviara libros, de acuerdo a lista adjunta, precisando que no era necesario que los mandara todos a la vez. Si consideramos su pensamiento peregrino, lo más probable es que lo de los libros fuera nada más un truco destinado a conseguir respuesta. Imposible que haga oídos sordos a esta súplica, se diría el remitente, si es tan tonta como yo creo, porque una buena católica nunca le va a negar un favor a un descarriado. Avala esta hipótesis la lista que adjuntaba y que obra en mi poder, pues la encontré hace poco metida en *Rojo y negro*, una de las últimas novelas que leyó mi madre, ya en la residencia, cuando la atacaron postreros deseos de conocer lo que se había perdido, lo cual demuestra que tal vez no fuera tan tonta como mi padre y yo creímos siempre. Los libros allí citados, salvo unos cuantos clásicos, *La litada, El Buscón, Gil Blas de Santillana* y un par de novelas negras de Chandler y de Hammett, estaban prohibidos, y alguno ni siquiera traducido al español. No pudo, por tanto, haber muchos envíos, aunque sí los suficientes para reiniciar la relación entre ambos esposos.

De modo que comenzaron a escribirse con regularidad, y él demostró ser tan bueno con la pluma como con la boca. Sin embargo, a diferencia de lo que sucediera durante el noviazgo, el periodo requerido para volver a engañarla fue esta vez muy largo, y no hay otra fecha de referencia, de confirmación de que a mi padre se le había perdonado ya, que la de mi

nacimiento o, más concretamente, la de los primeros síntomas del embarazo de mi madre. Es por ello por lo que siempre que paso por Madrid me tomo una copa a mi salud en el bar del hotel Victoria. Porque estoy convencido de que en una de las habitaciones de ese hotel está mi origen, pues supe por un camarero que, antes de partir para Rusia, mi padre solía acudir a dormir allí cuando tenía dinero.

—Se parece usted mucho a él —me dijo—. Los mismos ojos, pero él en más fuerte. Nunca dejaba de venir los martes y jueves a la tertulia, aunque no entendía nada de toros. ¿Cómo no voy a acordarme? Daba propinas exageradas para la época, propinones. Eso sí, tenía muy mal vino.

Yo me había refugiado en el bar del hotel porque la lluvia me obligó a abandonar la terraza donde estaba tomando una cerveza. Era sin duda un día de diciembre de finales del sesenta y nueve, ya que esas fueron las últimas vacaciones de Navidad que compartí con mi madre. El camarero, nada más verme, me preguntó si no sería yo familia de aquel señor a quien tanto le recordaba. Luego fue contando entre risas algo sobre él, tres o cuatro anécdotas, pues apenas lo había tratado, y yo tampoco insistí para no dar a entender que desconocía todo acerca de mi padre. De haberme atrevido, le hubiera pedido información sobre la noche en que aquel hombre y una señora guapa debieron de alojarse en el Victoria para materializar por fin, en enero del año cincuenta, su postergada noche de bodas.

El instituto y Barcelona entera supusieron para mí un grado de libertad que los niños de ahora ni siquiera pueden imaginar. Juana me acompañaba hasta el edificio gris donde, a pesar de que cada mañana nos hacían formar por filas marciales, nadie se ocupaba demasiado de nosotros. También venía a buscarme al final de las clases. Pero muy pronto me permitieron ir solo. Yo nunca dejaba de coger el autobús a la ida, pues solía levantarme lo más tarde posible y salir de casa con el tiempo justo. Sin embargo, a partir del segundo trimestre, comencé a regresar a pie. De este modo ahorraba un pasaje, dejando así para mi disfrute personal la semanada casi íntegra, que invertía en novelas de aventuras de segunda mano. Las compraba los domingos en San Antonio porque el precio era muy barato, no porque sintiera una querencia especial por aquel mercadillo. En realidad, me provocaban asco los tenderetes y melancolía el conjunto, y aún sigo asociando la compulsión regateadora de sus visitantes con una miseria urbana disfrazada de viveza, completamente diferente a la paupérrima austeridad del pueblo.

Así pues, me convertí en lo que las tías Médicas llamaban «un chico de instituto», es decir, en alguien apenas un eslabón por encima de los chicos de la calle. Por fortuna, ellas seguían en Madrid, aunque molestando a mi madre con todo tipo de insidias. Seguro por tanto de que no dejarían de clamar contra los peligros de la enseñanza pública, en un momento, además, poco oportuno. Porque mi tío se había visto obligado a contar lo de su mujer. Se resistió a dar la noticia hasta cuando ya no le quedó más remedio, y, en última instancia, el culpable de que tuviera que confesar fui yo. Como mi madre telefoneaba de vez en cuando para saber de mí, cierto es que solo lo estrictamente necesario, y se extrañaba de no encontrar nunca a su cuñada, terminó preguntando directamente a Juana por la ausente. Las explicaciones le parecieron tan vagas que sospechó algo parecido a la verdad, así que se decidió a hablar del tema con el dueño de la casa. Fueron días de suspense, durante los cuales mi permanencia en Barcelona pendió

de un hilo. El asentamiento opinó y contra opinó, y, a pesar del terror a las conferencias, tenidas entonces por un derroche, mi pobre tío tuvo que aguantar la necedad de sus hermanas a lo largo de repetitivas y tensas conversaciones telefónicas. Por fin, los de Madrid decidieron dejarme tranquilo aquel curso. Luego, en verano, ya se vería.

De modo que continué siendo un chico de instituto, que, a principios de primavera ya, incluso se atrevió a pisar en compañía de algún amigo calles prohibidas. Ver a las putas en la puerta de los bares me producía una mezcla de miedo a lo desconocido y de pena por la condición humana, que me llevaba a preguntarme con angustia si también yo me vería obligado a caer de mayor en las garras de aquellas señoras desagradables. Desde la falta de deseo de entonces, los deberes de adulto me parecían eso, deberes, otros deberes más, y, en este caso, particularmente repugnantes. Pero el Barrio Chino, con sus casas de balcones llenos de macetas y canarios, sus callejuelas, rincones sombríos y gentes con boina, me traía como contrapartida el recuerdo del campo.

No crean por ello que yo me pasaba los días añorando el pueblo. Estaba feliz de la vida en Barcelona y me gustaban muchas cosas de la ciudad, en especial las Golondrinas, unos barquitos con la parte de arriba descubierta, que recorrían el puerto de acuerdo a un itinerario tan modesto como su pasaje de turistas procedentes del resto de España. A ras del agua mugrienta, llena de manchas de aceite, nadaban peces que despertaban mi instinto pescador, y más hacia el mar abierto, cerca del Rompeolas, había una especie de balsas para el cultivo de mejillones. Pero lo mejor de aquel paraíso en permanente proceso de putrefacción era un acordeonista, desabrigado siempre, incluso en invierno, con su aspecto de marinero curtido y sus tatuajes en los brazos. Igual daba que tocara pasodobles ramplones, porque yo le atribuía un pasado lleno de aventuras y estaba convencido de que aquel tipo chiquitín, aunque no llevara coleta embreada, tenía en su currículo varias travesías del Cabo de Hornos. Así que una tarde a la semana, me llegaba hasta el final de las Ramblas a la salida del instituto, la mayor parte de las veces solo. En ocasiones, le echaba un vistazo a la supuesta carabela de Colón, y volvía a sorprenderme ante la extrema pequeñez del instrumento de trabajo del descubridor de nuevos mundos. Sin embargo, tampoco me interesé mucho por aquel barquichuelo, ya que el almirante, a quien había visto en varios retratos, carecía de porte para figurar entre mi Olimpo de héroes. Yo lo veía como un funcionario al servicio de Isabel, la Reina Católica, y despreciaba, además, su genovesa o

castellana contumacia en el error, su empecinamiento hasta el final de su vida, eso decía la Historia, en haber logrado abrir una vía más corta a la India. Ni él ni su patrona fueron nunca santo de mi devoción, él por pertinaz, comerciante y poco guerrero, y ella por no haberse cambiado de ropa interior hasta la conquista de Granada.

Luego, otra pasión, la que me despertaron las Atracciones Apolo, mitigó mi amor por aquellos paseos portuarios. He sido poco jugador, tal vez para distanciarme de la imagen de mi padre, pero creo que estoy genéticamente predispuesto a ello, pues no hay otro motivo para explicar el nerviosismo que me atacaba nada más cruzar la puerta roja de aquel paraíso. Allí acudía siempre con amigos, con dos o tres por lo menos, y jugábamos al futbolín o asistíamos pasmados a las demostraciones de fuerza de los adultos cuando golpeaban un saco de boxeo sin conseguir jamás, por poderoso que fuera el golpe, coronar la cima de puntos y que el aparato se iluminara y soltara por fin una cantinela que significaba su derrota. También me inicié en el billar, si bien la memoria debe de adelantar ese momento, pues este no llegaría hasta más tarde, dado que hasta cierta edad no se permitía el acceso a las mesas.

De lo que me acuerdo perfectamente es del percance, y del miedo horrible, que sufrí en el Tren del Infierno, precisamente el último día de curso, antes de regresar a mi casa y enseñar unas notas que me aseguraban verano tranquilo y viaje al pueblo. Si cierro los ojos y me concentro un poco, veo como si fuera ahora las caras de los demonios de un rojo descolorido y, sobre todo, oigo los gritos del empleado conminándome a no moverme. Porque la vagoneta de cola en la que yo ejercía de único pasajero había descarrilado en pleno infierno sin que nadie se enterara. Luego, cuando se cumplió el tiempo programado para la atracción y todos los ocupantes del tren bajaron, pudo comprobarse que faltaba una vagoneta con un niño no identificado dentro. Mientras, yo, guiándome por el débil resplandor de las bombillas de las llamas y de otras de veinte vatios colocadas al pie de cada uno de los diablos, trataba de escapar de aquel infierno de cartón piedra. Me dolían las heridas de codos y rodillas, temblaba de espanto, pero igual seguía avanzando en dirección a la oscuridad del túnel para encontrar la vía. Por fin, la linterna del empleado de socorro me dio en los ojos, y luego ese mismo empleado, en lugar de tranquilizarme, me soltó un coscorrón a modo de bienvenida.

—¡Por haberte movido! ¡No ves que ir por aquí es muy peligroso! —exclamó, dejándose llevar por su instinto social, por una violencia contra

niños y animales que era el signo de los tiempos.

De todos modos, repito que para mí aquellos tiempos fueron buenos hasta que llegué a la adolescencia. Por supuesto que tuve suerte y que jamás me atrevería a generalizar predicando un pasado mejor, y menos si quisiera otorgar a esa afirmación un valor científico. La libertad de la que gocé por una serie de azares contrastaba con el miedo y mansedumbre embrutecida de los adultos, que se movían por las calles como si fueran personajes de una película en blanco y negro, seres condenados a vivir entre ruinas. Había excepciones, claro está, sobre todo en los ambientes más duros, en esos a los que ni el progreso ni la política apenas afectan. Y también entre menestrales y la ínfima pequeña burguesía, idénticos siempre a sí mismos desde que nacieron las ciudades. Por allí me movía yo como el pez en el agua en mi primer año de instituto, lejos del clan, y protegido por mi tío Carlos, que se iba impregnando de la tolerancia de Barcelona y volviéndose cada vez más liberal. Frecuentar a Salvador debió de ser fundamental en este proceso.

A principios de junio, justo cuando estaba haciendo los preparativos de viaje para el pueblo, recibimos, mejor dicho, deducimos, noticias de mi padre a través de persona interpuesta. Yo había salido a comprar una caña de pescar con el dinero que me dieron de premio por las notas, y, con mis propios ahorros, anzuelos, corcho y sedales para Manos, cuando se dejó caer por casa una visita. Según palabras de Juana, el señor que preguntó por mí era «un tiparraco como no he visto otro igual». Tan amenazador resultaba su aspecto, siguió explicando, que no se decidió a abrir la puerta y se limitó a mirar por la mirilla. Sin embargo, el tipo le habló desde el rellano «con una voz de ogro»:

—Vengo a buscar al niño de parte del señor —bramó o aulló, o comoquiera que hagan los ogros— para llevarlo a los caballitos. —Y añadió en su lenguaje—: El señor me ha prometido que ustedes me darían dinero para poder pagar.

Al enterarse de lo sucedido, tío Carlos comentó tratando de disimular una sonrisa:

—Tu padre ha estado o está aún por aquí.

El tiparraco volvió al día siguiente por la tarde y yo le abrí. Era tan grande que, como contó Juana, tapaba la puerta con los hombros y tenía que agachar la cabeza para mirarme. No fuimos a los caballitos sino a las Atracciones Apolo, donde, a pesar de mi frustración, mi acompañante tampoco pudo disparar la música de la máquina, por mucho que esta jamás hubiera recibido un golpe similar y de que la nube de curiosos expresara sus

sospechas de trampa al grito de «¡Tongo!».

Manolín, así se llamaba aquel pobre hombre enviado por mi padre, era aún más alto que Bombilla, y con cincuenta kilos más de peso. Su inteligencia estaría sin duda por debajo de la necesaria para ser hoy soldado español, pero hablaba bastante bien y se mostraba apacible y educado. Además, siempre iba vestido con elegancia en una época en la que solo los señoritos cuidaban de su aspecto. Luego, cuando nuestra relación se fue estrechando y acostumbrábamos a quedar los domingos para ir al cine, me enteré de que era hijo de un sastre que le hacía trajes a medida y le daba dinero para sus pequeños gastos, palomitas y gaseosas fundamentalmente. Él es una de las fuentes a las que antes me he referido. Conoció al autor de mis días en la época en que este deambulaba por los bares del Barrio Chino, pues Manolín vivía muy cerca, en la calle Joaquín Costa. Y fue precisamente su padre sastre quien le consiguió al mío el empleo de cobrador de tranvía.

Mi padre debió de consagrar parte de sus escasos afectos al tonto, pues le contaba alguna cosa de las minas y de los andaluces, simples anécdotas o tópicos, aunque a partir de ellas yo pude ir reconstruyendo episodios. Digo lo del afecto, porque siempre que venía a Barcelona le daba dinero y, previa solicitud de permiso al sastre, se lo llevaba a las atracciones del Tibidabo, que quedaban muy lejos del Chino. Gracias a Manolín me enteré de cómo se las ingenió para volver a conquistar a mi madre y hacerla dormir en el hotel, no una sino varias veces. A instancias de ella, aceptó presentarse a unas oposiciones, y en aquel intento de rehacer su vida se marchó a Madrid, donde la vio a escondidas. Era un trabajo menor, al acceso de cualquiera con cuarto y reválida, un puesto de segunda categoría en las administraciones locales. Al parecer las aprobó, y por un tiempo incluso hablaba de irse conmigo y su esposa a alguna ciudad de provincias gallega, bien cerca de Finisterre, el antiguo fin del mundo. Luego, algo le hizo cambiar de idea, o cambió porque sí, lo propio de él.

Manolín lo excusaba diciendo que se presentó a las oposiciones solo por mí y que me quería mucho, añadiendo que algo pasaría con la esposa y que mi padre no era hombre para estar casado. Hasta allí le alcanzaba al tonto la inteligencia, y en eso, en la última parte de su razonamiento, coincidíamos. Ahora bien, una tarde en la que nos faltaban tres pesetas para pagar las entradas del cine, dijo por fin algo realmente nuevo. A pesar de su magra paga de minero, mi padre me mandaba siempre un giro por mis cumpleaños y Navidad, y lo había hecho, asimismo, hacía poco, cuando se

enteró de mis buenas notas. Y al preguntarle yo cómo sabía no solo que estaba en Barcelona sino, además, mi dirección, me explicó que los porteros le informaban. Aquello sí era verosímil, que se hubiera ganado al del asentamiento y al de casa de mi tío invitándoles a unos vinos. De modo que los regalos desproporcionados que se me hacían en aquellas fechas tenían su origen en el ausente, y hasta puede que los de Reyes. Confieso que por un momento pensé bien de mi padre. Pero enseguida le agarré aún más rencor. Porque en el pueblo me enteré de que también había visto a Santana y Morales en varias ocasiones. Les telefoneaba anunciando su visita y los Novios iban a encontrarse con él en Huesca. Por supuesto, les pagaba el viaje, aunque, según ellos, solo para que le contaran de mí. Pensar que mi padre, a quien no conocía, se relacionaba con todos menos conmigo, me llenaba de ira contra él y contra mi madre y el mismo tío Carlos por no decirme nada.

Confieso, no obstante, que a principios de junio de aquel año, justo antes del viaje, me adentré en las callejas del Chino para conocer la pensión donde, según Manolín, aquella imagen fantasmagórica se alojaba durante sus visitas a Barcelona. Todavía existe. Es una de esas pensiones de putas, inmigrantes del Magreb, microcomercializadores de droga y parados.

Juana me dejó al cuidado del policía del tren, tras instalar mi maleta y la caña de pescar desmontable en la bandeja de un compartimento, esta vez de tercera. Salvador había convencido con anterioridad a mi tío de que ese era el lugar apropiado para un niño independiente.

—¿Y por qué no en primera como hijo de gánster? —le preguntó un par de días antes, cuando me permitieron interrumpir su charla sobre política internacional para dar muchos detalles de mi viaje, mientras ellos tomaban una copa en la galería y yo una taza de cacao con leche. Y añadió—: Carlos, lo de las clases es cosa de Marx o de tus hermanas.

Entonces mi tío se lo pensó un momento y terminó por hacerle una oferta al interesado:

—Elige si quieres cambiarlo: o vas en segunda, o en tercera, y la diferencia de precio te la quedas tú.

Así que partí con lo que entonces me parecía una fortuna metida dentro de un libro de Salgari que apretaba en la mano derecha, y setenta y cinco pesetas en el bolsillo para pagar taxi de Zaragoza, autobús hasta el pueblo y comer algo en el tren. Porque tío Carlos me concedió también el deseo de que en vez de llevar los clásicos bocadillos preparados en casa me comprara un par en la cafetería. Salimos de la estación de Francia muy temprano, aunque con calor ya y una luz de finales de primavera que parecía de verano.

En el compartimento solo había mujeres mayores, siete, creo recordar, pues en un día laborable se suponía que los varones, en la España del trabajo para todos, tenían cosas que hacer. De todos modos, vi fuera a varios viejos fumando, y luego a hombres de mediana edad en la cafetería. Por tanto, hastiado de la charla sobre hijos, nietos, motivos del desplazamiento y destino final, y, especialmente, de las preguntas que se me hacía, hui de aquel cubículo apenas llegamos a Sitges, y me pasé el resto del viaje en el pasillo, sin hablar con nadie. Pero no me asustó la soledad en ningún momento. Por el contrario, la alegría de estar absolutamente solo en territorio de nadie, una alegría que no volvería a experimentar hasta mis

primeras escapadas en barco, me ponía cara de tonto, y sonreía sin saberlo. Tal vez por ello caí tan bien entre los parroquianos que se emborrachaban sin perder el equilibrio, pegados como lapas a la barra del bar en el vagón restaurante. Permanecí allí casi una hora, de charla con aquel grupo de gentes parecidas a las del Barrio Chino, que me adoptaron por mascota y querían a toda costa endilgarme una cerveza. El más parlanchín de todos llegó incluso a invitarme a un coñac en cuanto me vio terminar de comer los bocadillos, con tan mala fortuna para él, y excelente para mí, incapaz a la vez de tomarme la copa y de rechazarla, que en ese preciso instante hizo su aparición el policía del tren.

El incidente se prolongó lo suyo, pues el supuesto secreta, a quien no obstante los habituales conocían de sobra ya que se cuadraron al verlo, decidió pedir la documentación al personal al completo, incluidos los camareros, según él, culpables por omisión. Una vez que hubo revisado los carnés de identidad de aquellos hombres repentinamente sumisos, para lo cual cotejaba cada una de las fotos con la respectiva cara, habló de imponerles una sanción económica que deberían pagar a escote, bajo el cargo de pervertir menores. Sin embargo, a causa tal vez de su ignorancia respecto al importe de la multa, terminó por ordenar que regresaran todos a sus compartimentos y en apenas unos segundos el grupo se dispersó dejando la barra vacía.

—¡Despejen todos! —gritó mientras los veía salir de estampida—. Ahora mismo se me van a sus compartimentos, y ojito con hacerse el listo. No quiero tropezarme con ningún vago fuera.

A mí se limitó a darme un coscorrón antes de conducirme de la mano hasta el número de asiento asignado en mi billete, y durante el camino no me dirigió la palabra. De nuevo, pues, volví a experimentar en plena cabeza el signo de los tiempos.

Me apeé del tren en la estación de Zaragoza, una antesala ya del pueblo, con sus gentes de aspecto muy poco o nada urbanizado y una música ambiental de voces cantarinas. Hacía un calor propio del desierto africano, allí junto al Ebro y a la Pilarica, en el corazón de aquella ciudad que, fiel a la academia militar y a su pasado heroico, seguía aún sin querer ser francesa. Cambiando varias veces de mano caña y maletón, conseguí salir al exterior y llegar hasta un taxi, cuyo conductor se sorprendió de ver solo a un niño que, obviamente, no era de aquellos pagos.

—¿Ya saben tus papas que viajas? —me preguntó antes de decidirse a arrancar.

Le costaba pronunciar la palabra «papá», de modo que la frase entera sonaba a falso, como si le estuvieran entrevistando en la radio, y noté enseguida que se trataba de un simple hombre prudente, acaso escarmentado también, tratando de cubrirse las espaldas por si yo me había fugado de casa y se topaba con la policía. Así que hablé y hablé mucho, con mi vocabulario rebuscado de niño que al entender del taxista debía de llamar papá a un padre a quien en realidad jamás había podido llamar nada. Hice bien, porque en cuanto supo que iba camino al pueblo, se tranquilizó y me quitó la palabra, que ya no me devolvió, pues dos vecinos suyos, dos, precisó, procedían de ese lugar, uno que trabajaba de portero en una finca de lujo, y otro de barrendero municipal. Esa coincidencia le movió a responsabilizarse por mí y, de paso, a privarme de toda iniciativa. Tras aparcar frente a la terminal de Agreda, la estación de autobuses, se empeñó en cargar mi maleta para acompañarme a sacar el billete, y no me abandonó hasta dejarme instalado en mi asiento.

El coche de línea era un armatoste con la baca repleta de bultos arriba y varones con boina y mujeres con pañuelo negro a la cabeza dentro, que tardaba más de tres horas en recorrer los cien kilómetros que nos separaban del pueblo. Todos se conocían, así que ellas se contaban novedades a gritos mientras los hombres fumaban o dormitaban. Pegado a la ventanilla, yo miraba un paisaje sin el menor encanto, una interminable llanura donde se sucedían los campos de cereal de secano, que solo comenzó a variar en el pueblo de abajo, cuando la carretera inició el ascenso entre pinos y pude ver por fin el río. Me puse nervioso al poco de llegar al cruce con el camino, una vez pasados los dos arcos románicos que quedaban ya muy cerca, y a punto estaba de vomitar, cuando de repente reconocí una voz amiga. Sentado en un mojón junto a sus dos mulas, Corzo cantaba para entretener la espera.

Una vez desaparecida la abuela, Bombilla se hizo con un poder casi absoluto, salvo durante la segunda quincena de agosto y la primera de septiembre que las tías Médicas pasaban en el pueblo. Mi madre ni vino aquel año ni tampoco los siguientes. Al principio aún ponía alguna excusa, pero luego quedó sobreentendido que no tenía el menor deseo de regresar y que ya no iban a verle el pelo. Las cuestiones económicas y prácticas las delegaba en sus hermanas. Yo gozaba por tanto de mes y medio de libertad silvestre y de otro de libertad vigilada, a cambio de pasar algunos días de

septiembre en Madrid.

Lo malo es que en los veranos de entre primero y cuarto de bachillerato siempre me faltaba compañía al principio, pues entonces la escuela pública se prolongaba mucho más que el instituto, y los chicos del pueblo aún seguían en clase. Tal vez eso explica mi amistad con el hijo del teniente coronel, que ya andaba de vacaciones cuando yo llegaba. En esta ocasión, me refiero a la primera vez que vine solo desde Barcelona, pretendió que retomáramos nuestro antiguo juego de los alemanes buenos, aunque le convencí de que sería más divertido cambiar el escenario, la vieja Europa, y la época, las estepas rusas, por Malasia y el siglo diecinueve. Cedí el papel de Sandokán sin el menor problema, porque yo prefería a Yáñez de Gomara, y no por racismo, por el hecho de que este fuera blanco, sino porque me gustaba la calma del flemático portugués que no dejaba de fumar puros ni en las ocasiones de mayor peligro, y que era lo suficiente héroe para no precisar de una novia.

Sin embargo, solo pasaba parte del día con mi amigo, normalmente las mañanas. Por las tardes me iba a pescar río abajo o barranco arriba, y en ese peregrinar comencé a encontrarme con Campasolo, que campaba por aquellos parajes solo y sin aparente motivo.

Antes, el mismo día de mi llegada, nada más apearme del coche de línea, le regalé a Corzo los anzuelos, el sedal y un bonito corcho rojo, de aire mucho más profesional que los de botella de vino que él había utilizado siempre. Se puso tan contento que prometió llevarme a pescar con él y enseñarme cómo se hacía a mano cuando el río se secaba lo suficiente.

—Para agosto iremos —me dijo—. Mientras, me voy a hacer una caña de primera con lo que me has traído.

Mi amigo premilitar, a quien los chicos del pueblo motejaban Carrañolas porque le atacaban cóleras frecuentes durante las cuales se peleaba con cualquiera, incluso con los mayores, sin rendirse jamás por mucho que le apretaran la cabeza contra el polvo, tenía una escopeta de aire comprimido. Quedábamos temprano para ir a cazar pájaros por los árboles de los alrededores, y yo le acompañé un tiempo en sus correrías. Poco, pues me daban pena los gorriones muertos. Sus ojos no eran como los de los peces, se les notaba cierta alma, sobre todo si aún aleteaban en el momento de cogerlos. Además, su tacto blando y caliente me repugnaba. Pero la verdad es que por lo general apenas conseguíamos matar ninguno: o bien él no les acertaba —entonces exclamaba invariablemente «¡Ese se ha ido con el culo ardiendo!»— o bien la escopeta, de segunda mano, carecía de fuerza

para atravesar las plumas. Por otra parte, yo no pasaba de coautor de aquellos crímenes, dado que muy raras veces disparaba. Es que me habían asustado las viejas que, al vernos con el arma, no dejaban de repetir la misma cantinela:

—Mucho cuidado. Si dejáis tuerta a alguna, os tendréis que casar con ella.

No es que las chicas del lugar fueran feas, sino que, con una notable excepción, parecían mayores, unas señoras, y la idea de que toda mi vida transcurriera a la vera de una de ellas, y sobre todo de dormir a su lado cada noche, me sobrecogía. Enseguida contaré algo de la excepción, ni más ni menos que la rubia que me saludó con una pedrada el primer día que llegué al pueblo. Ahora, con diez años ya, me parecía una belleza esquiva, aunque imaginándomela tuerta tampoco estaba dispuesto a atarme a ella para siempre. Y no crean que no le di vueltas a esa posibilidad de pedir la mano sin recurrir a las palabras ni a los otros tediosos ceremoniales que veía interpretar a los adultos.

Una tarde de lluvia en la que no era posible pescar, fui con Carrañolas a dar una vuelta por los corrales que quedaban encima del pueblo. Cuando salimos caía poca agua, pero enseguida comenzó a diluviar, de modo que nos refugiamos en la puerta de Santa Cecilia. Como desde la ermita se divisaba aún la torre de la iglesia, teníamos la impresión de que estábamos a tiro de piedra de la plaza. Sin embargo no era tan cerca como parecía, cosa que pudimos comprobar en directo luego, porque también vimos a una pequeña cabra, o así la llamé yo sabedor de que cabrito era una mala palabra, a la que seguimos de inmediato con el propósito de cazarla. Que se trataba de un animal salvaje resultaba obvio, pues había tomado la dirección del bosque para ocultarse. Así que, sin cuidarnos del aguacero, nos lanzamos a por él. Atrapamos finalmente a la cabra en un campo en barbecho donde se le habían quedado pegadas las patas al barro. Carrañolas la placó con las consecuencias que ello suponía, y, para compensar su gesto, a mí me tocó cargarla a la espalda. Antes, le puse un nombre: Silver.

Nos costó Dios y ayuda llegar hasta el pueblo con nuestra presa, el pequeño Silver, que, seguramente por miedo, se me alivió encima. Así que, embarrados y orinados, aparecimos por fin en la plaza mayor, donde nos aguardaba una sorpresa ingrata. Del grupo de hombres resguardados bajo los balcones del Ayuntamiento, se destacaron el pastor propietario de la cabra y sus tres hijos, que nos la arrebataron sin siquiera dar las gracias.

—¡Qué Silver, ni qué salvaje! —exclamó un Carrañolas a punto de

ceder a otro de sus ataques de ira.

Nunca más volví a mezclar mis lecturas con los asuntos del pueblo. Además, escarmentado por lo desastroso del episodio y por la posterior frialdad de mi amigo, me dediqué casi por completo a la pesca hasta la llegada de las tías Médicas.

Las mañanas se me hacían largas, pero pronto logré distraerme estableciendo una rutina. Subía muy temprano a leer al bosque de arriba, llamado de Santa Cecilia por la ermita; antes de comer pasaba un momento por casa, cogía una azada y me iba a buscar lombrices, ya fuera en algún corral, ya en la acequia. Luego guardaba los gusanos en un bote de leche condensada que dejaba en el patio, listos ya para alimentar a los peces más incautos, mientras yo me alimentaba a mi vez.

Si estaba Bombilla, la comida transcurría con la habitual solemnidad y silencio, de modo que yo no lamentaba la ausencia de los hombres, que por lo demás solían quedarse en el campo hasta la noche. Como no se me permitía abandonar el pueblo durante la supuesta hora de la siesta, encontré un remedio excelente para matar ese rato: ir al café, por mucho que Bombilla lo desaconsejara, pues tenía coartada para justificarme. En realidad, él me había prevenido contra el Tablón, el piso de abajo, el de las borracheras, y no contra la sala de juego. Así que cada tarde, entre las dos y las cuatro o cuatro y media, allí estaba yo, detrás de la mesa del Herrero y de Santana y Morales, siempre que estos no anduvieran de jornaleros. Se me toleraba y creo que incluso a la mayoría le agradaba mi presencia muda. Consideraban, supongo, que un niño educado confería cierta normalidad a su compulsión jugadora. Las mujeres jamás osaban asomar la nariz por allí y a los chiquillos locales se les expulsaba porque armaban jaleo y pretendían meter baza en las partidas. En cambio, a mí no me dijeron nada, cierto es que por falta de motivos para quejarse. El único que gruñía al verme era el Harinero. No obstante, nunca llegó a acusarme al dueño ni a decirme que me fuera.

Allí entablé amistad con la otra excepción a la regla, pues tampoco se admitía más perro que a Palomo, el del Herrero. Se sentaba en el balcón, junto a la mesa de su amo, donde dormitaba hasta la noche. Palomo y yo teníamos otra cosa en común: nos gustaban las pequeñas. Según la leyenda, aquel perrazo solo se relacionaba sexualmente con las perras más pequeñas del pueblo. Es por ello por lo que, temeroso de que me motejaran Palomo, oculté mi amor por la niña de la pedrada todo lo que pude. En la adolescencia, cuando se hizo ostensible lo que sentía por ella, seguía siendo

diminuta, pero tuve la fortuna de que nadie recordaba ya al perro del Herrero o de que a nadie se le ocurriera bautizarme con su nombre.

En realidad, siempre me han atraído las mujeres pequeñas, y las grandes pasiones, esas cuatro o cinco que suelen tenerse en la vida, han sido de tamaño modesto. ¿Acaso porque mi madre era alta? Ahí queda la pregunta, a la que yo respondería con un «Me gustaban canijas porque me daba la gana».

A la hora de elegir los itinerarios de mis expediciones de pesca, solía inclinarme por el barranco. En el río había más peces y más gordos, pero los parajes en torno al barranco, puro bosque de pino negro, estaban siempre vacíos, en especial si me animaba a ir lejos, a un territorio virgen donde solo podía tropezarme con Campasolo. Eran aguas limpias y poco profundas, una corriente alimentada por fuentes que variaban de emplazamiento verano a verano, y había trozos enteros en los que el agua corría sobre la piedra viva, sorteando rocas entre espuma. Además, el barranco nunca se secaba, a diferencia del río, menguado a partir de agosto.

Cuando se ponía el sol quedaba aún mucho rato de luz, de modo que yo no regresaba nunca antes. Caminaba hasta dos o tres kilómetros del pueblo, con la caña ya plegada en una mano y sujetando en la otra la ristra de peces que había ensartado en un junco, pasándoles la punta por una de las agallas y la boca. Luego me sentaba al borde del camino y me ponía a esperar a alguien. Porque a esa hora llegaban los hombres que habían estado trabajando en los montes, en los corrales, y el sendero se convertía de repente en un lugar transitado. Aquel era para mí el mejor momento del día, el de abrevar a los animales de tiro, porque ver tanta caballería junta me hacía sentirme en una película del oeste. Pero lo mejor era que alguien me invitaba siempre a montar en su caballo o en su mula.

En una de esas ocasiones, al pasar por el puente, cerca de donde las mujeres lavaban y tendían la ropa, vi a Corzo entre los matorrales de la orilla, y le llamé a gritos sin obtener respuesta.

—No te va a contestar —dijo el viejo que me llevaba en su mula, y se echó a reír—. Debe de estar oliendo bragas.

Esa fue la única vez que oí un comentario sucio sobre alguno de los Novios.

Aquel verano Bombilla se las tuvo que ver con los jornaleros y hasta se produjo un conato de huelga no declarada, de modo que durante algunos días la trilladora trabajó a medio gas en plena temporada, atendida solo por el único peón fijo que le habían permitido contratar las Médicas y por el propio Bombilla. Al final acabó cediendo y llegó incluso a ofrecer un par de duros diarios más que la competencia, claro que por una tarea mucho peor. Es que estaban asfaltando el antiguo camino del cruce para convertirlo en prolongación de la carretera, y medio pueblo llevaba de peón caminero desde finales de abril, cuando empezaron las obras. Por tanto, las cenas en la cocina se hicieron aún más silenciosas que de costumbre, pues el ambiente estaba enrarecido, y, además, en lugar de los hombres de siempre, los recién incorporados no pasaban de adolescentes que apenas osaban abrir la boca delante del capataz.

Una noche oí comentar a Santana en la plaza:

—Bombilla debe de andar cagándose en Dios. Quería que trabajáramos gratis y don Girón lo ha jodido bien.

Yo no entendí nada, pero Morales, que acababa de bajar del bar a estirar las piernas, me lo explicó. Girón de Velasco, falangista de primera hora, era un connotado hombre del Régimen y cabeza del sindicato vertical, el manso y amañado sindicato franquista. Al parecer, en una reunión masiva que tuvo lugar durante su visita al pueblo hacía veinte años, prometió a los asistentes la pronta construcción de una carretera. Había iniciado frente a la iglesia un discurso destinado a estimular el espíritu nacional, y como no lo lograba, aclaró Morales, no le quedó otro remedio que lanzar aquella promesa improvisada.

Aún recuerdo otro comentario al respecto. El Herrero, que pasaba por allí de regreso de jugar en el café, exclamó al enterarse de quién hablábamos:

—¿Girón de Velasco? ¡Girón de mierda!

Me sorprendieron viniendo de él aquellas palabras, dado que, pese a

vivir de su trabajo, mínimo, y de sus ganancias a los naipes, escasas, se le suponía hombre de orden y casi beato: el único varón arrodillado siempre en uno de los bancos de primera fila en misa. Pero sentirse de derechas no le obligaba a comulgar con ruedas de molino, ni le impedía manifestar su desprecio por el gerifalte embustero, por muy mando vertical que fuera.

Las tías Médicas estrenaron la carretera nueva. Llegaron de Madrid en un Dodge comprado especialmente para la ocasión, con el único objetivo de impresionar a sus paisanos. Lo conducía el galeno casado con la mayor, pues el otro se había quedado en la capital al cuidado de sus pacientes y del asentamiento vacío. Era un coche enorme, absurdo para aquella España de los abrigos con cuello de piel de conejo y del café de recuelo, el típico automóvil de nuevo rico, y el «nuestro» todavía daba más la nota, debido a su color verde botella. Lo aparcaron en la misma plaza a la hora de la misa mayor, cuando todo el pueblo se hallaba allí o tomando el aperitivo. De inmediato, varios hombres dejaron el vaso de vino en la barra del bar y se asomaron a las ventanas para ver el prodigio desde arriba, y alguien pronunció en voz baja unas palabras que, en el repentino silencio de pasmo colectivo, se oyeron con absoluta claridad:

—En cochazos se han gastado lo que no nos paga Bombilla.

Entonces Palomo, como si quisiera corroborar esas palabras con un gesto simbólico, se acercó displicente a la rueda delantera izquierda y se echó una meada, mientras los viajeros trataban de apearse del Dodge en busca de ayuda para cargar las maletas. Acudimos mi amigo premilitar y yo, así que entre nosotros dos y el tío pudimos llevar todos los bultos a casa en un par de viajes. Nada más instalarse en el comedor y pedir agua, la tía mayor me hizo entrega del regalo de fin de curso que me habían comprado, previa colecta entre todos los de Madrid, Foca incluida. Era una lancha con mando a distancia, un juguete desconocido entonces, alemán por supuesto, que fui a estrenar a la balsa una hora y pico después, en cuanto acabó la misa. Me acompañaba una auténtica tropa, la práctica totalidad de los chicos del pueblo, y también alguna niña curiosa. Durante un rato, la lancha surcó rauda las aguas marrones de la balsa, dejando a su paso una blanca estela, y girando cada vez que yo apretaba los botones de izquierda y derecha, con una docilidad elegante que nos maravilló al grupo entero, menos a Carrañolas, quien me explicó a gritos que, siendo alemana, sin duda podía correr mucho más.

—No la estás pilotando bien —me reconvino, y me pidió el mando.

Ese fue el fin de la lancha, pues si bien es cierto que mi amigo consiguió incrementar su desempeño por algunos segundos, también lo es que la estrelló contra una piedra, donde la pobre perdió sus poderes. Ya nunca más pudo caminar sola, de modo que si queríamos jugar con ella estábamos obligados a moverla a mano como al resto de los juguetes españoles de la época. Un par de semanas después, cayó en el olvido absoluto, y luego alguien la tiraría.

El río, que en la tercera semana de agosto ya estaba muy seco, volvió a crecer después de un par de tormentas, de modo que tuve que insistirle a Corzo para ir a pescar a mano. Accedió por fin un mediodía, mientras me cortaba por segunda vez el pelo aquel verano, y convinimos en encontrarnos luego junto al puente. No necesitábamos lombrices, ni tampoco caña, me explicó, solo una buena cesta de mimbre. Por tanto, después de comer, cogí la más grande que encontré y bajé a la carrera por el atajo. Corzo llevaba ya un buen rato aguardándome, porque el coche de línea tenía su llegada a las dos, con lo cual le sobraba tiempo para hacer sus viajes cargando maletas y bultos, y regresar luego a fumar a la orilla. La construcción de la carretera no había significado que se quedara sin trabajo, pero sí le hizo perder buena parte de sus beneficios: ahora solo transportaba el equipaje de los viajeros desde el paradero del autobús, situado al pie del pueblo, hasta la plaza, apenas ochocientos metros de subida. Ese servicio de transporte público, alguno que otro de peluquería, y la vespertina revisión de los lazos para cazar conejos constituían todas sus obligaciones cotidianas, así que, una vez descargadas las mulas, solía dejarse caer de nuevo por la llamada Arboleda, para que los animales pastaran en un paraje sombreado por los árboles más viejos y frondosos de la zona. Allí me lo encontré, cantando como siempre y fumando a la vez. Entonaba a gritos una estrofa corta, daba una calada larga, hacía una pausa muy corta durante la cual expulsaba el humo, y se arrancaba por otra estrofa. Ese era el estilo Corzo, y no lo recuerdo nunca cantando sin cigarro.

—Hala, en marcha —me saludó al verme.

Estábamos a finales de agosto, y tras las últimas tormentas, que a mí me parecieron una sola, un diluvio aderezado con relámpagos, granizo y muchos truenos, la temperatura y hasta el color de la luz habían cambiado. Adiós, verano, comentaron los hombres en casa durante la cena, aunque

aún hará algún día de calor vamos ya para otoño. Ahora, a pleno sol, se estaba bien, pero a partir de las ocho o las nueve tocaba ponerse chaqueta, y para meterse en el río te lo tenías que pensar mucho. Sin embargo, en cuanto llegamos al pozo elegido, el Novio se quitó toda la ropa, menos unos calzoncillos largos y la boina, me pidió el capazo, ordenó que cogiera un palo bien largo, y se adentró sin más en el agua.

Desde la orilla, yo iba espantando peces con el palo. Lo metía en los agujeros, entre la maleza, levantaba las piedras, removía el barro del fondo. Al principio, Corzo mantuvo cierta compostura y se comportaba como un adulto que anduviera enfrascado en algún trabajo extravagante; luego, víctima de su pasión pescadora, regresó de repente a la infancia. Abandonando la cesta que no le había servido de nada, comenzó a gritar cosas inconexas. Menudo besugo, lo tengo por la cabeza y es muy gordo, decía por ejemplo. O: Ese se ha escapado con la cabeza bien chafada. A esas alturas buceaba bajo la boina, introduciendo ambas manos en las cuevas, y pronto comenzó a arrojar fuera peces de un tamaño que yo nunca había visto. Parecía mentira que siendo tan grandes pudieran sobrevivir en un río de esas características. Sacó también dos ranas, y entonces dio por finalizada la pesca. Recuperó la boina, la estrujó antes de volvérsela a poner, y ordenó:

—A casa.

Aquella noche acudí como de costumbre a cenar en el comedor con mis tías para no despertar sospechas, aunque apenas comí nada. Me estaba reservando para el banquete en casa de los Novios.

La primera que me sorprendió fue Fina, la perra lagartera. Nunca había visto a otro de sus congéneres al que le gustaran los peces crudos, y esta se zampó tres palmeros, seguramente porque tenía un hambre ancestral. Al menos eso deduje por su aspecto, aún más esquelético en la cocina de los Novios que en campo abierto. Luego me sorprendieron las atenciones dispensadas por Manos a Corzo, atenciones propias de un criado, no de un amigo.

—Es que le salvó la vida cuando le tocaba ir a hacer la mili en Melilla y quería aprender a nadar aquí antes —me explicó Morales, tal vez para disipar malas interpretaciones—. Se estaba ahogando y Corzo lo sacó por las orejas. Por eso lo trata tan bien. Aunque —añadió— ya lleva pagado más de lo que vale una vida de pobre.

Me decepcioné un poco al comprobar el nulo interés que les despertaba nuestro botín. Igual que las mujeres de casa, tiraron la mayor parte de los peces, aduciendo la dificultad de limpiarlos y la abundancia de espinas. Escogieron para el rancho solo los más pequeños y las dos ranas, que echaron a un caldero dispuesto ya en el fuego, donde hervían desde hacía rato patatas y pimientos. Luego añadieron caracoles y un gran pedazo de tocino.

—Vas a ver lo que es el rancho de esta casa —comentó Campasolo con tono de anfitrión orgulloso—. Y eso que hoy no tenemos conejo, porque no nos ha dado tiempo, ni a mí ni a ese —señaló a Corzo— de mirar los lazos.

Mientras esperábamos a que la comida acabara de hacerse, ellos no paraban de beber, y a pesar de mi edad noté enseguida que se habían achispado. Reían por cualquier cosa, se burlaban los unos de los otros y, en un momento dado, Santana agarró la guitarra —fue la primera vez que se la oí tocar— para acompañar a Corzo, que se arrancó por canciones de antes de la guerra. Aquel repertorio todavía resultaba peligroso, aunque difícilmente nadie del pueblo, ni siquiera las tías Médicas, iba a decir nada. Los Novios estaban al margen del orden social. Además, ya tenían purgadas todas sus culpas de «pobres diablos» con las vejaciones de las que habían sido objeto, y solo el Harinero, que ahora andaría en el café jugando a las cartas, era capaz de ensañarse con ellos. Morales aún conservaba el estigma de hijo de fusilado, pero las palizas que le propinaron los falangistas del pueblo de abajo en más de una ocasión, cuando subían a divertirse para las fiestas de octubre, se consideraban suficiente castigo; Santana, forastero y expreso, había purgado asimismo cualquier culpa con sus años de cárcel y su posterior silencio sobre cualquier tema ajeno al trabajo o al juego. En cuanto a Campasolo y a Corzo, huérfanos de padre ambos, se les obligó, siendo todavía niños, a ver cómo pelaban a sus respectivas madres con unas tijeras de esquilar ovejas. Más adelante, es probable que padecieran también, esta vez en propia carne, las torturas de la Guardia Civil de un lugar impreciso, tras el episodio de los maquis, sobre el que volveré más adelante. A Manos siempre le dejaron en paz por limitado. Ese no vale ni para rojo, sentenció al respecto el Harinero.

El rancho me pareció lo mejor que había comido en mi vida, de modo que repetí varias veces. Luego me dieron unas avellanas de postre, mientras ellos se tomaban otro vaso de vino y seguían bromeando o cantando. Yo me sentía feliz de estar entre aquellos hombres diferentes y la velada se prolongaba del modo más grato, hasta que de pronto Manos,

completamente borracho, sacó de la boina un fajo de billetes de mil pesetas y empezó a tirarlos de uno en uno a la calle. Su gesto no solo me sorprendió, sino que semejante arranque de locura también me asustó mucho, pues no era de recibo ver tratar así el dinero en aquellos tiempos, y menos aún a aquel desheredado de la tierra, que en unos minutos se estaba desprendiendo de sus ahorros de años enteros. Aunque sabía gracias a las novelas lo botarates que podían llegar a ser los piratas y otros personajes de esa calaña, los que vivían el instante, no lograba hacer extensiva esa visión del mundo a los Novios. Pero entonces, justo a tiempo como siempre, intervino Santana, que habló para tranquilizarme.

—Los tira casi cada noche —dijo sin dejar de tocar la guitarra—. No te preocupes, que no van a perderse.

Morales, asintiendo con la cabeza, abandonó su asiento junto al fuego para venir a tomarme de la mano y conducirme a la ventana. Abajo, en la calle mal iluminada, logré ver a una mujer que recogía los billetes del suelo.

—Es su hermana —me explicó Santana—. Cuando ya no esté borracho, se los dará para que vuelva a tirarlos.

A ninguno parecía importarle aquella falta de respeto al dinero, la tomaban como una inofensiva ocurrencia de su amigo, pues el destino de los billetes ya estaba escrito. Morirían por desidia, comidos por las ratas en algún agujero del suelo o en cualquier otro rincón, cuando su propietario se olvidara de ellos. Para Manos no significaban más que los cromos para los niños, una propiedad con escaso valor de cambio, ya que, al poco de tenerlos, perdían todo su valor y pasaban a convertirse en trastos inútiles que uno se veía obligado a guardar por compromiso, debido únicamente al recuerdo de las dificultades experimentadas para reunirlos. El Novio solo gastaba en vino, pan, aceite, sal y cuatro cosillas más. El resto venía del autoabastecimiento, salvo lo ornamental, un par de camisas azules y un pantalón también azul que se compraba de Pascuas a Ramos. Cierta vez había tenido que tomarse un sobre de sales de frutas por culpa de un dolor de estómago que le atacó a causa, según él, de una gaseosa que se le quedó «colgada» en esa ocasión, puntualizaba, se lo regaló Luciana en el café. No gasté nada, decía satisfecho.

Estando allí entre aquellos hombres, casi me avergonzaba de conservar intacto el dinero con el que llegué al pueblo, y hasta pensé en tirarlo por la ventana yo también. Sin embargo, los posibles reproches de las tías Médicas y, sobre todo, de Bombilla me hicieron desechar ese arranque de colectivismo.

Durante la sobremesa, sentí a los Novios dispuestos a hablar más de la cuenta, así que aproveché para hacer preguntas sobre mi padre sin que nadie cambiara de tema. Aquella noche del rancho se me informó por fin de las hazañas del forastero en el pueblo tras huir de casa de su esposa. Estaban lo suficiente borrachos como para no reparar en que todas aquellas anécdotas, en teoría divertidas, a mí me provocaban una mezcla insana de rabia y tristeza. No las detallo ahora, porque a partir de ellas reconstruí aspectos de la personalidad del ausente que voy soltando a poquitos en el momento oportuno. En todo caso, sí me veo obligado a concretar una, pues no puedo evitarlo si quiero referirme al final de esa velada.

Serían cerca de las doce, la hora límite para mi regreso a casa, cuando mis anfitriones decidieron celebrar la santa misa. Parece mentira que en pleno nacionalcatolicismo se les permitiera blasfemar en público de un modo tan ostensible sin que nadie se quejara, pero debía de existir una especie de tolerancia popular hacia los Novios. El caso es que Morales, en su calidad de cura celebrante, se enfundó un trapo blanco a modo de casulla y también una falda de vieja, mientras Campasolo, el monaguillo, se echaba un mantel por los hombros. El resto cargó con un cubo repleto de vino, algunos vasos y un pedazo de pan, previamente cortado en pedacitos redondos. Nos íbamos de procesión hasta la plaza, me explicaron, donde se iba a celebrar una misa con comunión incluida. Para eso era el pan, para ejercer el papel de hostia consagrada. Pese a estar convencido de que pronto iban a interrumpir nuestro paseo, les acompañé por las calles desiertas, oyendo cantar en un supuesto latín a Corzo. Fue entonces cuando Santana dejó caer que mi padre había ejercido de monaguillo de una fiesta profana similar en dos ocasiones, la primera, nada menos que la noche siguiente a la de bodas, cuando el forastero consideró que aquella era la mejor forma de pasarla.

Pero como me había temido, apenas llegamos a la plaza y empezaron a congregarse feligreses procedentes del bar, apareció Bombilla, enviado sin duda por las tías Médicas, quien, previo coscorrón, se me llevó a rastras a casa.

A mediados de septiembre, las Médicas partieron con el tío consorte y el resto de los bultos, y yo me quedé dos semanas más en el pueblo. El motivo de mi permanencia allí era esperar la llegada del hijo mayor de la menor, estudiante de medicina en Alemania, quien luego me acompañaría a Madrid, donde ambos debíamos cumplir nuestras obligaciones filiales y alojarnos por, un tiempo en Castellana, yo para estar junto a mi madre y él junto a sus padres.

Aquellas vacaciones extras las pasé casi enteras con los Novios. Solo paraba en casa a la hora de comer y de dormir, porque la cena, mejor dicho la recena, también la compartía con ellos. A eso de las nueve, me dejaba caer por la cocina con objeto de que se me viera, y fingía alimentarme para que Bombilla no sospechara. En realidad era un gesto inútil, dado que el capataz se había desentendido de mí a partir de la noche de la misa, pues con el coscorrón se liberó para siempre de su resentimiento de primo pobre, y yo pasé a importarle un comino.

Por las mañanas solía acompañar a Morales y Santana en sus expediciones de búsqueda de espliego. Los parias que apenas tenían campos, casi un tercio del pueblo, andaban dedicados a ese trabajo eventual desde que llegaron «los de la colonia». También se les llamaba «los del espliego», y eran una tropilla de nueve, varones adultos todos, con la excepción de un adolescente, y de la zona, salvo un gitano y un portugués, este último con larga barba blanca. Desembarcaron de su camión de quinta mano a media noche, por sorpresa, de modo que les dio tiempo de instalar la caldera junto al río sin que nadie les molestara. Al amanecer se supo la noticia, que corrió de boca en boca y originó la habitual incertidumbre hasta que Corzo se encargó de preguntarles a cómo iban a pagar el kilo aquella temporada y cuánto se iban a quedar en el pueblo.

Al segundo día de salir con ellos a segar, Santana me prestó una hoz para que yo pudiera ganarme un jornal. Tocaba levantarse muy temprano porque los lugares donde se juntaban las espigas azules eran muy

codiciados, y por tanto teníamos que llegar los primeros si no queríamos vernos obligados a caminar mucho. En realidad había espliego para todos, sobraba incluso, y la localización de los tajos cotidianos dependía tan solo del capricho de los Novios. Con objeto de poder pasarme el día entero fuera, yo aducía ir de pesca por el nacimiento del barranco, para lo cual arramblaba en casa con jamón y conserva de cerdo, pues se suponía que la distancia aconsejaba quedarme a comer allí. Los dos Novios, pese a andar enfrascados en su propia faena, cuidaban de que no me cortara con la hoz ni sufriera cualquier otro tipo de accidente. A cambio, aceptaban compartir mi comida, así que alrededor de la una, nadie llevaba reloj y nos guiábamos por el sol, hacíamos una pausa. Ellos sacaban pan, vino y una gran tortilla producto de la gallina ponedora, lo juntábamos con lo mío, y nos lo zampábamos sin más. A la caída de la tarde llegaba Corzo con sus dos mulas y otras dos de Morales, dispuesto a cargar los montones de espliego segado. A mí me maravillaba que nunca tuviera problemas para encontrarnos aunque nadie le hubiera dicho dónde íbamos a estar. Como sus canciones lo anunciaban siempre con una antelación que variaba entre escasos minutos y un buen rato, yo aguzaba el oído desde mucho antes, pues a aquellas alturas andaba ya muerto de cansancio.

Entonces venía el momento de la incertidumbre, cuando descargábamos junto a la caldera y aún no sabíamos cuánto iban a pagarnos. Santana se encargaba de mezclar mi fajo con el resto de la entrega, dado que los de la colonia habrían despreciado uno tan pequeño. Luego, me daba mi parte, que yo guardaba en la maleta al volver a casa, ya que había decidido ahorrar para no tener que quedarme el día entero en el club de mi madre o en el asentamiento durante mi estancia en Madrid. A Corzo, el resto de los Novios le asignaba un fijo por acarrear con las mulas, algunos duros que corría a gastarse en el bar. Al canto de «Que no me levanto, que no», se negaba a realizar cualquier trabajo ajeno al transporte, ni cargaba ni segaba, pero también iba a por los fajos de la otra pareja de Novios, Manos y Campasolo, y los recogía un par de horas antes de venir a buscar los nuestros. En la Arboleda impregnada de olor a esencia, ya de noche, nos juntábamos todos después de vender el espliego, y juntos subíamos al pueblo, ellos a pie y yo en una de las mulas. Si no estaba demasiado cansado, me escapaba de casa después de la cena para ir a la de los Novios o directamente al café, donde me quedaba hasta las doce viendo jugar a Santana y Morales.

Campasolo se hartó pronto del espliego y retornó a sus rutinas.

Entonces Manos, por no andar desparejado, se unió a nosotros y allí se acabó el buen ambiente, pues con su llegada se produjo un salto cuantitativo en el consumo de vino. Comenzaban a beber a media mañana, de modo que a la hora de comer los tres estaban ya borrachos. Verlos así me ponía a la defensiva, porque la ebriedad diurna adoptaba a veces formas brutales. Manos, en particular, no tenía el menor miramiento en empujarme cada vez que tropezaba conmigo y, manifestando a gritos que yo le estorbaba, se quejaba de la presencia de un crío en un trabajo de hombres. Los otros se limitaban a reír o a ignorarlo. Así que, a pesar de que luego solía arrepentirse y por las noches me venía a buscar al café para convidarme a una gaseosa, le agarré miedo y decidí no salir más con ellos.

Hice, pues, realidad mi mentira a Bombilla y comencé a pescar muy lejos, por la parte alta del barranco, donde me encontraba casi siempre a Campasolo. Comíamos a menudo juntos, ahora al sol en las tardes frescas, y durante la sobremesa, antes de que el Novio se tapara los ojos con la boina para su siesta de cinco minutos, lograba sonsacarle alguna de esas pequeñas informaciones acerca de mi padre que les he ido contando.

Los de la colonia se fueron por fin sin que yo lograra entablar conversación con el portugués, a quien, por su barba blanca, le había supuesto «un pasado». En cambio, el gitano resultó un tipo parlanchín y muy simpático que, además de darme palique, me enseñaba cada noche su enorme navaja de resortes. Albaceteña, las mejores para matar gatos, aseguraba. Del resto no conservo ningún recuerdo.

Su partida coincidió con la llegada de mi primo. Aunque ya sabía por haberlo oído a otros niños que le llamaban Mediquín, en el mismo momento de verle bajar de su cochecillo alemán tuve que aceptar, a pesar de que debido a mi parentesco aquella palabreja infamante me salpicaba a mí también, lo apropiado del apodo. Era pequeño, muy endeble y con cara y maneras a tan temprana edad de galeno hecho y derecho. Fue la primera vez que percibí en la vida real la fuerza del destino, un destino en este caso muy diferente al de los héroes, pues el maleficio del asentamiento condenaba sin remisión a mi primo a un futuro de pequeñoburgués consagrado al cuidado de cuerpos ajenos.

Mediquín se acordaba de mí, pero yo apenas de él, y tal vez por eso se mostró amable desde el principio; incluso me hizo varias bromas tontas, la mayoría sobre las chicas, supongo que porque alguien le fue con el cuento de la rubia de la pedrada. Como es lógico, me cayó pésimo y lo peor fue que él no se enteraba y ejercía de primo protector. Seis días enteros lo tuve

pegado a mí, y no me dejó ir de pesca, ni pasear por el monte, ni siquiera sentarme en el café junto a los Novios. Me llevaba en coche al pueblo de abajo, concretamente a sus bares, donde se tomaba primero varias cervezas y, antes de regresar, en el más fino de todos, una o dos copas de *whisky*. Me llevó también a comer a un restaurante de otro pueblo grande que quedaba bastante lejos, y me tomó como confidente contándome sus supuestas aventuras galantes con una de las camareras, una pelirroja que, la verdad, se mostraba mucho más simpática conmigo que con él. Las borracheras de Mediquín, a diferencia de las de los Novios, adoptaban una forma pasiva, tendían a un sopor que en ocasiones se transformaba en verborrea a su vez soporífera. Como el primo me aburría soberanamente, su presencia me amargó aquellas vacaciones de propina, y solo me consolaba de tener que soportarlo a través de personas interpuestas, de los chiquillos que susurraban a su paso:

—Mediquín… Mediquín pinchaculos.

La víspera de nuestra partida a Madrid se decidió por fin a cumplir la misión que su madre le había encomendado a través de conferencia telefónica, pero lo malo es que me hizo acompañarle. Primero, como de costumbre, condujo a toda velocidad hasta el pueblo de abajo, donde, esta vez contra su costumbre, comenzó por tomarse un par de copas de *whisky*, probablemente para darse ánimos. Acto seguido, se encaminó hacia la casa del tipo que arrendaba nuestros campos allí, los únicos rentables, campos grandes y llanos en lugar de los de arriba, simples pedacitos de tierra robados al monte. Previa llamada, llevándome de la mano con objeto de ofrecer un cuadro familiar, subió a la cocina, donde nos acogieron con una alegría desproporcionada. Enseguida me percaté de que allí pasaba algo raro, percibí un ambiente falso, de modo que mi sentido de la infancia se despertó y me dispuse a no perderme el espectáculo. Se hallaban presentes, además del arrendatario, su mujer, sana y mal vestida para la ocasión, y varios hijos también sanos y convenientemente harapientos. El amo de la casa saludó a mi primo con un jovial «¿Cómo le va al doctor?». Para mi sorpresa, en lugar de ofenderse, a mi primo pareció encantarle aquel gentil adelantamiento de un título, no el de doctor sino el de licenciado en medicina, que aún tardaría largos años en obtener, y además en Zaragoza, pues los alemanes, haciendo gala de la clásica objetividad y tenacidad teutónicas, se mostraban dispuestos a postergárselo para siempre. Mediquín supo estar a la altura de las circunstancias y contestó como se esperaba de él; dijo algo en plan doctoral que, a pesar de no entender, ambos esposos

celebraron mucho. En cuanto aclaró quién era yo y se me besó y abrazó en abundancia, nos hicieron sentar a la mesa, frente a una botella de *whisky* español, un brebaje cuyo nombre no recuerdo, pero al que mi primo no hizo ascos. De que lo tenían todo preparado no cabe duda, y de que supieron representar muy bien su papel, hijos mudos y mocosos incluidos, tampoco. A la tercera copa, el joven que venía a exigirles dinero ya se había hecho cargo de sus penurias, de lo imprevisible de las heladas, el granizo, las sequías, y de la arbitrariedad de los precios del cereal.

A la cuarta, a punto de llorar ya, convino en que resultaba imposible pedir más de arriendo a aquellas buenas gentes que ni siquiera podían vestir a sus hijos ni procurarles un remedio para los mocos. Años después, cuando descubrí la picaresca, me reía reviviendo ese episodio y felicitaba a nuestros clásicos por haber sabido retratar de un modo tan exacto la simplicidad de las emociones humanas.

Durante el regreso al pueblo estuvimos varias veces a punto de salimos de la carretera, pero solo lo hicimos en una ocasión, cuando el coche derrapó en la segunda curva cerrada de los Arcos. No obstante, Mediquín fue capaz de frenar antes de estrellarnos contra un árbol. Entonces, apoyando la cabeza en el volante pronunció, llorosos los ojos, estas caritativas palabras que evidenciaban su terror a la madre:

—Lo van a entender perfectamente. Hasta puede que les dejen pagar menos. Vamos, eso me ha parecido a mí… ¿No te parece?

Yo no estaba para suposiciones. Temblaba todavía del susto, y no contesté nada, pero no bien llegamos a Madrid se pudo comprobar lo lejos que andaba mi primo de la verdad. La menor de las Médicas, después de anunciarle una reducción de sus honorarios de estudiante en Alemania, amenazó también con quitarle el coche. Según ella, un hombre incapaz de llevar los negocios de la casa tampoco estaba capacitado para conducir. Sin embargo, pasado el ataque de ira de su hermana, intervino conciliadora la otra tía y dejaron el asunto en manos de Bombilla. Mi madre se mantuvo al margen.

Hasta que no salimos de la provincia de Soria, Mediquín se abstuvo de beber. Me lo van a notar en casa, mi madre me olerá el aliento, decía para explicarme su sorprendente sobriedad. No obstante, cuando nos detuvimos a comer en un parador de camioneros que quedaba a solo sesenta kilómetros de Madrid, no pudo resistir más y encargó una botella de vino,

que debió de despertarle la sed, ya que con el café se tomó un par de copas. A partir de allí comenzó a conducir como siempre, adelantando mucho y en los momentos menos oportunos, derrapando en las por fortuna escasas curvas y amenizando su pésimo desempeño al volante con una sarta de confidencias acerca de su vida sentimental en Alemania. Yo experimentaba pavor ante un peligro no deseado y provocado por elementos ajenos, el natural miedo de los niños, para quienes la idea de la muerte cobra siempre la forma de un puro desperdicio de vida.

De todos modos, llegamos sin percances a nuestro destino, no sin que antes Mediquín parara un momento en una farmacia próxima a Castellana para comprarse pastillas de menta.

Aunque mi madre no dio especiales muestras de amor filial, pues se limitó a besarme y a comentar que había crecido, fui muy bien recibido por el tío varón que se había quedado en la capital y, sobre todo, por la Foca. Aquella noche en la cena sirvió en mi honor sardinas a la plancha, saltándose el mandamiento que prescribía no cocinar semejantes ordinarieces para no impregnar la casa entera con efluvios proletarios.

Tuve que quedarme dos semanas en Madrid por puro compromiso, para que ellos interpretaran ante el vecindario el papel de familia unida y plenamente responsable del niño catalán, ya que al segundo día de mi llegada, todos se dedicaban a sus cosas sin cuidarse de mí. Pero en lugar de lamentar aquel desapego, una vez que hube captado la actitud del clan, pude, gracias a mis ahorros, hacer lo que me dio la gana. Fue así como empecé a conocer poco a poco Madrid, a lo largo de constantes paseos al azar. Partía de buena mañana con la única obligación de personarme en el club a la hora de la comida, y a menudo me libraba incluso de ese engorro, pues, aduciendo que iba a ver el museo del Prado, lograba que se me permitiera saltarme la norma y comer un par de bocadillos preparados por la Foca.

La capital de España, en comparación con la Barcelona portuaria, se me antojó un espacio provinciano por donde campaban, solos o en grupos casi siempre del mismo sexo, paletos, paletas y señoras emperifolladas o señores con traje y corbata, y donde, además, se hablaba una sola lengua. Hasta encontré extremadamente precarios sus cursos de agua, por mucho que los llamaran río o canal. Sin embargo, superada la decepción inicial, decidí no aburrirme, y entonces dejé de acudir al Prado, entre otros motivos porque mi presencia de niño solitario ponía en guardia a los vigilantes, que no dejaban de seguirme. En cambio, en los barrios pasaba desapercibido, nadie

se metía conmigo ni me dirigía la palabra, de modo que yo podía andar por allí interpretando las aventuras que quisiera sin cuidarme del espíritu de los tiempos. Aunque ese espíritu estaba muy presente; se manifestaba en especial a través del modo de vestir y de una falta de brillo en los rostros que olía aún a posguerra. No es que yo viera más pobreza que en Barcelona, es que era una pobreza no solo material, sino también del alma. Imperaba un algo indefinido en el ambiente, pese a la luz espléndida y a los cielos velazqueños, que me hacía sentir en una ciudad tomada. Tal vez por ello, un par de décadas después, no me sorprendió que fuera allí donde se desatara la «movida». Había que mover mucho aquel secarral para que volviera a cobrar vida.

Lo que más recuerdo de todos aquellos paseos fue la escena de un oso bailando en la plaza mayor de cierto barrio periférico que ahora no soy capaz de identificar. Anochecía ya sin que el calor se decidiera a abandonar la villa, y el astroso —no encuentro mejor modo de definirlo— hacía lo posible por mantenerse erguido sobre sus patas traseras, en un equilibrio vergonzante que los espectadores consideraban divertido. Eso no hay en Barcelona, me dije con alivio. Porque en el instituto aún quedaban algunos que me llamaban el madrileño, y ahora podría contarles por fin algo susceptible de provocar curiosidad por mi supuesta patria.

Poco antes de irme hubo otro episodio de interés, si bien esta vez no de carácter geográfico, sino psicológico o, mejor dicho, iniciático, de acercamiento a los vericuetos del proceder adulto. Mi tío mayor, el esposo de la primogénita de las Médicas, siempre se había portado bien conmigo, yo lo apreciaba incluso, pero sus hábitos me tenían un poco inquieto. No llegaba a entender que se pasara el día entero en la consulta, que no le gustaran el fútbol ni el cine ni los toros, y que jamás saliera a la calle con las mujeres de la casa. Eso sí, todas las tardes, a eso de las ocho, se iba a dar un paseo y no regresaba hasta las diez en punto. Como no era bebedor, a nadie parecían importarle sus excursiones vespertinas. Solo yo sospeché algo raro, de modo que me animé a seguirle. Fue un jueves lluvioso, frío, la antesala del otoño, cuando partí tras él, caminando por la otra acera para no ser descubierto y tratando de no perder de vista los movimientos de aquel señor con paraguas. Me sorprendió su paso vivo, el hecho de que pareciera saber adónde iba, lo cual no encajaba con la idea de un paseo. Sin embargo, no hubo ninguna novedad hasta llegar a Gran Vía, donde se desvió un instante para entrar en una tienda pequeña metida en un portal. Permanecí a la espera bajo la lluvia, preguntándome qué querría comprar en un lugar de tan

poca monta, y sospechando que por fin se desvelaría el misterio. Pero solo eran castañas, castañas pilongas que lite sacando de una bolsita de plástico y devorando de una en una mientras proseguía su camino. Poco después hizo un alto para meterse la última en la boca, arrugó la bolsa, la tiró al hueco de un árbol y entró en una casa de putas. Esas eran todas las evasiones que ofrecían para un hombre de orden los años sesenta en la España de Franco.

Regresé a Barcelona en avión porque Salvador me compró el pasaje sin consultar a nadie, por mucho que luego adujera para excusarse con el asentamiento que me debía aún el regalo de fin de curso. Entonces mi madre aceptó sin más su gesto generoso pese a las recomendaciones de las Médicas, y me acompañó en taxi a Barajas. Tenía ese tipo de naturalidad poco habitual en aquellos tiempos, que tal vez no fuera innata sino simple consecuencia de la abulia contraída tras el fracaso de la relación con mi padre. No le importaba dar esperanzas a su eterno pretendiente, pues desde el momento en que ella decidió no irse a vivir a Barcelona, este pasó de la categoría de amigo calificado a la de miembro adoptivo de la familia. Aunque jamás se enfrentaba con sus hermanas y escuchaba en silencio las opiniones ajenas, obraba, salvo en sus contados ataques de pánico, el que la llevó a quedarse en Madrid, por ejemplo, según un criterio desapasionado, ausente casi, que yo acabé por identificar como su carácter.

Lo que más recuerdo de aquel viaje es la despedida aletargada de mi madre en la cafetería del aeropuerto —ni siquiera llegó al control de pasajeros, se limitó a darme un beso—, por contraste con la obsequiosidad de las azafatas. Durante todo el vuelo no pararon de hacerme visitas para traerme refrescos y caramelos, de modo que quedé convencido de las ventajas, tanto en la tierra como en el aire, de ser un niño liberado de padres.

Quien todavía tiene memoria suficiente para revivir sensaciones, sin duda disfruta cuando recupera, o reinventa creyendo recuperarla, la de volver a oler los pasillos y cuartos de una casa no odiada al regresar de unas vacaciones infantiles muy largas. Fue el olfato, como en la mayoría de los animales, el sentido que se impuso al entrar en el piso de mi tío, de tal modo que hasta a Juana la reconocí por su olor, por abiertos que tuviera los ojos para empaparme de todo. Y el olor del libro que dejé a medio leer en el momento de irme al pueblo, uno de Karl May en donde aparece por primera vez el personaje del jefe apache, más impasible aún a su parco estilo

de piel roja que el mismísimo Yáñez de Gomara, me regresa también, nítido, en esas ocasiones tan frecuentes ahora que ya solo estoy esperando a morirme como los viejos del banco, en las que, mintiéndome a sabiendas por puro instinto o por racional miedo a la nada, me entrego a una idealización de la infancia.

Comenzaron las clases en el instituto, volví a ver a los amigos, y juntos nos burlamos de los de primero de bachillerato, tan perdidos al principio como nosotros el curso anterior. En apenas dos semanas nos abandonó el pegajoso calor terminal, apenas un rescoldo del verano, la luz cambió de blanco a amarillo, cayeron las hojas de los plátanos y acudieron, puntuales esta vez, las lluvias de otoño. La víspera de la Noche de Almas las castañeras se dejaron ver de repente en el centro para armar de nuevo sus puestos, y con su presencia en las calles se instauró la rutina. Yo sentía que todo mi entorno, ciudad y ciudadanos, se limitaban a repetir una balada cuartelera, cuyo próximo e inminente episodio sería Navidad, pero no me molestaba esa rutina. Paseaba después de clase, en casa leía, iba al cine los festivos, y lo único nuevo era que, acompañado por Manolín, me inicié en el billar de carambolas. Hice el aprendizaje en su club, el Monforte, que quedaba en las mismas Ramblas, frente a Los Olorosos, otro de los muchos bares desaparecidos, donde el gigante, tras la partida, acudía a tomar un vino y me convidaba a gaseosa y olivas. Los balcones del Monforte daban a las Ramblas. Allí solía apostarme yo para contemplar desde arriba el ajetreo de abajo, cuando Manolín jugaba con contrincantes de fuste que le tenían ocupado más de la cuenta, y allí mismo fui testigo de uno de los desembarcos de los marineros de la célebre Quinta Flota americana. De repente el bulevar se llenó de uniformes y gorras blancas, y hasta pude ver algún marino negro, color que en nuestra especie solo había tenido la oportunidad de apreciar en el supuesto monarca abisinio de la cabalgata de los Reyes Magos. Luego arribaron las putas en bandadas, los trileros en pequeños grupos, los carteristas en solitario, y por último la policía armada. Ese panorama humano se repetiría por mucho tiempo, y ejerció de telón de fondo durante mis primeras salidas nocturnas de la adolescencia y juventud temprana.

Ahora bien, he hablado de rutina y no es verdad del todo, si consideramos que, además del billar, en casa se habían producido asimismo algunos cambios. Cada jueves mi tío compraba una revista editada por antigua gente del Régimen que ahora pretendía abrirse al mundo, a la cultura de afuera sobre todo, desde posiciones levemente democráticas, que

en algunos casos llegaban a implicar una crítica de su propio pasado de camisas viejas o de acomodados, por diferentes razones, al glorioso Movimiento. Se llamaba *Destino*, nombre de reminiscencias falangistas, que a mí me gustaba, como también el de la librería Ancora y Delfín, perteneciente a un señor del mismo grupo, donde mi tío tenía una cuenta. Cuando quieras comprar un libro, vas allí y que me lo carguen a mí, me dijo, y añadió bromeando: Luego, a fin de mes, comprobaré que no abusas.

El abandonado salía ahora con señoras que le presentaba Salvador, en general la amiga de una amiga, para que así pudieran ir los cuatro a comer o cenar o tomar el aperitivo. Si se trataba de tomar aperitivo, me incorporaban a mí, pues la presencia de un niño mejoraba el ambiente, suavizaba el estado de alerta de las mujeres españolas frente a los varones. Esos intentos empeñosos duraron solo hasta el verano; entonces tío Carlos se convirtió en un hombre que nada más frecuentaba a otros hombres. Pero no es que fuera misógino, sino que, simplemente, no manifestaba otras intenciones con las jóvenes casaderas que la de ser su amigo, y eso no lo permitían los tiempos. Los aperitivos, casi siempre en cafeterías del paseo de Gracia o de rambla Cataluña, fueron de una abundancia inhabitual, ya que todos se mostraban pródigos en extremo conmigo. Sin embargo, tampoco los eché en falta después, porque en aquellos encuentros la conversación resultaba impostada y no recuerdo que jamás se refiriera a algo capaz de despertar el interés de un niño.

Pasé las vacaciones de Navidad en un Madrid de frío, escupitajos helados en la acera y olor a ropa sucia en el metro. Me hicieron los regalos de rigor, y lo único destacable de aquellos días fue el comentario de mi madre respecto a la supuesta sexualidad de su hermano.

—No, nada de eso —negó, oponiéndose a no sé qué otro comentario anterior expresado por alguna de las Médicas—, yo creo que es neutro.

Hoy, a la distancia y con un conocimiento de la vida ligeramente superior al de entonces, me atrevería a afirmar que acertaba. El pobre tío Carlos debió de ser uno más de esos individuos caracterizados por su falta de deseo sexual, y de quienes el resto de la tribu sospecha, obligándoles a fingir normalidad hasta la senectud, siempre que ellos no se cansen antes y decidan mantenerse fuera del mercado del amor, dándoseles un ardite si su proceder gusta o no. Es lo que hizo mi tío, hombre sabio, pues con los años supo lo errado que anduvo en casi todo de joven, y trató de remediarlo, aunque sabido es que los efectos retroactivos casi nunca funcionan.

En sus afanes de liberalismo se había obsesionado por el inglés. Tanto

es así que decidió imponerme clases particulares de esa lengua imprescindible, pues en el instituto mi idioma extranjero era el francés. Salvador encontró la persona indicada, un profesor represaliado que desde finales de la guerra se ganaba la vida impartiendo lecciones a unos cuantos niños y adolescentes hijos de sus amigos. Durante el curso iba solo los sábados por la mañana de nueve a una, pero nada más iniciar las vacaciones de verano tuve que resignarme a pasar en Barcelona un mes entero, precisamente junio, el mejor del año, cuando río y barranco traían más agua y los peces picaban más. Es un intensivo, me explicó mi tío, sin que yo alcanzara en aquel momento a entender las implicaciones de esa palabra. Sin embargo, pronto comprendí hasta qué punto eran intensivas las lecciones del señor Figueras, quien desde la primera sesión se empeñó en hablarme en un inglés muy correcto, que solía alternar con explicaciones en catalán cuando entrábamos en temas complejos. De él aprendí mucho más catalán que inglés, cosa que le agradezco de veras ya que sus enseñanzas me permitieron acceder a la plena ciudadanía de mi patria de adopción, y también al concepto de dictadura del proletariado. Porque mucho antes de leer los inevitables libros prohibidos —para un joven de la época resultaba imposible ignorar el marxismo, del mismo modo que los jóvenes de siglos anteriores, por inquietos que fueran, no podían renegar del cristianismo—, experimenté en su piso, de un modo físico y extremadamente gélido, lo que nos esperaba a los burgueses si no nos sumábamos, previo radical desclasamiento, a la famélica legión. Los sábados, la asistenta, la mujer de las faenas, llegaba a la misma hora que yo, y lo primero que hacía era abrir de par en par todas las ventanas, incluidas las de la sala donde dábamos la clase, con objeto de ventilar. La mala conciencia del profesor era tan grande que incluso olvidaba su propia condición de viejo republicano en una España fascista, su vida de marginado social, sus penurias económicas, y para mitigarla mimaba a aquella mujer cruel. Cuanto más frío hacía, más ventilaba ella, cuanto mejor lo estaba pasando yo con mis chapurreos en inglés o catalán, más interrumpía ella con sus canciones a voz en cuello o con la radio a todo volumen. Carecía del menor miramiento hacia su patrón, lo cual le permitía, conforme iba fregando, sacarnos sin más de la sala y enviarnos sucesivamente al otro cuarto, al dormitorio de Figueras y por último a la cocina. Llegados a este punto, desayunábamos con ella, que no paraba de soltar majaderías y mostraba una extraordinaria capacidad para los malos modos en la mesa y para la hostilidad con su prójimo.

—¿Para qué tanto idioma? —se preguntaba por ejemplo a sí misma,

mientras devoraba algo grasoso.

Figueras se limitaba a sonreír, sin osar abrir el pico por miedo a que su asistenta hiciera algún comentario todavía peor respecto a la inutilidad del conocimiento.

Le agradecí, pues, que en junio me librara de la presencia de la proletaria, ya que yo iba a su casa por las tardes. Si tenía que quedarme un mes de vacaciones en Barcelona, al menos que fuera sin ella.

Salvador y mi tío apreciaban al anciano profesor, pero lo frecuentaban poco debido a su manía de corregirlo todo y a todos. Era sin duda su forma de vengarse del mundo y de conferir valor a una vida robada. En cierta ocasión, un mediodía en que ambos me habían venido a recoger a su casa y salimos con él a tomar algo en el bar que quedaba al lado, Salvador llegó a perder la paciencia. Fue la primera vez que le oí hablar en tono bronco. Había aguantado media hora las invectivas del viejo, sucesivamente contra el camarero, a quien corrigió varias palabras, contra una presentadora que parloteaba en el televisor del fondo, y por último contra mi tío Carlos, que no acertaba a recordar el autor de cierto libro. Pero ya no pudo contenerse más y le espetó:

—¡Es que usted no sabe callarse lo que sabe!

Lo hizo en castellano, a pesar de que siempre le hablaba en catalán, probablemente porque la lengua del Imperio le parecía más apropiada para la violencia.

Figueras murió en los ochenta, pobre por supuesto. Sin embargo, para mi sorpresa, cuando leí las múltiples esquelas que daban cuenta de su fallecimiento resultó que mi profesor de inglés había sido largo tiempo y seguía siendo aún hasta el momento de dejarnos gran maestre de alguna orden masónica.

—Qué callado se lo tenía… —comentó tío Carlos al enterarse de la noticia—. Así que sí sabía callar.

Fui al pueblo entrado ya julio, y no en tren sino en el Volkswagen de Mediquín, quien había llegado a buscarme a Barcelona tres días antes. Los pasó casi enteros de putas, supongo yo, pues se levantaba al atardecer, se tomaba una merienda-cena regado con bicarbonato, y enseguida volvía a las calles para regresar con las primeras luces del alba. Ni duda de que mi primo supo sacarle rendimiento a los encantos que Barcelona, ciudad célebre por sus récords en cuanto a meretrices por habitante y consumo de puros por metro cuadrado, tenía para él. Sin embargo, tropezó con un imperativo social imprevisto: los barceloneses no consideraban normal el

estado de ebriedad. Por tanto, a pesar de que nadie le olía el aliento, todos, incluso los vecinos, se enteraron de que siempre llegaba a casa a cuatro patas, y concluyeron que era un pobre hombre.

—Ese ha heredado toda la memez de la familia. Parece mentira que le quepa en un cuerpo tan pequeño —comentó mi tío la víspera de nuestra partida, tras cambiar cuatro frases apresuradas con Mediquín antes de que este iniciara el cotidiano descenso a su infiernillo de señorito de provincias.

Lo que más me sorprendió al llegar al pueblo fue la abundancia de tractores. No solo en mi casa habían comprado un par, el grande nuevo y otro de segunda mano para la trilladora, sino que también buena parte de los propietarios de campos adquirió uno aquel verano, aprovechando el crédito ofrecido por el Ministerio de Agricultura. En un principio la novedad no me desagradó, pero pronto caí en la cuenta de que aquello significaba el fin de la caballería.

No obstante, los Novios siguieron con sus hábitos de siempre, y las mulas de Corzo y de Morales acabaron sus días de acuerdo a la tradición, devoradas por los buitres junto al río, no así la de Santana, que fue preciso vender en la feria de Ayerbe tras la muerte del dueño. Como ya he adelantado, ejercí de monaguillo en ese entierro, y al regresar del camposanto participé también en la misa alternativa en su honor que los Novios celebraron por la noche en la plaza. Allí trabé amistad con don Julio, a quien solo conocía de vista. Era un veterinario soñador, lector de poesía y solitario aquel soltero cincuentón a quien llamaban el Mariscal, y cuyo pasado, si es que lo tenía, ignoraban todos. No se quitaba la gabardina blanca nada más que durante las horas de sol del verano, y a la caída de la tarde volvía a ponérsela. Odiaba los perros, sin que eso afectara a su profesionalidad, pues sus pacientes eran las ovejas, media docena de vacas y de vez en cuando algún equino. Compensaba su odio a los canes con un amor desmedido hacia los gatos, que recogía cuando los encontraba abandonados en las calles. Pese a hacernos amigos, jamás me invitó a subir a su casa, de modo que me quedé sin conocer a lo que él llamaba «mi manada». Eso sí, cada vez que regresaba de pescar, yo me llegaba hasta la puerta y dejaba apoyada allí la ristra de peces que por fin había cobrado utilidad, aunque fuera solo como alimento de gatos.

Repito que entonces el pueblo estaba lleno de gentes con manías respetadas, gentes a quienes no se hubiera permitido vivir libremente en un espacio urbano. El Mariscal y los Novios campaban a sus anchas, sin despertar sospecha alguna, aceptados como miembros de pleno derecho de

aquella sociedad del aislamiento.

La noche de la misa profana por Santana don Julio se hallaba presente, de modo que su gabardina blanca parecía un homenaje al recién enterrado, una especie de conjuro contra la solemnidad y el crujir de dientes. Sin hacérmelo notar, se convirtió en mi protector, impidió que me dieran vino y se me llevó a la cama cuando consideró que tocaba, es decir, cuando cura, monaguillos y feligreses estaban ya borrachos y a Manos se le empezaba a despertar su habitual violencia etílica.

Mientras recorríamos las calles desiertas, yo oía el sonido de la campanilla y la voz de Morales que salmodiaba en su papel de celebrante las palabras en supuesto latín con las que el difunto se burló tantas veces de la liturgia católica. Pero a medio camino no pude aguantar la emoción acumulada y me eché a llorar de desvalimiento, alzando la cabeza hacia la luna para que no se notara, y el Mariscal tuvo la delicadeza de seguir caminando como si nada. Se limitó a dejarme en la puerta de casa.

Me pasé la noche entera recordando lo que me habían contado sobre la muerte de Santana. Estaba solo cortando leña, decían, y por tanto la historia no la podía saber a ciencia cierta nadie, sino que se trataba de una pura reconstrucción de los hechos a partir de la lógica del monte: era el cuerpo el que hablaba, y también la tranquilidad de la mula que montaba guardia a un par de metros. Lo encontraron en un pinar con la cabeza hundida, horas después de que los Novios dieran la alarma y comenzara la búsqueda nocturna de casi todos los varones del pueblo por los últimos lugares donde se le había visto. Llevaban linternas y antorchas improvisadas, aunque al final tropezaron con el cadáver cuando ya amanecía. Corzo, que iba a la vanguardia, disipó cualquier duda respecto a las causas de su fallecimiento, al asegurar que la mula era incapaz de haberle dado una coz tan arriba, de modo que se debió de poner malo de repente, cayó al suelo y el animal lo pisó sin querer. Eso mismo opinaba el médico, quien, a instancias de los Novios, omitió hacer la autopsia y se limitó a diagnosticar muerte por infarto.

A mi regreso a Barcelona seguí pensando mucho en la muerte de Santana, pero más aún en lo que este me había contado acerca de mi padre durante nuestro último encuentro, cuando me vio en la plaza y en lugar de invitarme a tomar algo en el bar como solía, propuso salir a dar una vuelta. Partimos de inmediato para aprovechar la luz de la tarde, yo a caballo en su mula y él tirando de la cuerda. Anduvimos dos o tres kilómetros por los pinares de Santa Cecilia, cuesta arriba siempre, hasta que mi amigo decidió hacer un alto. No parecía haber bebido y tampoco empinó la bota entonces. Sin embargo, tenía ganas de hablar.

—Han soltado a tu tío —dijo.

Luego, al notar mi sorpresa, me aclaró a quién se refería:

—El hermano de tu padre.

En aquella ocasión ya no disimulé las ganas de averiguar cualquier cosa sobre lo que me habían mantenido en secreto toda la infancia, de modo que le cosí a preguntas. Estuvimos hablando casi una hora, lo recuerdo porque el sol se fue escondiendo despacio y al final sentí frío, sin que esta vez Santana me omitiera nada. Claro que andaba escaso de datos precisos, con lo cual a veces se veía obligado a hacer malabarismos para no caer en suposiciones propias o referirse a las ajenas.

Comenzó por contarme cosas del para mí recién descubierto tío rojo, quien acababa de salir de la cárcel y pensaba fugarse a Francia con la ayuda de los compañeros, porque al tener prohibido abandonar el país carecía de pasaporte. Pero pronto mi padre se coló en la historia, y a pesar de que el Novio trataba de proteger su imagen yo noté disonancias. Algo anda mal y Santana solo sabe de la misa una cuarta parte. Por eso no vale la pena seguir insistiendo, me dije, la fuente está en otro lugar, paciencia, ya se lo sonsacaré en su momento a quien corresponda. Y no andaba desencaminado aquella tarde en el monte, pues años después, en otra tarde de conversación mano a mano sobre ese mismo tema, tío Carlos me contó por fin el encuentro de mi padre y sus dos hermanos menores en el Ambos

Mundos de Zaragoza. En cambio, Santana, que ignoraba este episodio, se limitó a informarme de que mi tío rojo, con quien había coincidido hacía años en la cárcel, se negaba ahora a contactar con el exdivisionario y tampoco había aceptado un dinero que este le envió. Me alegré al oír lo de la afrenta, y eso que el Novio calló la parte peor, que el fugitivo ni siquiera le hizo saber a su hermano el proyecto de huida, dado que desconfiaba de él. De eso me enteré después, y fue Salvador quien me lo dijo. Me tranquilizó también saber que, si bien no vivió mucho tiempo en libertad —la cárcel le pasó factura—, mi tío consiguió llegar a Francia.

En todo caso, de la conversación con mi difunto amigo deduje que el hombre que me había engendrado sin pretenderlo era una mala persona, pues no solo había hecho daño a su mujer, mi madre, sino también a todos aquellos que tuvieron la desgracia de despertar en algún momento sus afectos. Mejor no conocerlo, decidí entonces con categórico juicio de niño, mejor no volver a preguntar nunca por él.

Cumplí ese propósito aquel año, el de segundo de bachillerato, y también los de tercero y cuarto. Aunque todavía seguí siendo en el pueblo el crío de la gorra roja que campaba solo con su caña de pescar y que era tan simpático, incluso hasta el verano de cuarto, cuando llegué ya con pantalón largo, a juego con una repentina nariz de adolescente también larga. Algunos adultos me llamaban aún «el hijo del de la boda», pero aquello resultaba demasiado difícil de decir para poder convertirse en un apodo, de modo que se me conocía por mi nombre o por el genérico de «catalán». Lo que ignoraban los de allá era que yo había cambiado desde el día de la conversación con Santana y que el hecho de decidir ser diferente a mi padre me movió a adoptar una personalidad forzada y, en consecuencia, a llevar una vida contraria a lo dispuesto por la genética. Remé, pues, aguas arriba, ejerciendo en ese empeño una desconfianza más permanente que la revolución nunca habida, que acabó por anular cualquier conato de espontaneidad. Primero recelé de los impulsos, luego de las emociones, después de los sentimientos y por último de cuanto no fuera racional. Aplicaba a mi conducta una rigidez que el mismo Catón hubiera aprobado, pero en cambio me encantaba ver el desorden y el absurdo en los demás —salvo en mi padre—, y buscarlos en la ciencia, la política y el arte me atraía de un modo enfermizo. No es de extrañar por tanto que la mayoría de mis amigos y todos mis amores fueran «raros». Por allí, en lugar de en necios sueños, se me escapaban los genes tan trabajosamente domeñados, en la felicidad que me procuraban las aventuras de aquellas personas ajenas a lo

conveniente, apasionadas y erradas casi siempre, aunque, a diferencia de mi padre, en el fondo muy buenas.

Ahora bien, para montarme esa vida al revés no tenía otro remedio que echar mano de la imaginación, ya que del modelo inverso apenas conocía nada. Si él era bebedor, yo me hice abstemio; si él tiraba el dinero, yo aprendí a administrarlo. Si él era de derechas, yo sería de esa izquierda que solo aspira a administrar bien los asuntos públicos y a adecentar modesta y paulatinamente el mundo. Porque tampoco podía permitirme excesos en este campo, a riesgo de incurrir en un comportamiento parecido al del tipo que quería anular. Visto hoy, mi padre cobra una vez más el aspecto de adelantado de la nada, el de un precursor, enloquecido y hasta puro no puedo por menos de decir, de los anarquistas reaccionarios de última hora. En realidad ni siquiera vale esta comparación para tratar de conferir sentido a lo que no tenía lógica alguna y presentarlo como una identidad dotada de pensamiento estable, ya que jamás estuvo en el tiempo, solo pasó por él. No contaba sino con intangibles para reconocerse a sí mismo cada mañana como su, digamos, carácter, y creo que exagero: ni se reconocía, ni le importaba hacerlo. Si obviamos la ausencia de valores —familia, propiedad privada, individualismo—, sería más preciso equipararlo a un liberal a ultranza, a uno de esos hombres de frontera que nada esperan de nadie de su especie y menos del Estado. En el caso de mi padre, los valores eran mudables, porque él era caprichoso y los renovaba a cada rato, según su humor o conveniencia. En fin, ¿para qué explicar lo que no conozco?

Pero había otras cosas mucho más difíciles de hacer al revés, me refiero a las concernientes a la parte simpática que heredé de él, pues, además de sus gustos, llegó a legarme hasta a Manolín, de quien jamás pude separarme. Todavía acudo a visitarlo cada quince días a la residencia donde su corpachón nonagenario batalla contra la senectud y las asistentas sociales.

A los catorce años el proceso se había hecho imparable y yo, trasladado sin transición de una infancia vivida a tiempo completo a una adolescencia tan responsable que auguraba una madurez sin fisuras, decidí ser matemático, de modo que me incliné por el bachillerato de ciencias. Esa apuesta por la racionalidad me separó de la mayoría de los antiguos amigos del instituto, de los más lectores, de los mejores billaristas, en resumen de quienes solían acompañarme en mis paseos por el puerto y aledaños. También dejé de «ir a la guerra», la actividad que me tuvo entretenido los domingos y festivos de mi niñez en Barcelona, cuando salía de casa a la del

alba llevando un par de bocadillos preparados por Juana, para no regresar hasta bien entrada la noche. Mi tío y Salvador asistieron a aquella transformación sin opinar a favor o en contra, tolerantes como siempre, aunque sorprendidos de ver mi empeño en confeccionarme un futuro que se les antojaba por debajo de sus expectativas para conmigo.

—Ya cambiará —comentó Salvador dirigiéndose a mi tío un atardecer de mayo en el que conversaban sobre mis proyectos creyendo que yo no los oía—. Y las matemáticas van bien para todo, siempre que no acabe de profesor, claro. Ojalá hiciera económicas.

Con eso soñaban ambos, con la carrera que se consideraba ideal para un intelectual progresista, la que encarnaba entonces, en aquella España acomplejada, el *summum* de la modernidad, la armonía entre el desfalleciente humanismo y el empirismo en boga. Sus deseos se cumplieron a medias, pues enseguida abandoné la idea de ser matemático. Lo malo es que me incliné por psiquiatría.

—¡Otro más! —exclamó mi tío al anunciarle yo que me iba a matricular en medicina.

A Manolín seguí viéndolo una vez a la semana, casi siempre para ir al cine o al billar. Se alegró cuando le conté que iba a ser médico, aunque no llegó a creérselo del todo.

—No cambiarás pocas veces de idea —me dijo—. Aún eres muy joven.

Tenía esas delicadezas con su amigo menor, como la de no volverme a llamar niño desde que cumplí los catorce años, y también cierta conciencia de sí mismo, porque una vez que se hubo enterado más o menos de lo que significaba psiquiatría, comentó riéndose:

—Así no dejarás de verme para poder ensayar primero con el Manolín.

Frecuentarlo a él fue el único populismo que me permití en la nueva etapa, a partir de quinto de bachiller. El resto, Atracciones Apolo, calles de putas, Golondrinas y hasta la carabela de Colón, cobró la categoría de un espacio prohibido por casi una década, que solo volví a recuperar, y a la fuerza, debido al gusto por lo retro que se puso de moda hacia mediados de los setenta. En cambio, trabé amistad con mis vecinos de barrio, en su mayoría estudiantes de colegios de pago, comencé a cuidar la forma de vestir, ya no me ponía cualquier cosa, y me fijé en las chicas.

El verano de cuarto fue el último que pasé entero en el pueblo. Todavía hablaba con Campasolo si me lo tropezaba por el barranco, pero rara vez

pisaba la casa de los Novios. Con todo, apenas terminaba de comer, acudía puntualmente al bar para colocarme detrás de Morales y sentir a su lado la presencia burlona del aura de Santana. Entonces, con objeto de no pensar en el muerto, acariciaba al sustituto de Palomo, Ministro, que dormitaba también frente al balcón. Las mañanas casi habían dejado de existir. Ahora comenzaban pasadas las doce, pues nunca me levantaba antes. Tras tomar a toda prisa una taza de café, salía a la plaza para charlar un rato con los viejos. Luego comía y me iba al bar. Por las tardes pescaba.

Sin embargo, lo hacía con desgana, por no aburrirme. Asesinar peces ya no me procuraba el placer de antes, sobre todo cuando los veía empequeñecerse fuera del agua. Con el pantalón largo se me despertaron deseos de otra índole que yo edulcoraba acomodándolos al orden social, de un modo tan ingenuo que llegué a transformar mi deseo por la chica de la pedrada en un proyecto de matrimonio. No obstante, al no haber sido capaz de dejarla tuerta, me vi obligado a cumplir con los rituales del cortejo, que por aquella época incluían la danza como vehículo de acercamiento. Así que aprendí a bailar.

Todas las noches, a la que se ponía el sol, nos juntábamos una docena de chicos y chicas en la antigua «trastera», la planta baja pegada a la iglesia, que el nuevo cura había acondicionado como salón de baile. El tocadiscos estaba encima de una tabla situada frente a la puerta, y en dos de las paredes había bancos corridos para poder sentarnos. Aunque hoy pueda parecer extraño, allí no se bebía alcohol, salvo un ponche aguachinado en ocasiones especiales. El local pertenecía a la Santa Madre, y esa era la única norma que nos imponía el cura, un joven que, según tengo entendido, luego colgó la sotana, pero que entonces se esforzaba por despertar el compañerismo entre los adolescentes. Con ese propósito montó un par de obras de teatro en las que participamos todos los que queríamos bailar, si bien fracasó en su intento de crear un grupo de música para amenizar los oficios dominicales. Aquello nos pareció un chantaje, porque tocar o cantar obligaba también a asistir a misa. Por mi parte, tras ejercer de monaguillo en el entierro de Santana, ya nunca volví a pisar una iglesia hasta casi los treinta años, y solo por motivos estéticos.

En cambio, a la trastera no faltaba nunca, de modo que tuve que aprender los rudimentos del baile. Practicaba en casa, en el comedor privado, balanceándome con torpeza al compás de los ritmos eternos, pasodoble, tango, bolero, que eran los que se llevaban aún en el pueblo. Y con una escoba como compañía femenina. En realidad, la escoba está

presente en todos mis recuerdos de aquel tiempo. Una vez, Bombilla me sorprendió pegado al palo en uno de esos ensayos, y en lugar de marcharse en silencio abrió su bocaza. «Buena pareja para uno tan flaco», fue su comentario. Es que al verme llegar de Barcelona aquel verano se asustó tanto de mi estirón que se empeñó en medirse conmigo. Le tranquilizó comprobar que las apariencias engañaban y que yo no llegaría a ser ni mucho menos de su estatura: era mi extrema delgadez de adolescente la que me agrandaba. Por tanto, a él le cabía el honor de seguir siendo el portaestandarte de la familia.

Pero el protagonismo de la escoba se acentuaba en la trastera. En manos de quienes no estaban enamorados, aquel instrumento podía convertirse en una auténtica tortura, ya que se le había otorgado la potestad de permitir interrumpir a cualquiera en pleno baile.

—¡Cambio de pareja! —gritaba en el momento menos oportuno algún impertinente, o alguna maliciosa.

Entonces yo me veía obligado a retirar mis manos del talle de la rubia de la pedrada para agarrar la escoba que me tendían y refugiarme en un rincón, donde bebía agua mientras aguardaba mi turno sin apartar la vista de mi supuesta novia. Porque todos daban por sentado nuestro noviazgo, salvo ambos implicados, ella y yo, que todavía no nos habíamos dicho nada. A lo más privado que llegó nuestro idilio fue a una conversación a solas que mantuvimos cierta noche frente a la puerta mayor de la iglesia. Yo le estaba contando algo mirando casi al suelo, pues la rubia era realmente pequeña, cuando se levantó una ventolera. Fue tan repentina que no tuvo tiempo de protegerse y la falda se le subió hasta los hombros, dejando al descubierto las dos piernas más cortas que he visto en mi vida. Pero aquello, en lugar de aniquilar mi amor, solo motivó que me pusiera como un tomate, turbado por la contemplación de lo prohibido. En cambio, ella se limitó a comentar «Cuánto aire», y luego regresó sin más a la trastera.

Tío Carlos me vino a recoger para pasar los quince días de rigor en Madrid y él se quedó un par en el pueblo. La víspera de nuestra partida coincidió con un festivo, no recuerdo cuál, que los hombres solteros, bien entrado septiembre ya y por tanto con poco trabajo, aprovecharon para juerguearse. Comieron varios conejos con tomate en el Tablón, bebieron primero vino y después ron quemado, y por fin empezaron a rondar por las calles. Era una procesión laica, a diferencia de las de Santana, en la que se

limitaban a arrastrar una carretilla con un cubo lleno de vino y a ir cantando jotas. Cada cuarenta o cincuenta metros se paraban para echar un trago sirviéndose de un cazo de uso colectivo. Al verlos pasar por delante de su casa, Corzo y Manos bajaron corriendo y se sumaron al grupo. Yo estaba aburrido en la trastera, porque a la rubia la habían castigado sus padres y no podía venir a bailar, de modo que decidí irme a dormir pronto. Pero me encontré al grupo que llegaba por tercera vez a la plaza, esta vez con objeto de repostar en el bar, y Corzo me invitó a quedarme con ellos. Me acerqué hasta la carretilla, pues al no tener sueño cualquier diversión me venía muy bien para hacer tiempo.

Andaban todos más o menos borrachos, así que hablaban a gritos y se empujaban o abrazaban continuamente como niños. Mientras se impacientaban al pie del bar aguardando a que trajeran combustible, la abstinencia comenzó a despertar en algunos un desasosiego agresivo y a punto estuvo de desatarse una pelea.

Por fin bajaron los que habían ido a por vino, y la fiesta se reanudó con mayor ardor que antes, es decir, con tragos mucho más largos. Entonces Manos, repentinamente sentimental, se subió a la carretilla dispuesto a honrar al difunto Santana:

—Nonagésimo misterio, Cristo en el camino de los Olivos. Parada y fonda —recitó.

Los hombres aceptaron entre risas la farsa, que implicaba beberse de un sentón un cazo entero por barba, y se disponían ya a hacerlo, cuando apareció el Herrero. Debía de estar jugando en el bar, desde cuyo balcón abierto le llegaron las palabras del Novio, de modo que un repentino ataque de cristianismo le movió a abandonar la partida para bajar a la plaza.

—Tú eres un mierda —dijo de saludo al Novio—. No te quieras comparar con Santana. Si se te ocurre blasfemar de nuevo te reviento de una patada.

A Manos le ofendió más la comparación con Santana que la amenaza. Sin embargo, era un borracho operativo, capaz por tanto de entender que en ese momento no estaba para enfrentarse con nadie y menos aún con el Herrero. Se fue, pues, insultando desde lejos no solo a su ofensor sino también a todos los presentes y, por extensión, al pueblo entero.

Pero regresó una hora después, cuando todavía quedaba mucha gente. Le vimos pararse a lo lejos y apuntar a bulto con lo que nos pareció una escopeta. Entonces se produjo la estampida, pues nadie dudaba de sus intenciones: venía a vengarse de la afrenta. Yo corrí a refugiarme detrás de

un banco, mientras el resto de los presentes se precipitaba hacia la puerta del bar ya cerrado entre empujones, caídas y gritos.

De rodillas en el suelo, temblaba de miedo. Si los mayores tampoco ocultaban el suyo, pensé, es que la cosa era seria.

Sin embargo, al cabo de unos segundos escuchamos las risas de Manos, que se había desplazado hasta la esquina de la plaza con la calle Mayor. A la luz de una ventana se podía apreciar ahora que solo llevaba un palo.

Se lo arrebataron entre insultos, le dieron un coscorrón y lo mandaron a casa, lo cual no impidió que el Novio, por lo general amnésico en sus borracheras, nos recordara durante años el episodio vergonzante. Cada domingo por la noche, antes de irse a dormir, gritaba desde las escaleras de la iglesia:

—En este pueblo no hay huevos ni para palos.

SEGUNDA PARTE

Entonces no se me ocurrió pensar que con mi amor por las matemáticas, mi vocación por acomodar a los mínimos exigidos para vivir en sociedad los comportamientos de algunos miembros de la especie, y mi aprendizaje de la lengua de mayor futuro, yo me estaba convirtiendo a mi vez en un adelantado. Debí de ser uno de los pioneros de esa modernidad, mal o bien entendida ya es otra cosa, sobre la cual ni tengo conocimientos ni capacidad suficiente para teorizar, ni tampoco el menor interés en hacerlo. Lo cierto es que me aplicaba con tanto afán a construirme la apariencia de hombre de orden que, paradójicamente, iba cayendo en pequeñas extravagancias. En mi descargo está que el proyecto era llegar a ser un ciudadano responsable, un buen profesional, pero también uno de los protagonistas del cambio político desde la España nacional católica en blanco y negro hasta la policromía de las democracias europeas. No lamento, pues, que ese compromiso no resultara en modo alguno heroico, que el mérito de la llamada «transición» consistiera precisamente en no hacer nada, ya que para héroes me sobraba con mi padre. Ahora bien, las extravagancias que acabo de mencionar se ajustaban al modelo intelectual, y por tanto eran significativas debido tan solo al papanatismo del momento. Por ejemplo, comencé a fumar en pipa para imitar a Salvador, quien, además, me regaló sin poner objeciones mi primera cachimba, una de cerezo, cuando se la pedí. Aprendí también a jugar al *bridge* con un vecino del edificio, de edad y actitudes parecidas a las mías, en un club donde se reunía lo más aristocrático de la ciudad. Allí entré en contacto con gentes que se proclamaban monárquicas antes de la muerte de Franco, y con nobles catalanes que decían pertenecer aún a la Corona de Aragón. Había uno, conocido por los camareros con el sobrenombre de marqués de la Pluscuamperfecta Figura, caracterizado por su ironía carolíngia.

—En mi familia, que quede constancia por escrito, no trabajamos desde por lo menos el siglo doce —proclamaba, antes de añadir para relativizar la hazaña—: Y así nos va.

Sin duda esta frase le hubiera granjeado el menosprecio de la mayor de mis tías, quien hubiera visto en su autor al ejemplo perfecto de otra aplicada con frecuencia por ambas Médicas, si bien a plebeyos: «Ese no es lo suficiente rico como para hacerse el pobre».

Volví a tropezarme años más tarde con un par de aquellos especímenes en un bar de copas de la calle Enrique Granados, en democracia ya, y me sorprendió que siguieran fieles a sí mismos y a un alcoholismo caracterizado tanto por el espíritu apolíneo como por la apertura a todas las opciones sexuales. En cuanto a sus esposas, señalaré que cuando las frecuenté en el club se mostraban sencillas, y no desdeñaban tratar como iguales al resto de las socias, adineradas, mas carentes de título, ni compartir mesa con el vecino y conmigo, dado que consideraban que nuestra presencia confería un toque naif a aquel antro de lujo.

En la creencia de que no hay auténticos enemigos sino solo elementos residuales a reformar o a desaparecer barridos por la Historia, aplicaba a mi prójimo la tolerancia que me negaba a mí mismo. Sin embargo, lo del *bridge* duró muy poco. A las ocho o nueve sesiones no pude por menos de concluir que, incluso desde el punto de vista estrictamente personal, aquel entorno chocaba demasiado con la parte comprometida de mi proyecto, de modo que renuncié a él y, de paso, al vecino. Pero, antes, a través de este, me tropecé de nuevo fuera de los libros con la lucha de clases, cierta tarde en la que fuimos a jugar al frontón a su club deportivo, y cometí la imprudencia de tomarme después del partido una Coca-Cola que me costó la mitad de la semanada.

El imperativo económico se reveló entonces, esplendoroso, para ponerme en mi sitio. Sin negar privilegios, ni experimentar mala conciencia por el hecho de que mi calidad de vida superara la media nacional, lo lógico era admitir también mis diferencias a la baja con los amos del país y no creerme jamás uno de ellos. Por supuesto, tampoco un proletario. A partir de allí, mi futuro estaba cantado. Yo sería radicalmente distinto a la familia de mi padre por un lado, y al clan de Madrid por el otro, un liberal como Salvador y mi tío, si bien, a diferencia de ellos, que llegaron a ese convencimiento *a posteriori*, en mi caso puedo afirmar que me adelanté —de nuevo esa palabra— a quienes luego se dieron en llamar demócratas «de toda la vida».

Sin embargo, corrían tiempos difíciles para la tercera vía. Lo pude comprobar en breve con mi nuevo grupo de amigos, de izquierda todos, por mucho que frecuentaran los sitios convenientes y pertenecieran a familias

acomodadas. A su lado, no me quedó más remedio que empaparme de marxismo, y leer lo que había que leer, incluyendo literatura sentimental italiana. Bueno, me dije para consolarme de aquellos esfuerzos, si nuestros compañeros de viaje van a llevarnos a la libertad, habrá que aprender a conocerlos.

Por otra parte, en casa las condiciones objetivas no estaban ni mucho menos para revoluciones, porque por nuestro piso barcelonés solo pasaba el Siglo de las Luces francés, y había dejado de mencionarse a Nietzsche. Ni siquiera de Spengler hablaban ya mi tío y Salvador, pues ahora tenían por fuera de peligro al mundo occidental y cristiano. Poseídos por un repentino pragmatismo, ambos se conformaban con verlo sobrevivir, anciano y cojitranco, a la barbarie de uno y otro signo. Hasta les quedaban fuerzas para recomendar paciencia a los jóvenes, y Salvador solía tranquilizarme cuando yo regresaba de tratar asuntos de materialismo histórico o filosófico, con el ánimo abatido por lo sacerdotal de las sesiones.

—A lo único que hay que ser fiel es a los amigos —me dijo una vez, sin cuidarse de caer en el tópico—. Yo era un adolescente aún, pero antes de la guerra sucedía lo mismo. Ser comunista, anarquista o falangista dependía del círculo de los hermanos mayores y en ocasiones hasta de cosas más azarosas. Nosotros éramos los únicos que no teníamos círculo propio, y había que compartirlo con la derecha y los nacionalistas. Es que en España, desde la invasión napoleónica, a quienes querían sacudirse las cadenas de verdad, las viejas y las nuevas, siempre les han dado palos por todos los lados. Desde la Restauración, a los ilustrados nos han jodido siempre.

Yo bebía sus palabras, y por muchos años estuve convencido de que tanto él como mi tío y un pelotón de héroes de perfil bajo, incluyéndome a mí, fuimos los responsables del nuevo rostro de España. Entre nosotros no había —ni hubo nunca— soldados, solo oficiales de incógnito, pues el llamado pueblo era franquista o estaba exiliado o acojonado, o militaba en el Partido Comunista. Por ese motivo, a partir de las Torres Gemelas padezco ataques de perplejidad, durante los cuales hasta llego a sospechar que los que habían acertado en el diagnóstico eran los otros, y me pregunto si el nuestro no sería asimismo un fanatismo, y encima, tibio. Porque no es posible explicar la fuga del mula Omar en motocicleta, ni la cabeza de cabra que se acababa de comer cuando el Imperio llegó a buscarlo tarde, sin recelar de lo científico del actual modelo. Por tanto, al tratar de analizar adónde hemos llegado, concluyo que esa infinita sangre globalizada debió de merecer algo de mayor enjundia. Entonces me irrito contra los

panegiristas del sistema, aunque mi cólera se mitigue de inmediato cuando me acuerdo de mi padre y de gente como él. Pero el hecho de que entre los del todo o nada abundaran los locos y los malos, y los locos malos, no me impide reconocer que tal vez estaban más cerca de la verdad que nosotros. No me refiero a los fascistas, obvio, sino a los que, aun teniendo la razón, al ser apasionados, no parecen tenerla. Sin embargo, las crisis de revisionismo negativo me atacan solo cuando llevo tiempo sin apenas salir de casa y he perdido el hábito de la ironía, pues sabido es que la charla con uno mismo casi nunca resulta jovial. ¿O será que he ido perdiendo la capacidad de razonar al ritmo de las neuronas muertas? ¿O que tal vez de viejo me ha dado por valorar las experiencias duras? ¿O simplemente que me he liberado de mi padre y por fin puedo pensar como quiero?

Yo diría que no, que en lo político y social obré con propiedad. Con quien puede que me equivocara es conmigo, a mi forma de vivir me refiero, y tampoco tanto, porque el pueblo, el lugar donde pasé lo mejor de mi infancia, me salvó de ser un necio.

Y hablando del pueblo, a mediados de octubre de sexto, cuando yo andaba en pleno proceso de cambio de visión del mundo, alguien telefoneó a casa y preguntó por mí. Juana no llegó a enterarse de quién era, aunque sí pudo darme el mensaje. Un hombre me había citado en «la fuente» a las cuatro. Aquello de utilizar el genérico, dando por sentado que yo iba a saber a cuál se refería, me sonaba conocido, de modo que a las cuatro en punto acudí a Canaletas, donde Corzo, luciendo unos zapatos recién comprados, me esperaba fumando.

—Hemos venido directos en tren desde Salou todos menos Morales, ese no ha querido salir del pueblo, a verte a Barcelona —me explicó con una voz cantarina que desentonaba en el bulevar incluso entonces, de modo que varios transeúntes se volvieron a mirarlo—. El autocar se ha quedado allí con el cura y los demás de la excursión. Nosotros iremos dentro de dos días.

Yo llevaba un par de años pisando muy poco el pueblo y la verdad es que tenía bastante olvidados a los Novios. Sin embargo, a pesar de mi nueva personalidad, diré en mi descargo que me alegré mucho de su llegada. Una cosa eran los proyectos racionales y otra los afectos, así que, saltándome las clases, compartí todas sus horas solares en Barcelona, pero no las de oscuridad, porque ellos venían con un dato preciso y resultaba imposible sacarlos de la Bodega Apolo a partir del anochecer. De todos modos, algún

apuro me daría que me vieran con ellos, pues evitaba transitar por los circuitos donde podía encontrar conocidos.

Sin embargo, apenas tuve que hacer esfuerzos de camuflaje, dado que los Novios deseaban visitar exactamente lo que se les hubiera supuesto, y solo salieron del Chino y del resto de los barrios portuarios para acercarse a lo que ellos llamaban los dos «montes» y a las fuentes luminosas de Montjuic.

La tarde del primer encuentro, Corzo me llevó directamente de Canaletas a su pensión, situada en una callejuela junto al Paralelo. Por el camino me sorprendí de la capacidad para orientarse de mi amigo, a quien cualquier árbol, cualquier rótulo, y en especial las fuentes le servían de referencia. ¿Cómo lo hará si solo ha pasado por aquí una vez?, me preguntaba yo. También me sorprendí de que se acercara a comprobar en el escaparate de una pollería el precio de los huevos, o de que me obligara a hacer una parada para entrar en un estanco.

—¡Dios si hay puros en esta casa! —exclamó antes de salir sin comprar nada.

Campasolo se estaba bañando en el lavabo del pasillo, y en la habitación de tres camas solo encontramos a Manos, que aún no parecía borracho. De todos modos, decidí llamar a Manolín por si acaso y pedirle que los acompañara en sus expediciones nocturnas. Pregunté entonces a la dueña dónde quedaba el teléfono y ella aprovechó para quejarse del comportamiento de los huéspedes. Tendrán que pagar el agua, me espetó con aquel desprecio por el aseo, que era el único rasgo cultural francés adoptado por los españoles del sur cuando emigraban a nuestras ciudades del norte. Esto no son unos baños públicos. Y tú el teléfono, que tampoco es gratis. Manos se adelantó a pagar por mí.

Me los llevé en autobús a conocer el Mediterráneo, en cuanto Campasolo se decidió por fin a salir de la bañera. Aunque ya habían podido ver de lejos el mar durante el viaje en tren desde Salou, asomaron varias veces la cabeza por las ventanillas con objeto de observar la franja azul. Yo salté del autobús todavía en marcha, pero ellos se apearon con precaución. Luego caminamos hasta el inicio del Rompeolas, donde los Novios se limitaron a acelerar el paso. Sin embargo, al llegar a la punta del espigón se detuvieron los tres en seco y, semejantes al jefe apache de Karl May, permanecieron, inmóviles e impasibles, con la mirada clavada en el horizonte.

—Te se pierde la vista —dijo por fin Corzo.

A nuestro regreso a la pensión nos esperaba Manolín, que cayó muy bien a los Novios, sobre todo cuando les confirmó los atractivos de la Bodega Apolo, a su entender mejor aún que El Molino. Decidieron, por tanto, ir allí los cuatro aquella misma noche, aunque antes me invitaron a cenar con ellos. Me disculpé alegando una cita, y me fui en el preciso instante en que Corzo, que acababa de bajar de encima del armario el maletón colectivo, anunciaba:

—¡Se abre la maleta!

Desde la puerta pude ver a los otros dos sacando a toda prisa la ropa de ciudad que habían traído para no desentonar en las noches de Barcelona. Ya en el pasillo oí gritar a Corzo:

—¡Se cierra la maleta!

A la mañana siguiente pasé a recogerlos a las nueve en punto como habíamos quedado y asistí de nuevo al ritual de apertura y cierre de la maleta. Esta vez se pusieron un atuendo diurno y cambiaron los zapatos de la víspera por otros que no les hicieran daño al caminar. Manolín, convertido ya en amigo inseparable tras oficiar de guía por los bares de putas del Chino la noche anterior, nos acompañó al Tibidabo.

Las atracciones apenas despertaron su interés, y a duras penas conseguí hacerlos subir al avión observatorio, pero en cambio se rascaron el bolsillo y pusieron todos, primero la correspondiente moneda en la ranura, y luego el ojo derecho en un catalejo que ofrecía, en la mañana despejada, una perspectiva aérea de la ciudad. Barcelona les pareció muy grande, y sus monumentos altísimos. Se interesaron, pues, por las dimensiones exactas de las torres de la Sagrada Familia y la de Colón, cosiéndome a preguntas, si bien, fieles a su instinto campesino, no manifestaron sorpresa alguna. Se la reservaban para el precio de la cerveza que tomaron al final del recorrido.

—Con eso me compraba una mula —comentó Corzo, resumiendo así el pensamiento de los tres Novios respecto al tamaño de la estafa.

Habíamos venido hasta la Rotonda en autobús, de modo que los hice regresar en metro para que conocieran el mundo subterráneo. Ese sistema de transporte encantó a Campasolo, quien creyó ver en él el paradigma de la velocidad y el anonimato. En un plis plas ya estás, sin que te vea nadie, opinó, y yo bromeé tratando de imitar su forma de expresarse:

—Buena mula para ir al barranco en agosto, ¿no? Y a la sombra siempre.

Mi frase les hizo tanta gracia que la siguieron repitiendo durante mucho tiempo. Y a la sombra siempre, ¿eh?, me preguntaba, en las raras ocasiones

en que yo caía por el pueblo, alguno de ellos, incluyendo a Morales, a quien contaron la anécdota, cuando me veía caminar bajo el sol. Ese era el humor de ellos, el humor Novios.

Pasó volando el tiempo entre paseos en Golondrina, visitas a las fuentes luminosas, al parque zoológico y apuestas en el frontón que quedaba al final de las Ramblas, bajando a mano izquierda, junto al Club Monforte. Recuerdo que el segundo día Corzo se saltó la comida para volver a apreciar, esta vez en solitario y a su aire, el zoo, hasta donde llegó caminando y sin perderse. Recuerdo también que era sábado cuando se marcharon, porque mientras ellos viajaban en tren rumbo a su hotel de playa, Manolín y yo, tras despedirlos, fuimos a un cine de junto a la estación. Aunque sentí perderlos de vista, me consolé pensando que se lo iban a pasar muy bien en Salou con el resto del grupo de hombres solteros y con las actividades organizadas por el ideólogo de la excursión, el cura joven. Se bañarían en el mar sin cuidarse de la temperatura, pues el frío del otoño mediterráneo les parecía cosa de risa, comerían todo lo que les sirvieran dado que gozaban de un régimen de pensión completa, y por la noche, liberados ya de su custodio, se emborracharían. Por eso estaban igual de contentos al marcharse que cuando llegaron a Barcelona, y para celebrar la despedida, antes de ir a la estación, acudimos los cinco a un restaurante de la calle San Rafael.

Manolín nos invitó a todos, aduciendo que ese era «el segundo comedor de su casa». A los Novios les gustó mucho el ambiente y también el menú, en especial tras echarle una ojeada a la carta y comprobar los precios. Ellos no se andaban con formalidades, de modo que el hecho de saber que el gesto de su nuevo amigo no implicaba un desembolso excesivo contribuyó a abrirles el apetito.

A la salida, Corzo me dijo al oído:

—Este Manolín es de primera. Lástima que casi no se le entienda lo que habla.

Cumplí los dieciséis años a primeros de diciembre en una fiesta nocturna organizada por los amigos, aunque al mediodía me había tocado comida previa en casa de Salvador, donde mi tío y el anfitrión, adelantando mi onomástica en algunas horas, me hicieron soplar velas. En esa fiesta conocí a otra rubia, a cuya sonrisa y pequeñez me rendí de inmediato. Además, con ella pude por fin hablar de algo, lo que hasta la fecha no había logrado jamás con la de la pedrada. Como nos dejaron bailar tranquilos —allí no existía el incordio de la escoba, nadie se preocupó de nosotros en cuanto se animó la cosa, y los mayores, en un alarde de tolerancia inusual para la época, se fueron a dormir temprano—, llegué a intimar con ella hasta el punto de atreverme a pedirle una cita. Me la concedió a medias, pues se limitó a revelarme el nombre de su instituto. Con aquel dato, a mí me correspondía averiguar sus horarios de salida y sus itinerarios. Y a ello me consagré de un modo tan exclusivo que desde aquella noche apenas volví a pensar en la rubia del pueblo, quien desapareció de mi vida tan de golpe como llegó, pero esta vez sin pedrada.

No obstante, el trato con la nueva tampoco resultaba nada fácil, no por violenta y muda, sino porque daba muestras de un comportamiento que me descolocaba. Desde el primer momento se negó a participar en mis afanes culturales, e incluso se burlaba de la ciencia, la geopolítica y el Arte con mayúscula, pues ella solo ansiaba sencillez. O sea que los dos íbamos en pos de una normalidad, si bien diferente: proletaria la de la rubia, y de carácter ilustrado la mía. Con todo, a ella le cabe el honor de haber sido mi primer amor compartido, al menos verbalmente, porque en varias ocasiones se lo confesé, y también la primera con la que tuve algún contacto físico. Obviaré detalles del romance, dado que desatino más, desatino menos, despedida más, despedida menos, todos son muy parecidos, para centrarme en lo importante de aquellos días.

Obligado por su parquedad en ofrecerme datos, particularmente el número de teléfono, yo rondaba por los alrededores de su instituto de once

a doce de la mañana, y de seis a ocho de la tarde, con la mala fortuna de verla salir siempre acompañada por varias amigas. Como había vuelto a recuperar la timidez que perdí por momentos durante la fiesta de mi cumpleaños, la situación me estaba desquiciando. Incluso suspendí una asignatura, filosofía, aquel trimestre. Tío Carlos no le dio la menor importancia, en realidad casi se alegró de ver una brecha en mi conducta ejemplar, aunque aprovechó para burlarse.

—¿No me digas que te parece tan poco científica que ni la estudias? —ironizó.

Pero lo peor fue que a mi madre se le ocurrió venir a pasar la semana previa a Navidad con nosotros y me pilló suspendido, enamorado y, además, justo cuando por fin me había atrevido a hablarle a la rubia a la salida del instituto. Aquella tarde iba rodeada de un mayor número de amigas que de costumbre, lo cual no me impidió abalanzarme sobre ella, decir «Hola» y pedirle que se viniera conmigo. No se sorprendió, ni puso el menor inconveniente, pues consideró que yo acababa de pagar el peaje. ¿Quieres amor?, pues ¡fuera tonterías! Ese era su lema y a él hube de atenerme los casi tres años que anduvimos juntos. Parafraseando a los clásicos, diré que aquel romance fue una «tortura grata» y, parafraseando a los modernos, «a tiempo completo». No recuerdo ni un segundo sin sobresaltos pasionales, porque la rubia, de un modo espontáneo, supo mantenerme siempre en vilo. Por influencia de su hermano mayor, militaba en un izquierdismo radical que, no obstante, era solo de uso práctico, ajeno por tanto a teorías. Al principio, no tener que oír parlotear de condiciones, objetivas o subjetivas, me produjo alivio. Para bibliografía me sobraba con mis amigos. Sin embargo, su radicalidad impregnaba toda nuestra vida cotidiana, salvo contados momentos telefónicos. Porque cuando yo la llamaba a la casa paterna solía contestar una tata que nunca dejaba de preguntarme de parte de quién al más puro estilo de hogar burgués, y que me hacía esperar para humillarme. En lo demás, vivíamos la sencillez proletaria. A la rubia le encantaban los huevos fritos, y se los comía con las manos, cierto es que sin mancharse jamás. Yo la obligaba a desplazarse a pie para evitar el sufrimiento que me causaba su manía de no pagar o de tirar los pasajes, en un gesto rebelde muy propio de ella. Sin embargo, caminando nos llegábamos a ver películas de arte y ensayo, tomábamos cafés con leche en un bar de la calle Muntaner, a cuyos dos billares accedí por fin algo después, de universitario ya, y a veces ella se dejaba conducir a lugares límite. Me refiero a que estaban a caballo entre lo popular y un

malditismo adolescente. Cierta tarde que, cosa rara, nos habíamos animado a tomar una jarra de vino en un mesón de junto a la catedral, frecuentado por jóvenes con chalina de poeta y sobre todo con boina de artista pintor, no se le ocurrió otra idea que ponerse a silbar «La Internacional». Nadie se inmutó, por el simple motivo de que no la conocían, salvo el dueño, un tipo por lo general de trato muy duro. Se acercó enseguida a nosotros con cara de pocos amigos, de modo que temí que nos expulsara o llamara a la policía. Sin embargo, al ver a la rubia, se limitó a advertirnos:

—Esos puede que no sepan qué es, pero yo sí. ¡Que no vuelva a pasar!

—Lo siento, señor —contestó la silbadora—. Es que en mi casa la canta la tata.

Y el tipo duro se echó a reír.

Así de simpática era mi rubia. En una época de prohibiciones, no recuerdo que nadie le prohibiera nunca nada, ni que la riñeran por su manía de comer con las manos.

Como ya he adelantado, mi madre tuvo la mala sombra de venir a Barcelona y reclamar mi presencia, justo en los primeros días de nuestro idilio. Por cierto que lo comencé con torpeza, empeñado en dármelas de sabio, a falta de belleza oficial, de altura, desenvoltura o de otros aditamentos para el galanteo. El primer sitio a donde llevé a la rubia, la misma tarde de abordarla a la salida del instituto, fue el Cristal, una cafetería que ofrecía a sus clientes la lectura gratuita de algunos centenares de libros colocados en varios estantes alrededor de las mesas. Al verlos, ella hizo un comentario muy similar al de Corzo en el estanco: «¡Cuántos libros hay en este bar!».

Estaba muy cerca de lo popular de un modo innato —¿por clarividencia revolucionaria?—, o tal vez es que había alcanzado sin saberlo ese estado tenido a la sazón como una utopía, a pesar de lo común que era. En él supo mantenerse hasta ahora, pues me la encontré no hará mucho en un velorio, sesentona y guapa, igual de simpática e izquierdista aún. Y sin tata ya, convertida por tanto en la excepción a la regla, en alguien que había sabido ser fiel a su proyecto adolescente.

Sin embargo, yo, que entonces no entendía nada, me preguntaba: ¿Qué demonios verá en mí? ¿Por qué le gusto? La tarde en la que me besó, acaso harta de mi falta de empuje y saltándose a la torera su papel supuestamente pasivo, me ofreció una respuesta de las suyas, práctica. Salíamos de ver una película con fondo de música de Mozart, en la que un joven oficial centroeuropeo y su pareja adúltera se amaban entre bosques y presagios de

un mañana peor. En cambio, en Barcelona los presagios afectivos eran en aquel momento buenos, pero caía agua sucia del cielo urbano, soplaba viento, y la casa de ella quedaba lejos, lo cual a mi rubia no le importaba un pito. Me detuvo de golpe, se abrazó a mí y me besó en los labios.

—Me gustas —dijo luego, cuando se separó para mirarme—, por esos ojos de loco. Tienes los ojos más grandes que las ideas.

De nuevo el fantasma de mi padre haciendo acto de presencia sin que nadie le hubiera invitado.

Ahora bien, la consecuencia directa de la ausencia de mi padre en la vida real era mi madre. Ella hizo lo que pudo para fingir hallarse despierta, y desde esa supuesta vigilia trataba de ejercer para mí de cabeza y cola de familia a su estilo virtual, aunque cobrara protagonismo solo en las contadas ocasiones en las que no le quedaba más remedio que salir de repente a escena, semejante a esos personajes absurdos que confunden al público. Imagino por ello que no fue idea suya visitarme, sino que, con objeto de ofrecer al prójimo de Castellana una demostración de amor filial, las Médicas la enviaron a Barcelona, donde tenía que lidiar conmigo, con su hermano y con Salvador. Por propia iniciativa nunca hubiera venido, a pesar de que se empeñó en pasar la semana entera a mi lado y de que cada noche en el parte telefónico a Madrid se refería a mí como si me conociera.

La recuerdo entrando en el piso a su llegada de la estación, recuerdo, asimismo, la maleta de piel que llevaba, y la cara hostil de Juana, a quien la presencia de otra mujer en sus dominios no le hacía gracia, y que llovía. La pobre no supo estar en ningún momento a la altura de las circunstancias, se movió en Barcelona como una señorita de pueblo, y ni siquiera simuló interés por conocer algo. Pecaba de falta de curiosidad, al igual que los Novios. Para explicar aquel fenómeno mi tío echaba mano de un argumento peregrino: «Es que los de allá son cerriles, no tienen curiosidad por nada, porque están acostumbrados a que la mirada les rebote en los cerros». Debía de tener cierta razón, pues poco se habría interesado por saber de mí mi madre, teniendo en cuenta que me trajo de regalo un microscopio.

Sin embargo, su hermano la recibió como a una reina, lo cual podía parecer si no hablaba. Gozaba de esa sequedad mental que engaña a muchos al sugerir un carácter reflexivo, y de unos ademanes que movían a admitir el peso de los genes, el trabajó de muchos siglos conformando gestos. Aun sabiendo la mentira, mi tío simulaba que ambos venían de arriba. Si bien yo alcanzaba a entender que rindiera honores por caridad y

por puro cariño a aquella desdichada, el hecho de que aceptara participar también en la farsa, él, un hombre ilustrado, me entristecía. Cuando vi caer en lo mismo a Salvador durante la cena de la primera noche de mi madre en Barcelona, esa tristeza se convirtió en auténtica rabia. Los liberales aún siguen admirando el modelo de los antiguos amos, me dije. Mucho hablar de progreso, pero esos dos todavía no han llegado ni siquiera al Renacimiento, y encima, para darse importancia, se inventan, ya no a ellos, sino a sus antepasados. Así no hay forma de cambiar nada.

Con mi madre solo salí una vez, para llevarla al Rompeolas como a los Novios, y como ellos tampoco manifestó sorpresa alguna. Logré sacarla de casa con la excusa de que no podía marcharse de Barcelona sin ver el mar, aunque mi propósito era otro. Antes me cité con Manolín, a quien luego fingí encontrarme por casualidad. Quería hacerla hablar del ausente pero no tuve éxito, pues el gigante la asustó, de modo que mi madre no abrió el pico a pesar de que mi amigo no paró de contar anécdotas sobre «el marido de la señora».

Tampoco Salvador tuvo éxito en sus intentos de arrastrarla a la calle, motivo por el cual se veía obligado a visitarla a diario en el piso, desde las cinco en punto hasta después de la cena. Llegaba siempre con un ramo de flores y unas pastas. Las flores se las daba mi madre a Juana para que las pusiera en un jarrón, y las pastas me las terminaba comiendo yo, porque los varones preferían tomar una copa mientras fumaban, y la destinataria del presente no se dignaba probarlas.

Ahora bien, el hecho de no salir de casa no la libró de mi rubia. Nada más enterarse de que estaba de visita en la ciudad exigió conocerla, y por mucho que postergué el encuentro a base de excusas, verdaderas y falsas, al final me puso un ultimátum. Por tanto, tragándome la vergüenza, acabé por invitarla a comer un sábado. Acudió también Salvador, que esta vez vio recompensado su tesón en materia de regalos, pues la rubia no le hizo ascos a los buñuelos de postre. Mi madre se limitó a sonreír oyéndola contar sus cosas y comer con las manos, y la encontró «bonita pero pequeña». Por su parte, a la rubia aquella señora cuarentona le pareció «muy guapa», lo único que se podía decir de ella sin herir mis sentimientos filiales.

A quienes les encantó mi novia fue a los dos varones, en especial a mi tío, que consideró que era la mujer de mi vida, la que me convenía dado mi carácter retraído. «Nunca te hubieras aburrido con ella», le oí decir después muchas veces. Puede que tuviera razón, y que, además de no aburrirme, no hubiera envejecido por dentro tan pronto como lo hice.

Sin embargo, a lo que se dedicaba mi tío entonces era a burlarse de los dos enamorados, en especial de Salvador, cuyo comportamiento servil para con su hermana me sorprendía incluso a mí, el otro enamorado. Comprobar cómo un hombre hecho y derecho mendigaba afecto a aquella mujer para quien no pasaba de una rutina vespertina, le permitía al médico analizar a la especie desde una óptica doctoral y humanista a la par. Se preguntaría, digo yo, cómo alguien inteligente podía convertirse de pronto en un necio. En cambio, ni siquiera se preguntaba, de puro evidente que era, hasta qué punto me dejaba dominar yo por la rubia. Te tiene agarrado por la libido, pontificaba, cada vez que me veía lanzarme a la calle tras una llamada telefónica.

Así pues, el supuesto «neutro» fue el único que supo mantener la dignidad durante aquellos días, dando muestras de lo que antes se llamaba «comportarse como un hombre».

Cuando se fue por fin mi madre, mi tío decidió que había llegado el momento de mantener un intercambio de opiniones conmigo, en plan adulto ya, y se me llevó al frontón. Era un sábado de vacaciones de Navidad, y el desaparecido frontón —no paro de mencionar lugares muertos— del final de las Ramblas, bajando a mano izquierda, estaba abarrotado, pues jugaban los cuatro mejores pelotaris en activo, todos con apellido vasco y su correspondiente ordinal, como las tesis marxistas y los papas. Probablemente mi tío pensaba iniciar la charla a la salida, aprovechando la intimidad que proporcionaban entonces los reservados de alguno de los restaurantes de la Barceloneta, sus preferidos. Sin embargo, sucedió algo que le cambió los planes.

De repente se nos acercó un hombre que ya me había llamado la atención por su aspecto y porque los encargados le lanzaban sin cesar la pelota de las apuestas con papelitos azules o rojos dentro. Todavía se me escapa ese código, pero no hay duda de que allí se le conocía y respetaba, dado que aceptaban sin más su palabra. Ignoro por tanto si perdía o ganaba cuando saludó a mi tío con un guiño, y a mí me acarició la cabeza:

—Conque este es el hijo, ¿no? —preguntó.

Llevaba una gabardina pasada de moda, similar a la del Mariscal aunque de color gris claro, en la mano derecha un libro en francés de Drieu La Rochelle, y en la comisura izquierda de la boca un puro habano. Parecía un héroe, de una heroicidad si no épica por lo menos para su uso particular, así

que me puse en guardia, máxime al oír la respuesta de mi tío.

—Todos somos hijos de alguien. Eso sale hasta en *La litada* y la Biblia —dijo a la defensiva.

El tipo se echó a reír. Luego, tras palmearle con familiaridad la espalda, se dio la vuelta. Sin duda había entendido qué su presencia no resultaba grata, y un héroe jamás presiona al rebaño para que lo acepte. De todos modos, de regreso hacia la mesa de los encargados, aún pronunció en voz baja unas palabras que me sentaron muy mal: «Los ojos nunca engañan».

Por culpa de aquel encuentro, mi tío pospuso nuestra charla de adultos para otra ocasión, y tampoco quiso hablar del de la gabardina. Era un amigo de tu padre que conoció a todos los hermanos antes de la guerra, se limitó a decirme. Aquel hombre le había alterado tanto que ni siquiera me llevó a cenar a la Barceloneta, pues nos fuimos directamente a casa antes de que terminara el partido.

Pero en cuanto se acostó, yo acudí a la biblioteca dispuesto a averiguar quién era Drieu La Rochelle. No me resultó difícil encontrar su nombre en una enciclopedia, y entonces devoré la más de media página donde se resumía su vida, su obra y sus ideas. ¡Ni más ni menos que lo que me temía!

He dicho que con mi nuevo amor me olvidé de la chica de la pedrada y no es exactamente cierto. En Semana Santa me tocó ir obligado al pueblo, porque tío Carlos tenía asuntos que resolver allí. Juana también se va, y no te vas a quedar solo en casa, razonó cuando yo puse objeciones al viaje. Tu amor sabrá esperarte.

Aunque los Novios me recibieron con mucha alegría y Bombilla estaba en cama, aquejado de una enfermedad terminal para los más, pero con la que él lidió hasta que la muerte le ganó la partida dos años después, apenas disfruté del tiempo de ocio ni de la naturaleza. Y eso que Corzo consiguió colarme de «resacador» en una batida de jabalíes en la que participó la práctica totalidad de varones locales.

Salimos antes del amanecer, según ellos para aprovechar el día, y a mi entender por pura costumbre. Yo formaba parte de la cuadrilla de Corzo, el Herrero y los viejos, pues fueron los únicos que aceptaron mi presencia, no sin antes prodigarme una serie de consejos encaminados a garantizar mi seguridad. Luego, poseídos por la fiebre de la caza, se olvidaron de mí hasta el punto de que en un par de ocasiones corrí auténtico peligro, en especial a partir del momento en que el decano de la partida —murió a los pocos meses—, comenzó a disparar a cuanto se movía. Entonces hicieron un alto para amenazarlo de expulsión, pero reemprendieron la marcha sin desarmarlo. Nuestro trabajo consistía en espantar a las presas a base de hacer el máximo ruido posible, para lo cual gritábamos todos, pisábamos con fuerza ramas secas, y Corzo, provisto de una radio de pilas, perifoneaba jotas. Mi forma elegante de expresar el ruido les hizo mucha gracia, dado que yo era incapaz demodular la voz con la naturalidad y potencia de ellos y que, además, me esforzaba por conferir a mis alaridos un sentido de acoso. «¡Ea, ea!», comenzaron a imitarme ya mientras caminábamos y, durante el almuerzo, que tomamos en una piedra al sol dado que la primavera ese año era muy fría, participaron la gracia al resto de los cazadores.

No paramos hasta bien entrada la tarde, cuando yo me sentía más

cansado aún de aquel ritual de espantar a la nada que de darle a la hoz en los días de segar espliego con los Novios, y mucho más aburrido, al no llegar a ver, ni oír, ni siquiera oler un jabalí en toda la batida. Sin embargo, cazamos tres, como pude comprobar a última hora frente a sus cuerpos yertos. No solo me sorprendió el tamaño y el aspecto feroz de las bestias, sobre todo por los colmillos y lo hirsuto del pelo, sino también el hecho de que las dejáramos allí tiradas en el monte. Es que hay veda, me explicó Corzo. Los vendrán a buscar de madrugada para que nadie se entere, añadió, aunque yo no llegué a entender muy bien a quién los ocultábamos si estábamos todos en la cacería. ¿Al Harinero tal vez? No se me ocurría imaginar a ninguna otra personalidad local que pudiera representar el orden y el respeto a la ley en el pueblo. Uno de los viejos, al ver mi cara de sorpresa, me aclaró el misterio.

—Es que hay mucho envidioso que ni para cazar vale —dijo.

Desde la desaparición de Jesucristo el Jueves Santo hasta su regreso el Sábado de Gloria a toque de campanas, no hubo baile ni ninguna otra actividad festiva. Me pasé ese tiempo leyendo por los pinares de Santa Cecilia o viendo jugar a Morales, sin tropezarme jamás a la rubia. Ahora bien, yo no era mi padre, sino alguien preocupado por los sentimientos ajenos, de modo que la noche del sábado me dejé caer por la trastera con el propósito de conferir normalidad a mi comportamiento. La rubia me ayudó al recibirme como si tal cosa, a pesar del tiempo que llevábamos sin vernos, y el resto de los presentes se abstuvo esta vez de usar la escoba. Bailamos un buen rato, en silencio y a prudente distancia, y luego yo me despedí alegando que me aguardaban en el café para jugar una partida. Es la única vez en mi vida que he jugado por dinero, y lo hice solo por no ofender con una mentira a la de la pedrada. Supuse que comprobaría la excusa, aunque puede que ni siquiera se molestara en eso. ¿Pensó alguna vez en mí como yo en ella? Entonces, teniendo en cuenta que nunca habíamos hablado, ni de «nosotros» ni de nada, y que no hubo el menor acercamiento físico, decidí que no. Sin embargo, casi cuarenta años después volví a verla y tuve que cambiar de opinión. Yo estaba en la barra, fingiendo beber una de las varias copas a las que me habían invitado los hombres de mi edad, como sucedía siempre que hacía una visita al pueblo, daba por tanto la espalda a las mesas, y, además, no la hubiera reconocido. De pronto, alguien me tocó el hombro y, al volverme, vi a una señora pequeña que me saludó con dos

besos. Luego me hizo sentar junto al balcón, exactamente en la silla de Santana. Me preguntó por mi vida, obligándome de nuevo a no contar la verdad, sin mentir esta vez en lo formal, ya que le hablé de mi trabajo en un hospital público, aunque sí por omisión, pues obvié los aspectos del alma, es decir, que me sentía solo y viejo y que probablemente había vivido al revés de lo que me tocaba. A la exrubia —ahora llevaba el pelo color de permanente— le interesó nada más un dato de mi discurso: mi soltería. En cambio, ella se había casado, reproducido y estaba tan satisfecha de su paso por el mundo que me enseñó las fotos de hijos y nietos. Cuando regresó a la mesa de quien supuse su marido, me atacó un pronto de sentimentalidad. Rubia, me dije, ¿dónde han ido a parar tus silencios y pedradas? ¿Por qué no emitiste algún signo en su momento, cuando todavía las nieves de antaño, las de los dos, estaban limpias?

En Barcelona no me aguardaba mi amor como hubiera sido lo lógico y yo había esperado; su tata me lo anunció ferozmente cuando, nada más llegar, la llamé a casa.

—Ni luego, ni mañana ni pasado —tuvo el detalle de explicarme—. No va a volver hasta el fin de semana que viene… Y no me pregunte, porque no sé adonde ha ido.

Así era mi rubia. Yo me iba, pues ella también. Pero no por venganza, sino por reciprocidad. Con su habitual sencillez se saltaba una semana de clases y se largaba sin dejarme siquiera una nota, ya que consideraba aquello un comportamiento normal. Hablar de libertades o de otros tópicos como si tuvieran importancia hubiera sido lo que entonces se daba en llamar despectivamente «pajas mentales», pues al onanismo se lo tenía aún por una forma menor, en cuanto que asocial, del sexo.

Sin embargo, en lugar de deprimirme, aproveché su ausencia para matricularme en clases de batería con uno de los contados músicos locales que se dignaba darlas. Yo llevaba ya un tiempo ensayando en solitario en casa, poco para no molestar a los vecinos, y demasiado al decir de Juana y de mi tío. Salvador, además de regalarme mi primera batería, me había transmitido el gusto por el *jazz*, primero por los orígenes y las grandes bandas y, luego, casi un año después, por el bebop, considerado por él como el final de la historia en ese rubro. Se quedó allí para siempre, de modo que me resultó imposible hacerle apreciar más adelante cualquier disco que supusiera una ruptura con aquel modelo para él insuperable.

También el profesor, otro amigo de Salvador, era ortodoxo, por mucho que se ganara la vida tocando cualquier cosa en salas de fiestas. Yo le iba a buscar a un hotel de las Ramblas donde actuaba de seis a ocho junto a los otros dos componentes de un trío estándar, y caminábamos desde allí hasta su casa, que quedaba muy cerca. Me tomó cariño enseguida, porque, al menos eso decía, yo tenía dotes, muy buen oído, sentido del ritmo, y sobre todo ganas de aprender. Es un chico serio, le comentó a Salvador, creo que no he visto a nadie que valga tanto. No voy a entrar a estas alturas en el análisis de mis posibilidades como músico, pero lo cierto es que he conocido a pocos que aprendieran con la rapidez mía y a casi ninguno que disfrutara como yo. La explicación es que, sin ser consciente de ello, me sacudía a mi padre de ese modo, abría la espita de la herencia, y por allí liberaba los genes que me hubieran obligado en algún momento, por compresión, a hacer locuras.

A su regreso, mi amor lo vio enseguida. Tú te tienes que dedicar a la música, me conminó. Venía de pasar unos días de playa adelantados, y estaba morena, más guapa que nunca con su color dorado en las primeras lluvias de abril, de modo que no se lo discutí. Pensé que si ella, una buscadora de normalidad, había decidido que mi porvenir más deseable pasaba por dedicarme a lo incierto, la cosa no tenía vuelta de hoja. Por tanto, hasta que se acabó el idilio, soñé con ser músico de *jazz*, aunque no me comporté ni mucho menos como la opinión pública les supone. Por el contrario, me volví aún más precavido en aquellos ambientes donde lo que se llevaba era la absoluta libertad de emociones e impulsos.

Ella vio mi futuro, me refiero al que mejor se hubiera ajustado a mi personalidad, y lo hizo, además, cuando yo llevaba apenas diez días tocando la batería fuera de casa.

Así pues, durante un tiempo combiné instituto con *jazz*, si bien con tantas precauciones que el abandono de mi empeño musical en cuanto ella dejara de animarme estaba cantado. De todos modos, todavía me sorprende que yo me atreviera a ensayar e incluso a actuar en público al poco de haber comenzado mi aprendizaje. La rubia, que no era celosa, se divertía con el asedio de las chicas a los componentes del grupo, incluyéndome a mí, y no paraba de bromear al respecto.

—Venga, a ver cómo te las arreglas con esa —decía por ejemplo, señalando a la más intensa de todas—. Dile algo de artista, anda. Lo que pasa es que tu cara engaña y parece que vas a ser otro.

Tenía razón, porque mi carácter poco expansivo y el hecho de que fuera

casi abstemio desanimaban enseguida a las interesadas, a pesar de que corrían tiempos en los que un músico de *jazz* cotizaba al alza. Afortunadamente, yo no daba el tipo, la imagen, y eso sin duda me salvó.

Pero una noche de sábado en la que actuábamos en un lugar de moda, un bar de copas aledaño a la calle Tuset, mis orígenes se tomaron la molestia de acudir a buscarme.

A pesar del calor había mucho joven reunido allí, a finales de junio, justo antes de que los estudiantes abandonaran Barcelona. Yo acababa de ver en la barra a Manolín, habitual de mis conciertos y cuya catadura patibularia encajaba sin problemas con el pretendido ambiente artístico. Estaba solo, tomando un vaso de cerveza que desaparecía por momentos en su mano izquierda. No le di importancia, seguro de que se iba a portar bien, de que no armaría ningún escándalo, y de que la rubia le apreciaba. Pensé que al final, antes de irse, haría lo de siempre, acercarse para darme una palmada de despedida y comentar: «¡Dios, qué precios!».

Seguí, pues, en lo mío, tratando de no perder el ritmo, hasta que de pronto, al echarle una nueva ojeada a la barra, descubrí a un par de tipos sentados a su lado. Uno era el del frontón, el de la gabardina gris, y el otro tenía inmensos ojos de loco. Calculé que rondaría los cincuenta.

A partir de entonces ya no di pie con bola, y el líder del grupo, el pianista, decidió acortar la faena, de modo que nos saltamos un par de temas. Como la rubia no era de las que venían a besar al final a su músico para darse pisto entre el público, me quedé solo junto a la batería.

La gente suele tener problemas para recordar cuál ha sido el peor episodio de su vida. En cambio, yo puedo afirmar que, con apenas dieciséis años, viví la mayor angustia que hasta ahora me haya sido dada. ¡Mi padre!, pensé al ver acercarse a los tres, a la zaga los dos tipos de aire antiguo y, precediéndoles, Manolín, sonriente, ejerciendo de anfitrión. No tenía más que unos segundos para decidir si iba a contestar a su saludo, y para estudiar cómo rechazar un posible intento de beso por parte del de los ojos de loco. Sentía taquicardia, me costaba respirar, sudaba y, en un gesto de absurdo narcisismo, por si acaso, me froté las manos contra el pantalón para tratar de secarlas.

Hice bien, pues se impuso la racionalidad, mi buena educación, así que reaccioné tarde y no me mostré grosero hasta después de haber estrechado la mano de los dos desconocidos, que apretaron la mía con firmeza, al heroico modo.

—Tengo mucha prisa, o sea que adiós —logré decir entonces.

Les di la espalda y salí del bar sin ni siquiera acordarme de la rubia.

Me telefoneó a casa a la mañana siguiente. No estaba enfadada, se lo noté enseguida, no solo por el hecho de que hubiera madrugado para llamarme, sino también por el tono de voz.

—No era tu padre —me dijo, yendo directa al grano como siempre—. Son unos amigos muy simpáticos que me ha presentado Manolín. Hemos quedado para tomar un café esta tarde, contigo.

Tuve que acudir a la cita, acceder a compartir en una terraza soleada de plaza Cataluña el café dominical con mi rubia y otras tres personas, aunque esta vez la presencia del gigante y de los dos hombres sin marca, difíciles de clasificar, le pusiera un toque de incertidumbre a aquel cuadro costumbrista, inquietando incluso a los camareros, repentinamente serviciales, que no sabían si se avecinaba una propina fuera de lo común o una bronca.

El tipo a quien la víspera confundí con el ausente era extranjero, y sus ojos grises en lugar de negros. En un español correcto me felicitó por mi forma de tocar y se declaró admirador del *jazz*. Soy muy amigo de tu padre, a quien llevo años sin ver. Por eso, cuando me he enterado de que su hijo iba a actuar, he querido ir a saludarle. Añadió que yo me parecía mucho, no tanto por el carácter, pero sí en lo físico.

Luego pasaron a hablar de sus cosas, o de las de la rubia, ya que esta no se cortaba un pelo y constantemente metía baza en la conversación. Como ninguno de los dos nuevos, ni tampoco Manolín, pronunció una sola vez el nombre del otro, al principio pensé que carecían de cualquier seña de identidad. Pero gracias a las preguntas directas y abundantes de la rubia, cuya espontaneidad no mitigaba la compañía de ambos héroes, deduje que el de los ojos grises era un judío apátrida. ¿De origen suizo tal vez? Al menos me regaló al despedirse un reloj suizo, de oro, que yo trasladé de inmediato a Manolín.

La rubia era tan natural que a menudo se volvía entrometida, y lo digo sin acritud, limitándome a analizar el fenómeno de un modo a su vez natural. No tenía el menor impedimento en abordar cualquier tema considerado de uso interno, ya fuera este referido a ella, ya a su prójimo, pues la intimidad le parecía burguesa, salvo la proletaria, algo que no llegué a racionalizar jamás, ni siquiera a través de ejemplos prácticos. Para vencer mis remilgos, se reía de la importancia que yo le atribuía a esa parte de mí, al creerla muy propia, cuando en realidad no pasaba de una particularidad colectiva. Ahora vas a ver la poca monta que tiene, aseguraba. ¿Tanto cuesta contarme tres o cuatro cosas?

Por tanto, a simple vista, su forma de tratar de liberarme de traumas podía parecerse bastante a la utilizada por los psicoanalistas, pero era justo lo contrario, porque en el caso de la rubia el proceso de sanación se caracterizaba precisamente por la falta de solemnidad. Además, carecía de base teórica y también del deseo de dilatarlo en el tiempo. Mi padre me iba mal por el simple motivo de que se me había enquistado dentro, tal era su diagnóstico, y su metodología, expeditiva, hay que expulsarlo como sea y de inmediato.

Con excepción de mi madre y los del pueblo, no he conocido a una persona menos curiosa que la rubia, así que se aburrió muy pronto de las intimidades mías, por mucho que yo necesitara, de acuerdo a lo que ella misma había prescrito, quitármelas de encima. Que la vía oral fuera la apropiada no implicaba que a ella le agradara prestarme su oído. Ahora bien, a uno, de joven, sobre todo a los tímidos, a la que cogemos carrerilla ya no hay quien nos calle, como me pasó a mí en cuanto comencé a largar de mi padre. Tras años de silencio sobre el ausente, me perdía en detalles que a ella no le interesaban un pito; entonces me cortaba para hacerme alguna pregunta elemental, y eso me irritaba. Tú has sido quien me ha obligado a tocar el tema, me quejaba yo. Fue la primera vez que peleamos en serio, incluso estuvimos unos días sin vernos, pero esa separación resultó

en el fondo beneficiosa porque ya solo volvimos a mencionar una vez a mi padre.

Tuve que referirme a él al regresar del viaje de fin de curso a Ibiza, adonde fuimos ella y yo, su hermana y otra amiga. En realidad la rubia se pasó la semana entera con ellas, pues a mí no me veía nada más que por las noches. El resto del tiempo disfrutaba en alguna cala, siempre nueva, bañándose, tomando el sol, charlando de sus cosas. En cambio, yo deambulaba mañana y tarde por la ciudad vieja, con *El cero y el infinito* de Koestler en una mano y la obra completa de Maiakovski en la otra. Me atraían aquellos dos descreídos del pensamiento único de entonces, y suicidas ambos, por amor el poeta, por lucidez terminal el narrador.

Mi mejor recuerdo de aquellos días es el viaje en barco, sobre todo el primero, el de ida desde Barcelona a la isla. Acodado a la borda fumaba en pipa, mientras se me escapaban sin cesar pensamientos, a mí que en circunstancias normales los tenía bien amarrados. Pero el sentimiento de libertad por hallarme en aguas de nadie —muy superior incluso al de tierras de nadie— me dulcificaba la conducta trabajosamente obtenida, hasta el punto de permitirme disfrutar de una especie de sueño en plena vigilia, de modo que en mi fuero interno parafraseaba poemas metafísicos para no pasarme, para obstaculizar siquiera un poco la espontaneidad mediante un toque de cultura. ¿Aquello sería un instante?, me preguntaba sorprendido. En todo caso, el barco de Ibiza marcó mi pasión por el mar, por las grandes travesías, por la única aventura, si es que hoy cabe darle ese nombre, que me he permitido.

En él experimenté también por primera vez en directo la marca oprobiosa de ser español, aunque más tarde ya, pasada medianoche, cuando acudimos a cubierta para oír a un grupo de muchachotes que tocaban *blues* en harapos. Sus largas cabelleras y barbas, su desenfado, las faldas coloridas de ellas, los besos que se daban, todo los hacía diferentes a nosotros, salvo a la rubia, que se sentó sin el menor miramiento junto al guitarrista. Debían de pertenecer a la generación puente, eran un híbrido de viejos beatnik y alevines de *hippy*, aquellos tipos en las antípodas de mí, hijos de señeras democracias. Yo llevaba aún el pelo corto y vestía de estudiante español en vacaciones, y necesitaba buscar la libertad a través de los libros porque en mi tierra ni pensar le dejaban a uno.

Nada más regresar de Ibiza me dieron la noticia de que mi madre quería hablar conmigo. La telefoneé aquella misma noche y por el tono de la Médica mayor al contestarme presentí algo grave, de modo que me puse en

guardia. Aun así, estuve a punto de colgar sin despedirme en cuanto capté por fin el mensaje: habíamos sido invitados a Galicia por un señor que repentinamente pasaba a ser mi padre, y el asentamiento, tras celebrar una asamblea, había aceptado. En resumen, que mi madre, la Foca, en calidad de carabina, y yo partíamos dentro de unos días a reunirnos con el aparecido.

Pero no hice preguntas, ni siquiera exclamé «¡Anda, tengo padre!». Me limité a permanecer mudo. Luego me refugié en la galería, donde me vino a la memoria el recuerdo de un poema de Vallejo, y concluí que los dos tipos, el suizo y el del frontón, eran en realidad los heraldos negros. Los negros heraldos que ejercían indistintamente de adelantados de la muerte, del diablo o de mi padre. También decidí que no iría.

Me mantuve en mis trece, inmune a las recomendaciones de mi tío, imparcial como siempre, y de Salvador, empeñado en que fuera, hasta que se lo comuniqué a la rubia.

—Tú vas a ir y se acabó —me ordenó, dando por zanjado el asunto.

Nada más llegar yo a Madrid partimos para Galicia. Las Médicas habían decidido dividir las fuerzas de acuerdo a clases sociales, de modo que madre e hijo ocupábamos un compartimento de primera, y la Foca se apiñaba en tercera. La explicación era que, como mi padre nos recogería en la misma estación de Betanzos, nosotros, la familia, debíamos aparentar prosperidad, mientras que la Foca, el servicio, debía protagonizar el ahorro. Por otra parte, ni siquiera logramos estar solos en primera, dado que viajaba con nosotros un señor gordo, quien, en cuanto ferroviario de cierto nivel, estaba exento de pagar el billete. Encendía un puro tras otro, tenía frío en agosto y era autoritario, así que se negó a abrir la ventanilla a pesar de la petición de una dama. Al cabo de un par de horas, no aguanté más, dejé a mi madre fumando por interpuesta persona, y me fui a visitar a los de tercera. Pero tampoco por allí andaban bien las cosas. El calor resultaba aún más agobiante, los pasillos estaban abarrotados y abundaban los niños pequeños, incluso de pecho, de modo que el olor a secreciones, a consulta de endocrino, tiraba de espaldas. Sin embargo, aquello no me hizo desistir de mi propósito de alimentarme, y le pedí un bocadillo a la Foca, quien, al darse por supuesto que los pasajeros de primera eran gente de clase, acarreaba los suyos y los míos.

—¡Anda, come, disfruta, mi vida! ¿Estás contento, verdad…? Pronto

vas a ver a tu padre —me jaleó, desatinada, al verme pegar el primer mordisco, con lo cual precipitó mi huida hacia otras zonas.

Anduve deambulando por el tren hasta que se hizo de noche. Entonces volví a nuestro compartimento, donde solo encontré al gordo roncando. Supuse que mi madre habría ido al baño, y me dispuse a esperarla entre humos. Pero como ni ella regresaba ni yo lograba dormirme, partí en su busca. La encontré por fin, acodada a la barra del bar a punto de cerrar, aunque en consideración a la señora los camareros consintieron en servirme una gaseosa. Antes de irnos estuvo a punto de hacerme una caricia, pues incluso llegó a rozarme el pelo con los dedos. Luego dijo:

—Ya es hora de acostarnos.

La lluvia se encargó de resolver la incógnita del primer saludo. Mi padre nos esperaba en la estación de Betanzos con un paraguas sin abrir bajo el brazo. Nos dio la bienvenida en la misma escalerilla del tren, mientras el mozo de las maletas y la Foca bajaban el equipaje. Asestó un par de besos en la mejilla de su esposa, que se mantuvo exánime, permaneció un momento frente a mí, mirándome a los ojos, y luego abrió despacio el paraguas para que ella pudiera resguardarse. Solo entonces me tendió la mano.

—Hola —dijo.

Había aparcado en zona prohibida el coche, un Seat 1500 color rojo, de modo que los viajeros no nos mojamos mucho. Él sí, porque en el andén le debió de llover encima un buen rato, cuando nuestro retraso le tenía tan inquieto que ni cuenta se daba. Por eso se quitó la gabardina y la depositó, arrugada, junto al cambio de marchas. Pero antes tuvo tiempo de protagonizar la única escena desagradable que recuerdo del viaje. Estuvo a punto de llegar a las manos con el guardia que pretendía ponerle una multa, incluso le dio un empujón y por último, en un arranque de señoritismo, recurrió a la cartera.

—Tenga, no quiero amargarle su robo —se despidió, arrojando al suelo un billete.

Ni siquiera la Foca rompió el silencio del primer cuarto de hora, aunque tampoco el conductor parecía sentirse cómodo, pues, a modo de aperitivo, encendió un Montecristo. Para ello abrió la ventanilla, dejando que la lluvia, arrastrada por el viento, entrara en la parte de atrás. Yo estornudé y entonces mi padre arrojó fuera casi cien pesetas de puro.

Paramos en un restaurante rodeado de árboles, una especie de recreo campestre que probablemente había elegido sin contar con el mal tiempo. Nada más apearme, me echó la gabardina por los hombros, y volvió a ser el único en mojarse, ya que, interclasista esta vez, cedió el mando del paraguas a la Foca.

Como nadie abría la boca, él se encargó de pedir por todos. Las dos mujeres aprovecharon para ir al baño, dejándonos solos a los varones. Mientras mi padre maldecía la pluviosidad de Galicia con objeto de hacer menos tensa la espera, le miré. Vi a un señor de estatura inferior a la media, vestido con traje y corbata, de ojos parecidos a los míos y que comenzaba a engordar. Su elegancia, extravagante por algo difícil de precisar, me permitió por fin ajustarlo a la idea que me había hecho de él.

Pero enseguida volvió a descolocarme. La Foca y yo, hambrientos después del viaje en tren, nos abalanzamos sobre la comida, y hasta mi madre, contra su costumbre, dio muestras de apetito. En cambio, él se limitó a servirse ensalada y a soltar una broma que me sonó muy rara: «El colesterol mata más que Franco». ¿Es que tampoco le gusta Franco?, me pregunté, o será que le gusta hablar de la muerte. En cuanto a su esposa, aún sé menos, si no podría entender por qué precisamente ahora le da por comer. Tengo una madre y un padre que no hay mente que los resista, salvo la mía, añadí en un arrebato de voluntarismo racionalista.

No tomó vino durante la comida, pero pidió que trajeran una botella de coñac con el café. Eso sí, tuvo la delicadeza de no ofrecerme a mí.

Al salir del restaurante ya no llovía. Las mujeres, cansadas, decidieron quedarse en el hotel, y mi padre aprovechó para arrastrarme a un paseo en solitario por Betanzos. Era un guía conocedor y ameno, de modo que tal vez fueran ciertos sus años de arquitectura y su pasión por el arte. Sin embargo, a diferencia de tío Carlos e incluso de Salvador, jamás caía en lo didáctico, pues al menor roce, mediante alguna ironía o un quiebro popular, lograba rebajar de inmediato el tono del lenguaje. Su estilo le hubiera encantado a la rubia, pensé con resentimiento y un poco de celos. No obstante, tan seductor resultaba aquel señor que pronto me olvidé de quién me seducía, para concentrarme en la belleza de calles, plazas y casonas. Desperté de mi desfallecimiento en el *hall* del hotel, donde me aguardaba el momento de la verdad, de alerta roja. ¿Tendría que compartir habitación con él? La lluvia me había ayudado a evitar el beso en el andén, pero quedaba aún lo peor. Si durante dieciséis años mi padre no quiso saber nada de mí, ni por pienso iba yo a aceptar ahora una intimidad forzosa, me dije.

No, no iba a verlo en ropa interior, a oír sus ronquidos, a oler sus efluvios a piel vieja, cigarro habano y colonia de hombre.

Me mantuve en ascuas hasta un par de horas después de la cena, porque nadie se decidía a acostarse. Creo que le divertía mi nerviosismo, pues cada vez que la conversación comenzaba a languidecer se las arreglaba para reanimarla.

Por fin, cerca de las doce ya, mi madre insinuó un bostezo y entonces él dijo:

—He reservado cuatro habitaciones individuales. No os creáis que ando en la abundancia, el coche es alquilado. Pero este viaje va a ser a la americana. Tenemos que recordarlo toda la vida.

Y así ocurrió, al menos en mi caso, aunque lo que aquella noche deduje de sus palabras fue que mi padre era un botarate. Me dormí contento. Por lo menos en eso se ajustaba a la imagen que tenía de él.

Estuvimos cuatro días en las Rías Bajas, alojados en un hotel con vistas a la playa del pueblo, feo y turístico. Aunque mi madre no se bañó ni una sola vez, acudía cada mañana a sentarse en la terraza y nos miraba disfrutar del mar a los demás. Porque conseguí meter en el agua a la Foca, tal era su confianza en mí. Llegaba hasta un par de metros de la orilla, se mojaba el inmenso bañador negro entre carcajadas, y de inmediato, a la primera ola de verdad, regresaba corriendo. Mientras, mi padre nadaba hasta casi perderse en el horizonte, fuera cual fuera el color de la bandera. A un héroe le traían sin cuidado los símbolos sociales. Algo por el estilo debió de decirle al socorrista cuando este le abordó un día de resaca, y le convencería, supongo, pues me pareció que se despedían como amigos.

A mí me dejó tranquilo. Además, enseguida me trasladé a otra playa menos familiar, que quedaba lejos del hotel. La Foca y yo madrugábamos, desayunábamos juntos y nos dábamos el primer chapuzón, antes de que yo partiera. Durante el resto del tiempo únicamente veía a los esposos para comer y cenar, pues por la noche también campaba a mi aire. Eso no molestaba a mi padre, quien así se liberaba de soportar mi mutismo, y leía o monologaba con mi madre. Para mi sorpresa, también veía la televisión por la tarde, a la hora de la siesta. Le gustaban los dibujos animados, como a Franco, de modo que obligaba al camarero a cambiar de canal, a pesar de las protestas del resto de los huéspedes.

—Aquí hay niños, señores —argumentaba, por mucho que la

chiquillería en pleno se hallara en la playa.

Yo, que entonces me lo explicaba todo, creí dar con el motivo de aquella extravagancia. Sin duda los hombres sin afectos envidiaban a los animales por no tener que simularlos, y a los niños, cuyas emociones no se ajustan a código social alguno, de modo que tampoco pasa nada si carecen de ellas. Por tanto, los dibujos animados suponían para mi padre y Franco el regreso a una niñez durante la cual aún estaban integrados al resto de la especie. Y de adultos ya, viéndolos reírse con el Pato Donald, cualquiera hubiera dicho que eran normales.

Pero el breve periodo de libertad vigilada concluyó en cuanto nos volvimos a subir los cuatro al coche, esta vez para encaminarnos al fin del mundo occidental y cristiano, a Finisterre.

Durante el viaje nuestro guía se mostró muy alegre. Con frecuencia bajaba el sonido de la emisora de música clásica de la radio del coche para ofrecernos datos sobre lo que íbamos viendo, y en un momento dado, refiriéndose a algo que no recuerdo, la emprendió con la influencia de la mitología cristiana, católica mejor dicho, precisó, en nuestra toponimia. Por allí afloró el destino en lo universal y la nostalgia del Imperio, en una retahíla de sonidos que a él le emocionaban: Nombre de Dios, Salvador, Espíritu Santo… No pude evitar sorprenderme al oír hablar con pasión de lugares remotos a aquel hombre que solo había salido de España para congelarse unos meses en las estepas rusas. Sí, me dije, los animales le despiertan ternura, con determinadas formas orales o escritas del lenguaje y, sobre todo, con la música, es capaz de experimentar goce estético. Algo siente, por tanto. Comprobé que estaba en lo cierto cuando paró de pronto el coche en una curva desde donde se veía el Cantábrico.

—Ese es el auténtico mar, el de los centauros —poetizó, creo que equivocándose.

Luego señaló a mi madre, que se pintaba los labios dentro del Seat, indiferente como un jefe apache a cualquier estímulo externo, y me sonrió. Yo le devolví la sonrisa.

Poco más puedo contar de aquellos días de convivencia a tiempo completo, obligatoria. Solo que Finisterre me fascinó hasta el extremo de que asentí con la cabeza al primer comentario de mi padre. Sí, significante y significado coincidían: aquello era el fin del mundo. Él tuvo la inteligencia de fingir que mi gesto se le había escapado.

Y así se cumplió el plazo, finalizó el periplo, y un mediodía de sol llegamos a Santiago. Faltaban apenas un par de horas para la salida del tren, de modo que mi madre y la Foca se quedaron a esperarnos en la terraza de un bar, mientras nosotros dos dábamos una vuelta. No me dejó entrar en la catedral porque había mucha gente. Además, los peregrinos huelen, dijo. En cambio, recorrimos un sinfín de callejas, con objeto de que yo pudiera apreciar en libertad la belleza no oficial, la auténtica.

No quise asistir a la despedida de mis progenitores frente a la estación. Dejé al héroe a solas con mi madre, la Foca estaba comprando bocadillos, y caminé al azar, hasta detenerme frente a una tienda de recuerdos turísticos. De repente, una mano me tocó la espalda. Era mi padre.

—¿Te gusta? —preguntó.

Y sin esperar mi respuesta abrió la puerta. Al poco salió con un inmenso florete de mosquetero gallego, el único regalo que me dio en mano.

Viajó en tercera, custodiado por la Foca, hasta Madrid, donde se quedó para siempre en la sala de espera del marido de una de las Médicas, el de la menor, creo.

Nevaba cuando llegamos a un pueblo desconocido que la luz del crepúsculo convertía en un belén. Pero solo a la distancia, porque nada más bajar del coche comenzamos a resbalar en la capa de hielo sucio y todo el bucolismo del paisaje se fue al traste. Ni el cielo era capaz de edulcorar el desamparo invernal de aquellas tierras.

Como yo tenía que ir obligatoriamente a Zaragoza para visitar a Corzo, conseguí incorporar al viaje a tío Carlos con el pretexto de que luego le llevaría al pueblo. Así podría cumplir de una vez las instrucciones de sus hermanas y vender un patrimonio que ya no daba ni para pagar la contribución. No me resultó fácil sacarlo de casa, pues ahora se pasaba el día dormitando frente al televisor, sin ni siquiera leer los periódicos de tan mal que le había sentado jubilarse. A aquel anciano intelectual de nada le servía la cultura; el ocio impuesto le había matado el interés por cualquier cosa. De todos modos, aceptó por fin acompañarme, aunque se negó a entrar en el hospital donde el Novio agonizaba. No soporto a los médicos, dijo, y, además, apenas me acuerdo de él. A mí no me pidas gestos.

Permanecí junto al enfermo media hora escasa, no a pie de cama, sino paseando por el corredor principal, que él recorría arrastrando la bolsa del suero. Cantaba a voz en grito sin que las enfermeras, sabedoras de que se moría, le dijeran nada, y tampoco le prohibirían el tabaco, imagino, pues mientras estuve allí se fumó un par de cigarrillos de picadura.

Por muy de buen humor que pareciera, posiblemente era consciente de que se iba, lo cual le aceleraba un poco. ¿Sabes?, me dijo, las almendras del cementerio son de muerto. Las almendreras nacieron de unas que llevaba en el bolsillo uno de los maquis que mandó matar Bombilla. Mira tú, se echó a reír, él se ha muerto y ellas siguen vivas. Tenía una peculiar forma de divertirse Corzo, ya que en sus palabras no noté hostilidad contra mi primo. Semejante a la rubia, se limitaba a señalar un hecho natural que le hacía gracia.

Tras ese preludio, como si el agonizante la hubiera despertado, ya no

me quité de encima ni un momento la sombra de la muerte durante aquellos días. Burlonas o en pena, las almas no paraban de emitir signos, y hasta las calles desiertas sugerían un final de ciclo.

Cuando las enfermeras me ordenaron salir, le di a Corzo los caramelos de limón que le llevaba de regalo, le abracé y me despedí por última vez de él, porque no asistí a su entierro.

Me decidí a ir a casa de los Novios a buscar a Morales, habida cuenta de que por la noche ya no se jugaba en el café. Solo quedaban viejos, y con tanto frío ninguno se animaba a alejarse del fuego a partir de la puesta de sol. Me vio llegar desde la ventana, y tiró la llave para que abriera yo mismo. Le costaba moverse, pero la edad le sentaba bien. Parecía uno de esos personajes de película antigua para quienes veinte, treinta años no son nada. Apenas unas arrugas y una capa de pintura blanca en el pelo. En cambio, a Manos lo encontré mucho más viejo. Campasolo andaba fuera como siempre, esta vez con la excusa de atender una cabera de carbón vegetal. A ese menester se dedicaban precisamente los Novios cuando tuvo lugar el episodio de los maquis. Morales me lo explicó. Yo le había comentado lo de las almendras, y él completó el relato de Corzo. Se sabía que andaba gente desconocida por el monte, aunque a ellos les tenía sin cuidado, de modo que salieron a hacer carbón vegetal; por la noche la luz de la hoguera atrajo a los maquis. Se llevaron a su campamento a mis amigos y los trataron bien, ya que enseguida se dieron cuenta de que eran de los suyos. Otra cosa es que los Novios no quisieran sumarse a la partida: con una guerra sobra, se excusó Morales, y, además, a Franco no van a tocarlo los de afuera. Sin embargo, aceptaron quedarse unos días de invitados y, mientras duró el vino, celebraron varias misas con sus correspondientes comuniones y procesiones. Luego, los maquis los dejaron marchar porque estaban seguros de que no dirían nada. Durante algunos meses, a pie o en mula, Santana se las arreglaba para llevarles a escondidas comida y vino, pero alguien del pueblo debió de sospechar y le siguió. En cuanto supo dónde estaba el campamento, corrió a contarlo. Entonces Bombilla organizó una partida de hombres armados que sorprendieron a los maquis bebiendo agua en el barranco, y los mataron allí mismo, aunque tal vez a alguno lo remataran luego. Por la noche los enterraron en el cementerio a todos, incluyendo al más joven, el que llevaba en el bolsillo del pantalón las famosas almendras. La Guardia Civil se encargó del posterior

interrogatorio de los cómplices, y fue cuando aprovecharon para torturarlos.

—Ni tu tío Carlos ni las Médicas tuvieron nada que ver. Ni en aquello, ni en nada —me aseguró Morales—. Nunca se metieron con nadie. Fue el mierda de Bombilla. Y se ha muerto en paz, porque en España ya no quedan huevos. ¡Diez Fidel Castro nos harían falta!

Sus palabras me tranquilizaron respecto a mi familia materna, necia y reaccionaria sin duda, pero al menos con las manos limpias de sangre. La sangre venía por el otro lado, abundante y repartida. Mi padre se encargó de procurar la ajena, y sus hermanos aportaron la propia. Pero eso no me concernía a mí, porque de lo máximo que se me podía acusar era de tibio. Aunque a veces me pregunto si el rechazo a la desmesura, a la violencia, será suficiente excusa para no apoyar a los que tienen razón, porque siempre hay buenos y malos. Es una verdad convenida afirmar lo contrario. Entonces, como no encuentro argumentos para defender mi apuesta por el menos malo de los sistemas conocidos, ironizo y me burlo de mi propia soberbia, recurriendo a frases propias de un libro docto. Solo los hombres inteligentes se cuestionan sus vidas, por ejemplo. O, parafraseando a mi padre, las utopías matan más que Franco.

Tanta sandez obedece simplemente a la edad, a que se me han ido gastando las ideas. Más me hubiera valido ahorrar neuronas en lugar de dinero.

Tío Carlos era entonces un poco más viejo de lo que yo soy ahora, pero apenas se cuestionaba otra cosa que su muerte. Lo demás, el mundo y el resto de la especie, habían dejado de interesar a aquel hombre antes curioso. Solo salía de su ensimismamiento cuando se enteraba, a través de Salvador o de las necrológicas del periódico, del fallecimiento de algún conocido, o cuando se le presentaba la oportunidad de lamentar la merma de sus capacidades. En el viaje de regreso a Barcelona hizo esto último. Estábamos en plena autopista y yo iba a una velocidad permitida, pero igual tuvo miedo. No corras tanto, me pidió. Es que desde que no conduzco veo peligro en todas partes. Para tranquilizarle, paré un momento en el arcén, cambiamos de asiento y le dejé el volante a él. Tardamos una enormidad en llegar a casa.

Aunque se había hecho de noche, no serían más de las seis. Por eso me sorprendió que mi tío quisiera abrir una botella de vino de las que tenía reservadas para las grandes ocasiones, y, sobre todo, que me incorporara a

mí a su fiesta.

—Sáltate la norma hoy —bromeó—. Vamos a celebrar un entierro. Ahora que ya he vendido, se acabó para siempre la raíz del mal de la familia. ¡Adiós, raíces! ¡Adiós, pueblo!

Me levanté con dolor de cabeza en aquella primera y última resaca de mi vida, pues la noche anterior nos habíamos bebido dos botellas mano a mano. De todos modos, fui capaz de recordar que, a la segunda, conseguí por fin que mi tío me contara con detalle, incluso con cierta culpa por no haberlo hecho antes, el episodio del Ambos Mundos.

Yo no llegué a conocer ese café de nombre solidario, pero el resto lo he recreado tantas veces que es como si hubiera estado allí.

El tipo que se bajó del tren procedente de Madrid en la estación de Zaragoza iba vestido de oficial franquista. Por eso le indignó que los dos policías no le saludaran cuando cruzó el andén.

—¡Cuádrense! —les gritó.

Soplaba un viento helado y hacía mucho frío, lo cual no le impidió tomarse tiempo para representar con propiedad la escena. Antes de acercarse y abofetear en la cara, pausado y de uno en uno, a ambos hijos del hambre, depositó su bolsa de viaje en el suelo sucio, entre colillas de tabaco de estraperlo, se quitó los guantes y exhibió a la luz de una farola de muy pocos vatios su sonrisa luminosa.

—¡Guardianes de Occidente! —exclamó, marcial y pastosa la voz—. ¿Qué es eso de no saludar a un superior?

Probablemente precisara luego sus palabras, aclarara que, aunque era superior en todos los sentidos, solo por sus galones merecía saludo.

—Y ahora me van a acompañar ustedes a un lugar que se llama Ambos Mundos. No me importa que estén de servicio aquí. Yo no he ganado la guerra para que me den pena dos garrulos. Si mañana se les cae el pelo me la sopla. Decidan ustedes: o se les cae ahora conmigo, o me acompañan y se inventan algo para mañana. Tal vez se les ocurra una mentira imaginativa.

Todavía les humilló un poco más. Les hizo entrar al café caldeado, donde, cuadrados frente a la barra, tuvieron que tomarse una copa a su salud, a la del inminente héroe de Rusia, sin que ni siquiera la presencia de la adolescente consiguiera evitar el abuso.

—Ahora que ya se han calentado, pueden regresar al puesto que nunca debieron abandonar —les despidió.

Solo entonces besó a su hermana, mientras mi tío, el que años después se fugó de la cárcel y ahora se había refugiado en un rincón al ver a los dos policías, se les acercaba con cautela. Que se tomaron varias copas es seguro. Alegres las primeras, pero luego los recuerdos de la familia, de los muertos y desaparecidos, despertaron en mi padre demonios azules. En algún momento, según la versión de tío Carlos que recogía la de la hermanita, la mala conciencia se transformó en ese nihilismo activo que en el caso de mi padre cobraba la forma de una violencia primigenia, aculturada. Rompió vasos, insultó a caballeros y damas, aunque solo cuando estrelló una botella de coñac contra un espejo el responsable del local se decidió a echarlo.

A la salida, caminaron los tres, tambaleante el héroe, hasta el hotel donde habían reservado habitaciones. Tal vez el frío de la noche despejara algo a mi padre, quien propuso tomarse un café en el bar antes de subir a dormir. Tuvo casi media hora muy buena, durante la cual sedujo con sus ocurrencias a la adolescente. De todos modos, debió de costarle hacer que alguien tan joven olvidara sin más el episodio de los guardias y la rotura del espejo. Luego, muy tarde ya, como los dos hermanos habían decidido compartir el cuarto para poder hablar sin temor de sus cosas, subieron a repasar asuntos pendientes. ¿Qué sucedió entonces?

El caso es que hubo un par de disparos. Pero cuando el encargado y el recepcionista de noche abrieron la puerta con la llave maestra allí no pasaba nada. Mi padre dormía y el otro ocupante del cuarto había desaparecido. Lo que escribo ahora viene de Salvador, de bastante después del regreso del pueblo y de la borrachera con mi tío Carlos, cuya versión fue que a mi padre se le disparó la pistola por accidente al caerse borracho en la cama. Sin embargo, para Salvador las cosas no ocurrieron así. Estaba convencido de que los dos hermanos discutieron una vez a solas. El menor acusó al otro de asesino y este, sonriendo, desenfundó la pistola. Luego descargó el par de tiros, a saber si con intención de darle o no.

—¿Te crees que te voy a tener pena? —Parece que le preguntó, mientras rastrillaba la pistola y balbucía necedades abandonándose a la retórica etílica—. La pena es proletaria, y la familia una casualidad o una fatalidad que voy a acabar de remediar enseguida.

A la mañana siguiente bajó al *hall* como si nada, afeitado y peinado. Se hizo cargo de la chica y se inventó alguna mentira para explicarle la ausencia del otro hermano. Luego viajaron juntos a Madrid, donde le pagó los estudios, parte con su sueldo de oficial y otra parte gracias a becas que le gestionó. Logró también que la admitieran en una residencia de afines al

Régimen hasta terminar el bachillerato y la carrera. Con lo poco del dinero de Rusia que no se fue en el frontón y en francachelas, y con envíos ocasionales de dinero desde Andalucía durante la época en la que trabajaba en la mina, contribuyó a rematar esa obra de caridad fraterna.

Pero su responsabilidad con los últimos hermanos vivos no terminó allí. Santana me informó en su momento de la fuga de la cárcel del pequeño de los varones, el que había sobrevivido a la noche de habitación compartida en el hotel de Zaragoza. Y en su proyecto de huida a Francia me quedé yo mucho tiempo, hasta que años después, ya en el nuevo milenio, la única superviviente de la familia paterna, la adolescente del Ambos Mundos, me escribió desde Estados Unidos un correo que completa los hechos.

Mi tía, que huyó de la censura y los piojos a mediados de los cincuenta, se había vuelto gringa, y no quería saber nada de España. Pero de vieja ya me localizó a través de la embajada. A partir de entonces me escribía siempre para mi santo y Navidad una carta de varias páginas. Contaba detalles de sus hijos y nietos, que si uno tocaba el saxo en California, que si la otra se doctoraba en física, que si al menor le iba bien en la Bolsa, que un nieto, fíjate tú qué cosas, había abandonado el clan a los dieciocho años para ir a vivir «su vida» como se puso de moda en los setenta. No obstante, en su última misiva —un correo electrónico esta vez, el signo de los tiempos —, la más breve de todas, anunciaba su propio fallecimiento, que estaba desahuciada por varias eminencias y, sin transición, al estilo yanqui, me legaba a modo de herencia epistolar su parecer sobre lo que había sido considerado materia reservada por más de cuarenta años. Tu padre era malo. Él delató a su hermano para que la policía lo detuviera en la frontera. Se salvó por los pelos y tuvo que cruzar por otro sitio.

Me jubilaron a la que cumplí los sesenta, justo antes de que estallara la crisis. Desde entonces ando esperando la muerte de tío Carlos para irme a vivir al pueblo. Digo esperando en el tiempo, no deseando, porque me dará mucha pena que se muera. A diferencia de mi padre, yo me permito esos sentimientos vulgares. Es que últimamente habito un mundo grato, de pequeños placeres casi siempre relacionados con la cultura o la naturaleza, cuya nota fea imponen tan solo las sucesivas necrológicas.

Primero tuve que pedir el traslado a Madrid cuando ingresaron en una residencia a mi madre, que había sobrevivido a todo el asentamiento, incluyendo a la longeva Médica mayor. Mi primo Mediquín se encargó de hacer el papeleo y no me telefoneó hasta conseguirle plaza en un establecimiento junto al Pardo. Ahora se ha convertido en abstemio, de los de inyección o pastilla, de esos que saben cuántos días llevan sin beber. Dos mil quinientos veintisiete, creo que anunció la última vez. Pero también es médico exitoso, de modo que siempre requiere ampliar su campo de batalla contra el mal ajeno, y se halla, cual España de José María Aznar, en expansión permanente. Me compró, pues, el piso de mi madre para construir un dispensario. A un precio razonable, precisó, con objeto de que yo invirtiera el capital obtenido en pagar la residencia de su tía.

Así que estuve pasando consulta en Madrid casi dos años. No obstante, mi madre tuvo la ocurrencia de fallecer durante las únicas vacaciones que me decidí a tomar. Dormía la siesta en mi hotelito de Londres cuando Mediquín me llamó para contarme que se había muerto muy tranquila. No dijo muy «a gusto», pero casi. Además, seguramente era verdad, dado que a mi madre nunca le importó nada. No he conocido a nadie menos vital que ella. Por eso pensé: En realidad no está mal ser así. Al menos te vas sin añoranzas.

Luego la he recordado muchas veces, siempre en la residencia, que es la época en que más la frecuenté. Iba a verla dos o tres veces por semana. Los sábados sin falta, y los martes y los jueves si podía escaparme un rato del

hospital. Al principio nos costaba hablar. Ella sonreía mientras contemplaba el jardín a través de la ventana, sin ni siquiera hacer un comentario sobre esos aspectos medicinales o fúnebres tan caros a las otras ancianas.

Pero un día que llegué por sorpresa antes de lo habitual, se me ocurrió llevar un par de cervezas y unas patatas fritas para invitarla a un aperitivo. Como vi que trasegaba con avidez el primer botellín, le propuse ir a comprar más. Se le ha despertado la compulsión oral, pensé luego, viéndola abalanzarse sobre la tercera cerveza. También caí en la cuenta de que aquella señora, delgada toda su vida, estaba engordando. Me hizo tanta gracia el descubrimiento que tomé por costumbre proporcionarle su ración de alcohol en cada visita. Eso no iba a hacerle daño y, además, le soltaba la lengua.

Así que por fin logré mantener alguna conversación, dispersa y breve, con mi madre. Cierto atardecer de un sábado de mayo, después de sus libaciones rutinarias, comentó de repente mientras recorríamos el jardín cogidos del brazo:

—Te pareces mucho a tu padre, solo que en un poco más alto. Él era un hombre pequeño, pero muy atractivo.

Lo que más me molestó fue el modo preciso de expresarse. En lugar de guapo, calificó al ausente de atractivo. Sí, la naturaleza, aparte de unos ojos enormes, no le había conferido especial hermosura. Era él quien puso lo demás, el atractivo, ese poder sobre los demás, su reconocida capacidad de seducir a las presas. En cambio yo, canónicamente más guapo, más alto, por bueno —o por secundario, por pensante— jamás llegué a cautivar de verdad a nadie. Ni siquiera a la rubia, que al final me dejó. ¿Por tibio?, me pregunté. En efecto, concluí, por tibio.

Y volví a prestar atención a mi madre, que seguía hablando. Algo se le había disparado por dentro, de modo que soltaba palabras que parecían pertenecer a otro. Hasta su voz metálica sugería un estado de trance. Tan es así que por un momento sospeché de la presencia de un espíritu maligno en el jardín, aunque enseguida me burlé de esa idea. ¿Quién podía temer al señor del florete, al de Finisterre, a un hombre encanecido ya y subido de peso, incluso después de muerto?

Porque acababa de enterarme de que estaba muerto.

—Pobre —había dicho su esposa—, pobre… Allí tan lejos, y él solo en el fin del mundo. Como siempre. Y pobre, solo en un hospital para pobres.

Ni siquiera me ofendió el clasismo pueblerino de mi madre, que llamara

«de pobres» a mi lugar de trabajo, un centro público. Me concentré en lo básico: había muerto, y ella le tenía pena.

Ya no me fue posible averiguar detalles sobre su fallecimiento, pues mi madre comenzó a divagar. En cambio, lo de la pena que experimentaba por alguien para quien ese era el peor sentimiento que uno podía despertar quedó bien claro, meridiano.

—Siempre le achacaban todo lo malo —la oí monologar—. Y él no denunció a su hermano. Lo sé porque me lo contó por carta. Así es la gente: a perro flaco todo son pulgas.

A lobo feroz todo son ovejas degolladas, dirás, la corregí yo mentalmente, pero no llegué a pronunciar la frase.

En el coche, de regreso a Madrid, no paré de pensar en mi padre. ¿Cuál de las dos versiones sería la auténtica? ¿La suya epistolar o la también epistolar de mi tía gringa? Imposible saberlo. Por eso decidí dejar en paz para siempre a aquel pobre tipo que no había conocido. Porque el ausente fue indescifrable hasta el final. Nunca llegué a poder establecer con claridad de qué murió ni cuándo. La verdad es que tampoco lo intenté.

Después de enterrar a mi madre junto a sus hermanas en un páramo de lujo, pedí el traslado y regresé a orillas del mar.

Ahora vivimos con mi tío en un piso de hombres, el suyo de Barcelona, al que incorporamos, tras la muerte de Juana, a un joven arquitecto en paro para que se encargue de cuidarnos a ambos. Limpia la casa, compra, prepara la comida y se lleva al parque al anciano cuando el clima lo permite. Durante un tiempo tuvimos también con nosotros a la Foca, viejísima, hasta que conseguí mandarla a su pueblo. Me costó Dios y ayuda convencerla de que allí era donde mejor iba a estar y que aceptara dejarme correr a mí con sus gastos. Lo logré por fin, jurándole que la visitaría.

Las cosas han venido así, me digo, por puro sentido del humor del cosmos, que ha querido hacernos remedar el estilo comunitario de los Novios. El arquitecto es español, pues, liberales de verdad hasta las últimas consecuencias, nos saltamos la moda de explotar a un emigrante. A cambio de este gesto de pudor racionalista, la práctica totalidad de la pensión de tío Carlos se va en pagar a nuestro cuidador. Igual que los hidalgos de gotera, andamos sumidos en un estado de sobriedad impuesta, pero con un criado de fuste y mucho más al día que nosotros.

Hace dos años, en cuanto me jubilaron, compré la casa de los Novios,

ya que la familiar pasó a manos de Mediquín. La idea es instalarme definitivamente allí, aunque mi tío no parece tener el menor deseo de adelantar ese momento. Ahora, sobre todo a partir del reciente fallecimiento de su amigo Salvador, le ha encontrado un nuevo sentido a la vida: no morirse. A veces le brillan los ojillos de repente y hasta se le escapa un poco de baba y una risa.

—¡Quién iba a pensar que yo sería el último! —exclama jubiloso entonces. Luego, sin transición, experimenta un ataque de melancolía que le impulsa a ponerse una meta—: Ojalá llegue a ver el final de la crisis. Me gustaría mucho saber cómo se arregla el sistema.

Porque, aunque ya no lee nada, no se pierde ni un solo telediario. Semejante en su senectud a un forofo del fútbol, ha concentrado todo su interés en el democratismo, y constantemente cree percibir síntomas de que el mercado se está racionalizando. Podría decirse por tanto que se morirá a gusto, pues mientras conserve la fe no tendrá miedo.

Por otra parte, el arquitecto le ha cogido el tranquillo, sabe cómo hacerle feliz. Para ello simula estar en desacuerdo con sus teorías y le pone ejemplos de que el mundo no parece dispuesto a mejorar, pero procurando siempre que sean ejemplos fáciles de rebatir. Así se entretienen los dos mientras pasean o toman un café en alguna terraza soleada.

A mí eso me viene muy bien, me alivia, ya que me permite ir de vez en cuando a pasar unos días al pueblo sin mala conciencia.

He hecho reformas en la antigua casa de los Novios, lo cual implica una traición a quienes vivieron ajenos a cualquier modernidad, a quienes jamás se les pasó por la cabeza la idea de confort. De todos modos, con objeto de prevenirme contra posibles nostalgias, mandé tirar primero todo el mobiliario. Es decir, cinco jergones, algunas sillas y la mesa del comedor. No había más, ni siquiera lámparas: las bombillas colgaban directamente de las vigas del techo.

También convertí la antigua cuadra en una sala de estar para el verano, fresca y amplia. Para ello hubo que recubrir la tierra y entonces fue cuando apareció el esqueleto de Fina. Corzo había enterrado allí a la perra lagartera antes de que se fueran muriendo los otros ocupantes. Cuando por fin lo hicieron, a su tiempo y de uno en uno, los amontonaron en la fosa común, junto a los almendros del maqui. Como ya no estoy para saltar la tapia del cementerio y no quiero pedirle la llave al cura, no he ido a verlos.

Pero pienso a menudo en los Novios y cada vez menos en mi padre. Sobre todo desde que llegué a la conclusión de que mi gran ventaja sobre

cualquier adelantado no solo es estar vivo. Es que a partir de cierta edad, en especial de la que tengo ahora, los enemigos de las emociones contamos con más recursos para enfrentarnos a la nada. Por lo menos a mí, el tiempo que me queda me apetece mucho, así que, tibiamente, mientras la curiosidad me dure, no pienso perderme lo que venga, bueno o malo. Ignoro si esa actitud pasiva me procurará algún «instante», aunque lo dudo. Igual me da, porque la intensidad se la dejo a ellos. Por mucho que Manolín repita siempre la misma cantinela. En cada visita a la residencia vuelve a lo mismo, a que cuando mi padre andaba de buen humor no había con quién pasárselo mejor. Es que, no sé cómo, lo cambiaba todo, asegura. De pronto parecía que estábamos en una película y estábamos donde siempre, porque ni siquiera nos habíamos movido del barrio. Oye, te lo juro, no sé cómo lo haría, pero con él siempre pasaban cosas nuevas.

RAFAEL SENDER (Lérida - 1950). A los tres años se trasladó a Barcelona, donde estudió y se licenció en filosofía. Ha realizado numerosos viajes por Asia, África y América Latina, con largas estancias en Perú, donde residió como director de la Casa de España. Ha traducido del francés obras de Apollinaire, Verlaine, Paul Nizan y Boris Vian. Su obra narrativa está compuesta por *Jolly Rogers* y tres novelas editadas en esta colección: *El muerto que fuma, Tendrás oro y oro* (finalista del Premio de la Crítica y del Premio Herralde en 1985) y *La vida irónica*. También es autor del volumen *Lima*, de la colección «*Las ciudades*».